#4.00

PABLO FECED

FILIPINAS

ESBOZOS Y PINCELADAS

POR

QUIOQUIAP



MANILA—1888

FILIPINAS

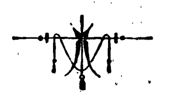
PABLO FECED

FILIPINAS

ESBOZOS Y PINCELADAS

POR

QUIOQUIAP



MANILA
ESTAB. TIPOG. DE RAMIREZ Y COMPAÑÍA
Magallanes 1, esquina à la del Beaterio
1888



AL QUE LEYERE

Estas páginas han sido escritas á la sombra de cocoteros y bambúes, al suave arrullo de las brisas del mar gigante, y más de una vez sufrieron agravios de estas energías formidables, explosión de potente vida, y víctima fueron de trastornador terremoto, bufidos de *báguio* y diluvios de *colla*.

Más de una vez también, fué paréntesis obligado la presencia inesperada de *principal* rico ó manso *polista*, estirado *gobernadorcillo* ó mercachifle chino, y no pocas, al par, impusieron interrupciones y pausas, la grata visita de Alcaldes y Gobernadores, párrocos-frailes, jefes militares é inmigrantes sueltos.

Y maravillas de vegetación y estallidos de esta naturaleza, miembros diversos de este abigarrado cuerpo social y accidentes varios, al pasar como en torno de este libro, proyectaron su imágen, que un poco de arte ordena, un poco de literatura realza y la bondad de indulgente público dará, tal vez, mañana, pública vida.

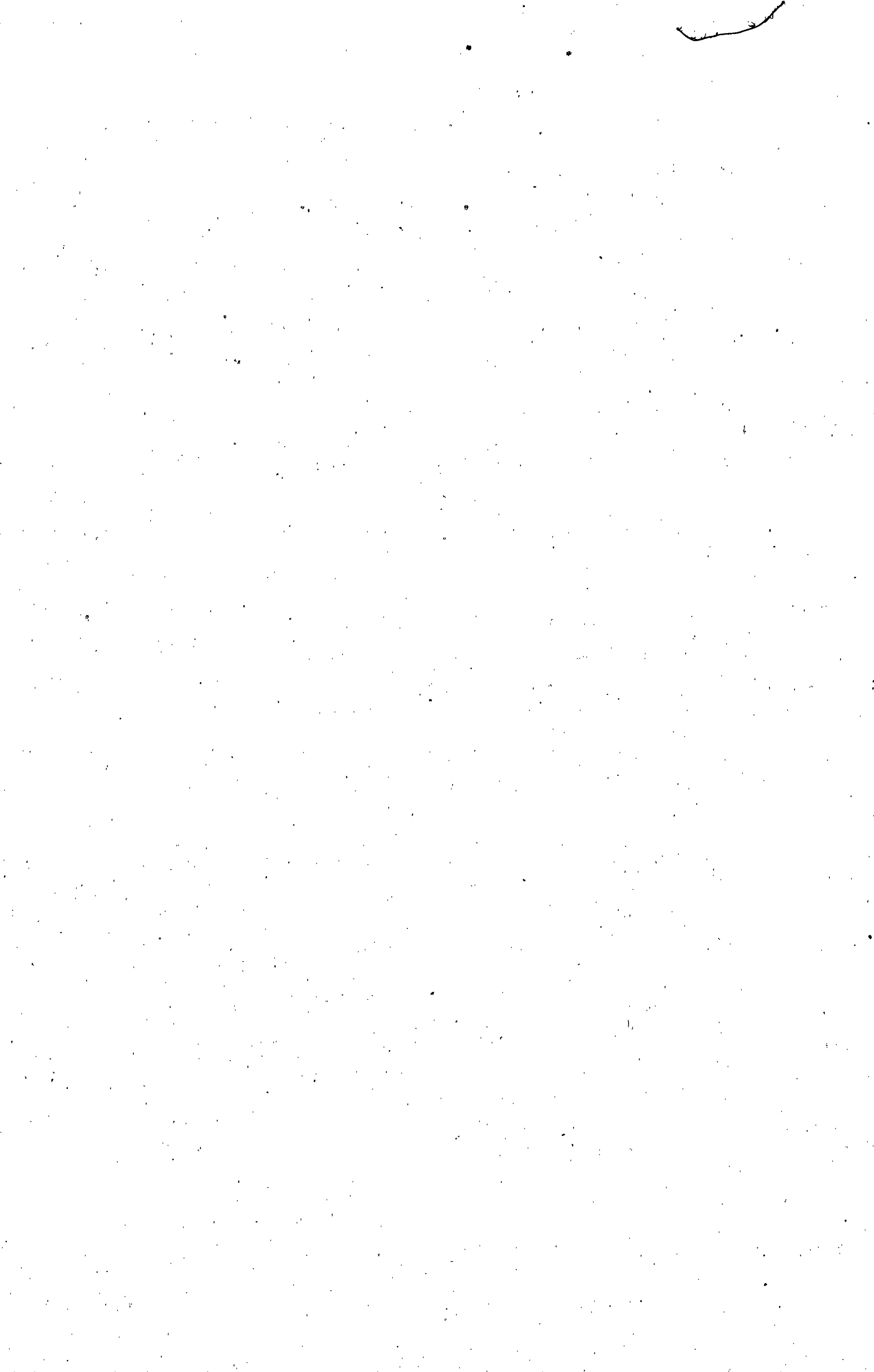
¿Errores, omisiones ó abultamientos hiperbólicos? Hay á veces fotografías sin acabado parecido, pero ni una siquiera sin un fondo general de verdad.

¿Y la utilidad de esta obrita? Dá á conocer los rasgos fisonómicos de una comarca, pedazo de la grande, remota Pátria; descorre en parte el velo que cubre razas, costumbres y maneras peculiarísimas de vida; esboza cuestiones trascendentes é inicia rumbos para el porvenir. Dá á conocer algo, allá y aún acá en parte principal desconocido, y no lo dudes, lector: siempre el conocimiento es fecundo.

¡Quién sabe, además, si estas páginas indicarán mañana camino á más afortunados observadores y publicistas!

¡Dios lo quiera, para bien de Metrópoli y Colonia!

EN MANILA



I.

EN MANILA

No creo fuera debilidad mía; creo más bien, que no hay castila *bago* á quien no cause impresión indefinible, al poner el pié en los muelles del Pásig, el abigarrado conjunto de desgarbados cuerpos, rostros lampiños y fisonomías muertas.

El grave y majestuoso árabe que en Port-Said se encuentra y se vé cruzar impasible por las orillas de aquella enorme acequia, causa respeto; es un antiguo rival. Horror y repulsión inspira el hijo de los peñascales de Aden con su negruzco rostro, sucio traje y la cabeza cubierta por casquete de cal. Mezcla de atracción y desconfianza el vivo é inquieto parsi, el mercachifle del Indico. Extrañeza y antipatía el grave cingalés

de atusadas patillas, moño femenil y largo sayal; repugnancia, por fin, el rudo coolí de largo cuerpo y larga trenza.

La impresión que en Manila recibe el viajero, es distinta. Esta colección de adolescentes, de niños grandes, como los llama un escritor del país, dan á la capital del Archipiélago cierto aspecto de hospicio suelto. La barba es, en los indivíduos y en las razas, signo de virilidad.

Así, al primer encuentro, el filipino es simpático; vésele acercarse sin miedo ni desconfianza, y al contemplar de cerca estos rostros inmóviles, tan limpios de pelo como de signos de energía; estos ojos medio dormidos y medio entornados, la actitud humilde, y al escuchar su voz oscura y temblorosa, imagínase uno tener á su lado un sonámbulo.

Hay sobre todos éstos, un motivo de simpatía profunda. Sin barbas y sin fisonomía, sin apellido á veces y á veces sin casi ropa, el filipino es un español, es nuestro compatriota. Esto no lo saben los españoles netos hasta no poner el pié en las angostas y retorcidas calles de la Perla del Oriente.

Y tampoco saben, que aquí no existe aquella España, allá atrás dejada, que produce y consume, piensa y habla, alienta y vive en la Península. Aquí sólo existe la España oficial y burocrática.

Yo tropecé con ella casi al poner el piè en Manila.

—Mire V., señor Gobernador civil, decíale al día siguiente un buen amigo. Mire V. que mi recomendado es hombre de órden á carta cabal.

—Imposible, imposible de todo punto. No hay más remedio que memorial, expediente, fiador y radicación.

Y ante la esterilidad de mi intriga y la negativa del Gobernador de Manila, no tuve màs remedio que emprender mi largo y penoso Calvario.

Y fué el tal Calvario ocho días mortales de caminatas al Gobierno civil, al idem general, á la Comandancia de la Guardia civil; con esperas y antesalas; el aguarde V; el vuelva V. mañana; el hoy no puede ser, y por remate, un expediente de radicación, un permiso para poder residir en Filipinas dos años, un pasaporte y un fiador, y además, entre idas y venidas, coche, fonda, propinas y otras menudencias, una cuarentena de duros echados á perros.

Al día siguiente, cuando fuí á dar un abrazo á mi fiador y ofrecerle vida ejemplar, tropecé en una tienda de la Escolta, á un chino viejo y estevado, combarcano mio desde Singapore.

—¿Ya has arreglado tu expediente de radicación?

—*Mía, señolía, no necesitalo,* me contestó en su jerga.

Hoy ya lo necesitan. ¡Bendita sea la igualdad!

Y temeroso de un nuevo expediente, lié mi equipaje y me dirigí á una de las casas consignatarias de vapores para provincias.

—Un billete de pasaje.—¿Tiene V. pasaporte?—

Sí, señor.—Venga. Esto se queda aquí. Se le entregarán á V. en la alcaldía de la provincia á donde V. se dirige. Así está mandado.

—Pues si así está mandado obedezcamos.

Pocas horas después, á bordo de diminuto vapor, y á los últimos resplandores de vistoso crepúsculo, abandonaba el turbio Pásig, atravesaba la extensa bahía, dejaba atrás el Corregidor, y surcaba tranquilo, reluciente mar, bajo un cielo luminoso y espléndido.

¡Qué hermosas las noches de los trópicos! Allá al Súr, la Cruz encendida de Magallanes, signo perpétuo de la grandeza de nuestra raza en estas latitudes; por dó quiera, en la azulada esfera, grupos fulgurantes de constelaciones, y á la doble, tibia luz de los astros y los resplandores pálidos de un mar fosforescente, dibujándose en torno islotes colmados de verdura, á modo de canastillos flotantes, y en la ribera vecina, bosques sombríos y rumorosos, cayendo sobre las aguas y bañando, á veces, en las olas, copas formidables y ramaje colosal.

¡Qué hermosas las noches de los trópicos! Qué hermoso el cielo, qué hermosas las riberas y el mar!

—Diga V., capitan; aquella luz que asoma por aquel cerro, será un faro?

—No señor, fogata de salvajes; por aquí no hay faros.

—En tal caso, tendrán ustedes cartas muy exactas de estos mares tan peligrosos?

—No las tenemos sino muy incompletas.

—¿De todos modos, para el tiempo de las tempestades, habrá en esas depresiones de la costa prácticos y puertos?

—Tampoco hay por aquí ninguna de esas cosas.

¡Ni faros, ni casi cartas, ni prácticos, ni puertos! Así navegaron Deucalión y Noé.

Por fortuna, al mediodía siguiente y sin novedad de ningún género, el vapor echó anclas en angosta y pintoresca rada, cercada de verdosas colinas, y en su fondo baja y extensa playa. Bien pronto, estrecha y puntiaguda canóa manejada por indios, vino á colocarse al costado del barco, y allá, más lejos, destartalada carreta, á ella uncido un carabao y sobre este un indio desnudo. Un fraile gordo y bonachón, un oficial quinto de Hacienda y mi humilde persona, desembarcábamos allí; y del vapor á la canóa, de la canóa á la carreta y de la carreta á la playa, la travesía se realizó sin contratiempo.

—¿Y el viaje á la cabecera de la provincia?

—No hay que apurarse, señores, replicó el fraile; allá está mi sacristán con mi carruaje y caballos; podemos ir los tres aunque mis alazanes revienten.

Eso sí, aquí, á esta distancia horrible de la Pátria y en frente á estas razas inferiores, los corazones se acercan, estrechan y confunden.

Por angosto camino, entre espeso ramaje y

á ratos por túneles de bambúes, recorrimos campos hermosísimos. Ya extensas planicies cubiertas de altas y frondosas gramíneas, ya laderas pobladas de espesos guayabos y salpicadas de grupos de altos, esbeltos cocoteros, y ya hondonadas cruzadas de arroyuelos y de vegetación variadísima, copiosa y asfixiante. De trecho en trecho, y entre bosques de plátanos, chozas de yerba y caña, aplastadas y misérrimas, donde permanecían inmóviles y en cuclillas algo así como séres humanos, y por do quiera el yermo, el baldío dominando en absoluto la campiña. ¡Qué grande es aquí la Naturaleza, qué pequeño el hombre!

—En España se viaja con más comodidad,— me interpeló el fraile.

—Pero no siempre en tan buena compañía.

—Hombre, he leido en *La Fé*, que hasta por mi lugarejo pasa el tren, y también he leido que hay allí una junta de republicanos. Pero hombre, si en mi tiempo no había más que unos pocos esparteristas...

—Pues aquellos polvos han traido estos lodos.

—¡Qué cambio en treinta y dos años! Por eso me gusta este país; aquí no cambia nada, todo sigue lo mismo.

Y vamos á ver, ¿qué viaje trae V. por aquí?

—Es cosa sencilla: un amigo mío y paisano llegó desde esta provincia enfermo y pobre, yo le adelanté varias cantidades, y á su muerte, me legó en pago una finca que aquí poseía.

—¡Mal negocio, malo; tierras aquí, agricultura en este país!

—Cuatrocientas setenta hectáreas en regadío y tierra fertilísima para arroz y caña-azúcar.

—Desde luego—interrumpió el oficial de Hacienda—tendrá V. que pagar diezmos prediales, el 10 por 100 del producto, mientras el indio no paga nada por cultivo.

—También tengo allí una máquina y aparatos para fabricar miel, y un alambique contínuo para aguardiente.

—También será un mal negocio, porque pagará V., por ochenta arrobas diarias de producto, *seiscientos pesos* de patente, mientras los chinos, que dominan esa industria, pagan cantidad menor.

—Y luego la cuestión de brazos; si V. fuera Gobernadorcillo del pueblo, una especíe de alcalde de allá, entonces, vamos, no le faltaría gente—replicó el fraile.

—Pues intrigaré para que me elijan, padre.

—¡Já, já! Si los españoles no pueden serlo, ni tienen voto, ni pueden pisar el local en día de elecciones.

—¡La cabecera!—interrumpió el oficial;—ya estamos en casa. Usted parará en la mía.

—No quisiera ser molesto, y preferiría la fonda.

—¡Cá, hombre:! si aquí no hay fondas, ni posadas, ni mesones, ni casas de huéspedes, ni nada. Parará V. conmigo, y luego visitaremos

al alcalde, es de rigor, y muy conveniente para un particular como V.

¡La cabecera! Casuchos de caña con sus monteras de yerba; anchos cajones de tabla sostenidos en vigas clavadas en el suelo, con su tapadera de hojalata. Allá, en especie de plazuela cubierta de yerba, un recio y musgoso muro con una cruz en lo alto, la parroquia; y allá á otro extremo, con la bandera nacional izada, otro edificio, la alcaldía ó casa real, de piedra pintarrajeada, sosteniendo un segundo cuerpo de madera y tejado de zinc.

Mi visita al alcalde fué la primera. Excelente persona; recibióme con cordialidad y afecto. Hablamos de España, de sus progresos, contrariedades y desdichas; de política, de la actitud de los partidos y tendéncias de la opinión, *sotto voce*, y al despedirme por fin, y al ofrecerme con sinceridad su casa, su amistad y apoyo, y todavía mi mano entre las suyas:—usted es nuevo en el país—me dijo,—y no llevará á mal una advertencia. De mi, nada debe V. temer; pero de otro que viniera á sucederme, tal vez, porque nosotros hoy tenemos facultades casi omnímodas y un disgusto con la autoridad provincial podría serle aquí muy funesta.

Tantas impresiones acabaron por producir su efecto y cuando poco después me encontré sólo en mi cuarto, sentíme con ardor en las sienes, algo calenturiento y presa de debilidad general.

—Que venga el médico,—dije al muchacho indio que me servía de ayuda de cámara.

—*No hay más, señor.*

—¿Cómo no hay más?

—Se ha marchado á recoger un muerto á dos días de caballo.

—¿Y no hay otro?

—*No hay más* para toda la provincia.

—Pues véte á la botica, y dile al boticario...

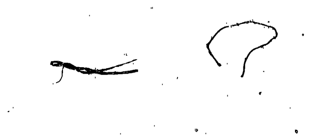
—*No hay más,* señor; se ha marchado á la fiesta del bautizo de un chino.

Por fortuna, debió venirse conmigo, desde España, un pedacito de Providencia, porque trás ligero descanso y breve sueño, me sentí del todo aliviado, y con tan gran fortuna, me dispuse á emprender el camino de mi ínsula Barataria.

Pero esto exige capítulo aparte, ó mejor nuevo capítulo.



EN VIAJE





II.

EN VIAJE.

A peso por legua y susto por kilómetro, alquilé un carruaje de camino, vulgo carromata, alto de ruedas, escaso de toldo y desvencijado de asiento. Dos briosos corceles, con más alifafes que bríos y más hambre que buen deseo, resignáronse á tirar, amarrados á fuerte lanza y enganchados con arreos y tirantes, colleras y demás adminículos de pintorroteado abacá. Era, en cambio, su maestro y director un auriga de lo más renombrado en la comarca; encanijado de cuerpo, chato de nariz, dientes rojos á fuerza de betel y piél de cordoban, todo metido en pantalón de grandes cuadros amarillos, que desaparecían casi bajo los pliegues de ancha y suelta camisa, tendida al exterior. De zapatos no hay que hablar, ni casi de

sombrero, ni casi de cabeza, ni casi de hombre. Pero ¿porqué no ha de haber aquí algo de lo de allá?—decíale, al despedirme, á mi cariñoso y hospitalario amigo, al buen oficial de Hacienda que tan galantamente me hospedó.

—Cosas de *bagos*—me contestaba con flema;—chifladuras de recién llegados.

—Pero hombre ¡por Dios! Salgo yo de una capital de provincia en número de habitantes como Jaén, como Albacete ó León, y voy á un pueblo como Almería, ó Alcalá ó Sagunto. ¿Porqué no hay aquí servicios públicos? ¿Porqué no salgo de un parador y en una diligencia siquiera?

—Pues porque nó, como dicen los chicos. Mire usted narices y frentes; todas chatas: mire V. los rostros; todos imberbes y de chocolate, y no busque V. más razones, y buen viaje y que se cuide V. mucho.

Y ¡vaya si tuve que cuidarme! porque si el tren de viaje era como sabe el curioso lector, no era mejor la carretera. Y eso que, bien mirado, no eran grandes ni tan señalados sus defectos. La carretera era buena, dicho sea en honor suyo; solo que no tenía afirmado, ni cunetas, ni alcantarillas, ni puentes.

—Camino, señor, bueno—decíame de rato en rato mi buen cochero, para alentarme sin duda; y cuando él lo decía, quería decir que había otros peores ó que nos esperaba algo peor que lo ya recorrido.

Y sin embargo, el aspecto del camino es bonito, porque entre bache y bache, que los hay que es una bendición, crece abundante yerba, y por eso, entre las líñeas del bosque bajo que la atraviesa, se ofrece á la vista cinta estrecha y verdosa. Y por esto y lo otro, un viaje por este bendito Luzón ofrece accidentes, y paradas, y distracciones sin cuento.

—Señor, mucho carabao— me dice de repente el cochero, en voz tan baja que apenas lo oye el cuello de su larga camisa.

—¿Y que hacemos?

—Usted, señor, bajar, y yo apartar animales.

Y héteme sujetando del diestro los rocines, mientras el indio á latigazos se abre paso por en medio de la apretada manada.

—Señor, malo este puente.

Diez minutos después pié á tierra.

—Señor, malo este bache.

Pues vuelta á poner el pié en el lodo.

—Señor, malo este puente grande.

Pues vuelta á bajar.

Pero aquí la cosa era más negra. A través de hondo, embrozado barranco, cuatro postes, por banda; sobre ellos, y á la altura del suelo, travesaños atados con bejucos, y sobre estos travesaños, largos palos tirados al azar, cañas bambúes y otras menudencias.

No ha alcanzado á más en provincias la ingeniería filipina. Pero los palitroques que hacen oficio de pavimento escasean al extremo de dejar

claros capaces de servir de escotillón al «carro, y al caballo y caballero.» Y no hay remedio; yo de zagal, llevando del ronzal los caballos, y el cochero arrimando y arreglando palitroques; y cuando faltó por delante material, hubo que traerlo de atrás; y yo con mis caballos en tanto, en la mitad del puente, suspendido sobre el abismo y cortado y sitiado por vanguardia y retaguardia.

Salimos, por fin, del apuro; de todo se sale con el favor de Dios, y volví á ocupar mi duro asiento, pero... no pudo ponerse en marcha el vehículo, porque con tanta sacudida y con las no pequeñas del malhadado y peor pavimentado puente, se había resentido en todas sus junturas, empalmes, articulaciones y ensambladuras. También este contratiempo tuvo su remedio: un bejuco fuertemente arrollado á la ballesta de la izquierda, cuyas piezas querían saltar de su asiento, como yo saltaba tantas veces del mío; otro, del asiento á la caja, en sustitución de un tornillo descabezado, y otro más récio y fuerte al cubo de la derecha, que en visible grieta paralela al eje, mostraba cierto resentimiento mal disimulado. Y con dos ó tres más aquí y allá, acabó esta restauración que detenía mi marcha.

Y seguí caminando por aquella planicie ligeramente inclinada desde los bosques cerrados, oscuros é impenetrables que en incorrecta línea corrían á la izquierda, hasta el río del lado opuesto, que á cada revuelta del camino mos-

traba sus aguas perezosas por entre el ramaje abundante que bordea sus altas márgenes. ¡Cuadro en verdad hermoso, el de estas campiñas ahogadas de verdura y en que la tierra parece hundirse bajo el peso de abrumadora carga! Y allá arriba, un cielo á trozos de azul brillante, por donde el sol derrama rayos de fuego, á trozos amontonados nubarrones, y el silencio de la muerte aquí abajo; ni canto de aves, ni balidos de rumiantes, ni ruido de poblaciones, en medio de tanta y tan exuberante vida.

—Vamos á ver, ¿qué ocurre? ¿Por que paras?

—Hambre, señor, los caballos. Y en un periquete salta mi hombre en tierra, arranca fuerte puñado de yerba, lo ata con un bejuco al extremo de la lanza y los caballos echan á andar ligeros, alargando la boca al cebo y lengüeteando la ración; pero sin poderla alcanzar. El suplicio de Tántalo ó el higuí de nuestras aldeas.

De repente y á una revuelta del camino, un grupo de chozas, y en su centro una más alta, con una cruz de palo por remate.

¿Qué es eso?

— *Visita*, señor.

—¿Y qué es visita?

—Eso.

—Enterados.

Zahurdas de forma extraña
construidas con broza y leña;
gastan más lujo en España
el milano y la cigüeña.

Un grupo de niños desnudos, de rodillas á ambos lados del carruaje y una mujer con ellos, de pelo entrecano, atado en fuerte nudo al pescuezo; el cuerpo metido en negruzca funda, y sobre corta camisola que deja en descubierto de cintura á pechos, tres ó cuatro escapularios, rosarios y medallas. Así se recibe al *castila.*

—Bueno, señor, aquí comer.

—No me parece mal.

Los pobres rocines se habían adelantado al consejo, habían alcanzado el manojo de yerba y mordejeaban á duo la punta de la lanza.

La india, entretanto, por indicación del cochero, entró á gatas en la choza y salió en breve trayendo huevos duros en sus negras manos y una pelota amasada con miel de caña y harina de arroz. Me alargó el manjar, haciendo profunda reverencia, pero rehusé el obsequio, y eché mano á un salchichón y un panecillo, regalo de mi anfitrión.

Para un *castila* no hay más recursos en una aldea filipina; para estas gentes ya es otra cosa. A la puerta de la choza y en el santo suelo, sirvióse ancha fuente de madera, colmada de *morisqueta*; arroz cocido, enjuto y sin sal, y al lado otra fuente de verdosa salsa de yerbas campestres. Chicos y grandes ordenáronse en cuclillas al rededor, y mudos y silenciosos, cogían el arroz con los cinco dedos, mojaban arroz y dedos en la salsa, y á la boca, aquellas bocas descomunales, echando atrás cabeza y cuerpo en repetidas reverencias.

Y en marcha otra vez; imposible saber cuál número le correspondía.

—¿Qué horas hay de aquí á la cabecera?—pregunté á la india por mediación del cochero.

Marcó con el dedo el Oriente; subiólo lentamente trazando un arco, pasó un poco de la vertical y paróse el dedo. Un relój prehistórico, que diría Vilanova. Cinco minutos después el río, y lo que es peor, río sin puente, ó por mejor decir, puente de barcas, ¡pero qué barcas y qué puente! Dos viejas canóas unidas, y sobre ellas tosco tejido de cañas, á trozos roto y á trozos podrido.

A un lado, y atravesando la mansa corriente, un bejuco del grueso de un cordel, atado á las dos orrillas á récias ramas de copudos árboles. Y agarrándose dos hombres al bejuco, y agarrándome yo también por si el armatoste zozobraba, ganamos por fin la opuesta, fangosa orilla.

Ya casi anochecía, pero ya casi llegábamos al término del viaje. Un esfuerzo más de nuestros rendidos, huesosos pencos, y en pocos minutos tomé la embocadura de estrecha, silenciosa, empradecida calle.

¡Loado sea Dios! Ocho horas mortales para cuatro leguas de llano, inescabroso terreno; y sin embargo, el caballo filipino es brioso, fuerte y resistente; fué importado de América y es descendiente de nuestra hermosa raza andaluza.

No hallé en todo el trayecto peones camineros, porque no los hay; no hallé guardias civiles, aunque los hay; no tropecé sino con muy pocos transeuntes, porque los hay apenas, y no hallé posada en pueblo de largo vecindario, porque no las hay. Mi buen cochero me condujo á las puertas del *Tribunal*, la casa de Ayuntamiento; esta es la fonda del español en Filipinas, y como fruta del país, también tiene sus más y sus menos, sus particularidades é *intríngulis*, objeto de nuevo capítulo.

EL TRIBUNAL

III.

EL TRIBUNAL.

Sobre récio paredón, casi tan récio como alto, y de la altura de un entresuelo, pintarrajeado armatoste de tablas en crudo, casi con tantas tablas como grietas. En su frente y costados, largas tiras de chillón azúl y arremetedor bermellón, obra ponderada de un artista local; y allá arriba, sobre mezquino balcón de madera pintada, disforme alero de cañas y nipa, extremidad y muestra de la empinada techumbre. La puerta, de récias tablas y disforme cerrojo; la entrada oscura, la escalera empinada, y las tablas descosidas; la barandilla movediza y la puerta de la sala de récias tablas y abundante pintura.

El salón es lo mejor del edificio, tal vez, por

ser lo principal ó lo único visible de toda la fábrica. Tiene de anchura la mitad de su longitud, es decir, unos quince pasos. Adornan sus paredes, cintas y franjas, óvalos y círculos de azúl y verde, rojo y amarillo, y aún más que la pintura, dánle carácter los récios postes, retorcidos unos y de contorno áspero y desigual otros, que desde el hondo suelo se empinan rozando las paredes, y son armazón y sostén del edificio, y como mudos testigos del suntuoso local.

También el techo es de ver. A tres ó cuatro varas del suelo, pierden las paredes de tabla la vertical, inclinándose las cuatro hácia el centro, sobre prolongado rectángulo, y con sus filetes amarillos en la unión de los planos y fondo oscuro de puro negruzco, remedan á maravilla la tétrica tapa de enorme ataud.

Hasta las lámparas de latón roñoso, con sus velas de cera á medio consumir, huelen así como á entierro. El mobiliario sencillo. Tres ó cuatro bancos de madera arrimados á las paredes; una mesa larga á un extremo, con sillón enorme á su frente, y bajo diminuto dosel de amarillento percal, el retrato del monarca, con dos candelabros por banda, á guisa de santo de aldéa. Con una de estas candelas encendidas, recibióme tras siete ú ocho reverencias y no se cuantos arrastra-piés, el alguacil de servicio. Era un indio como todos, y como todos de tez oscura, algo entrado en años y

en arrugas, la boca algo torcida y el semblante impasible. Cubríalo desde los hombros ancha camisa roja, y por debajo y sobre enormes piés desnudos, rapado pantalón de blanquecino percal.

—¿El señor pasará aquí la noche?—dijo con pausada voz.

—Si, hombre, si; ¡qué remedio!

—¿Y el señor querrá comer?

—Pues es claro.

—Aquí la gallina cuesta dos reales.

—¡Bien, hombre, bien! Déjame descansar un poco, que ya arreglaremos cuentas.

Y dejé caer mi cuerpo fatigado sobre el sillón arrimado á la mesa, sillón de autoridad sin duda, porque gimió bajo mi peso, indignado tal vez de tanta profanación. Y el alguacil, plantado y mudo delante de mí, con los brazos cruzados y el rostro mortecino, y la raquítica candela vertiendo, más que luz, sombras, allá sobre el fondo de la solitaria estancia.

Tuve que romper por fin el silencio.

—¿Conque dos reales una gallina? Pues al avío; venga pronto, porque tras de un día como pocos, mi hambre es regular.

—Y un real por la manteca—murmuró como mecánicamente el alguacil.

—Corriente, hombre, corriente.

—Y medio real de leña, y cuatro cuartos de sal y otros diez cuartos de arroz.

—¿Pero acabarás al fin con tu letanía?

—Y el señor me dará un peso por todo.

—Toma, y á la carrera en busca de mi cena.

Y quedé solo en la desierta sala ¡Qué triste es la soledad en estas poblaciones sin ruido y sin luz, sin movimiento y sin gente! Me asomé al balcón, y en ancha pradera que debía ser plaza, distinguí unos cuantos carabaos paciendo mansamente con otros tantos caballos, y alguno que otro bulto así como de humana forma que pasaba lento y silencioso. A uno y otro lado prolongábanse en líneas rectas aplastadas, blanquecinas chozas, cocoteros y plátanos salpicados por el poblado, y el silencio y la soledad y la negra noche por todas partes.

Volví á ocupar el sillón municipal, y entregado á mil vagos pensamientos, revolví anheloso la mirada hasta dar regocijado con el retrato de don Alfonso. Causa alegría, sí; placer inexplicable ver una cara europea, aunque sea en pintura, después de tantas sin barbas y sin nariz, sin expresión y sin tez. Quedéme, pues, como embobado, contemplando el rostro juvenil de nuestro Rey difunto, y tanta era mi hambre de comunicación inteligente con séres de mi especie, que la intensidad de la mirada movió mi lengua é hizo vibrar mi voz. Rey Alfonso—le dije, perdido todo respeto;—si en tu breve vida hubieras venido aquí de incógnito, de fijo pensaras como yo. Tenemos en esta tierra el dominio material sin peligros ni recelos; pero ¿qué vale esto, con ser mucho, si un español

se siente como encadenado en medio de esta sociedad primitiva? Los pueblos superiores dominan á los inferiores, infundiéndoles, aún violenta y despóticamente, nueva vida y nueva sávia, y nosotros aquí, después de tres siglos, tenemos por toda señal de influencia, una bandera roja y amarilla, y jueces que dictan sentencias en castellano. El cacareo agudo, el destemplado chillido de una gallina me sacó de la alucinación, á tiempo que el alguacil penetraba en la sala.

—La gallina, señor.

—Pero ¿y la cena?

—No hay manteca, señor, ni aceite, ni leña, ni...

—¿Hay siquiera pan y vino?

—El chino Di-Penco piensa poner panadería, y vino solo tiene el Padre para el santo Sacrificio.

—Pues á ver, hombre, ¡por los clavos de Cristo!, ya que no hay cena, que haya á lo menos cama donde dormir; un mal jergón, cualquier cosa.

Volvió á salir el índio sin prisa, eché yo mano al saco de viaje, y tropecé con un mendrugo de pan y como tres dedos de salchichón, sobras del mediodía.

Tal fué mi cena, y no fué mejor la cama. Entró de nuevo mi impasible alguacil con una esterilla amarillenta al hombro, que tendió sobre la mesa, y dos almohadas que colocó en cruz;

hízome una reverencia y salió del salón y cerró la puerta.

La esterilla era dura y la mesa se balanceaba, pero mi sueño y mi cansancio eran á prueba de inconvenientes. Pasaban ya de las once, y vestido y calzado, coloqué la cabeza sobre una almohada, una pierna sobre la otra, y me dormí, ¡quien lo creyera! me dormí como un príncipe.

Cuando me desperté, el sol entraba á chorros por las rendijas de las paredes y las desvencijadas puertas del balcón, y en el centro de la sala, en cuclillas como una mómia, distinguí á mi índio.

—¿Qué demónios haces tú ahí?

—La gallina, señor.

—Vete con ella á los infiernos: pero no; anda y haz que me sirvan un huevo frito.

—Ahora, señor, un cuadrillero traerá leña y arreglará cocina.

¡Ni cocina, ni leña! Salté de la mesa municipal, entre impaciente y resignado; recorrí la sala á grandes pasos, echéme á discurrir planes é idear recursos para salir de tan difícil paso, cuando mis ojos se fijaron en objetos diversos colocados en un rincón.

—Ese palo largo con cordeles atados á su punta y á las puntas de los cordeles anzuelos, cosa buena, señor. Cuando se escapa un preso, corro yo tras de él, se lo echo encima y queda cogido.

—Ingenioso es el chisme y bárbaro. ¿Y estos sables de madera y puño de asta?

—Sables de los cuadrilleros, señor.

—Ni en Toledo.

—¿Y estas lanzas de caña?

—También de cuadrilleros.-¡Sobérbios!

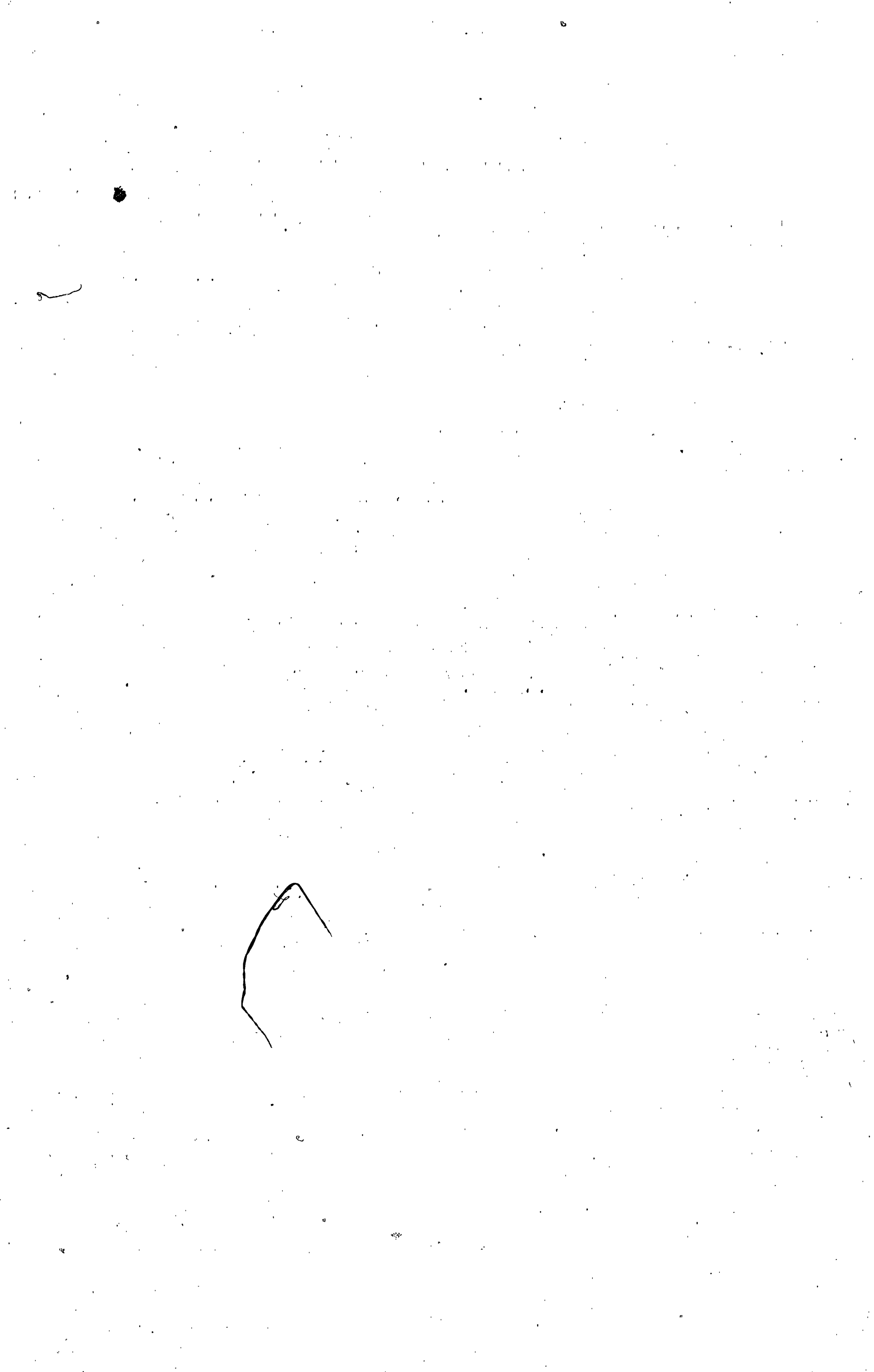
Aquí llegaba en mí inventario, cuando allá abajo resonaron fuertes golpes y quejidos ahogados.

—Castigo de hombres, señor.

Me precipité por la escalera, entré en el sótano y ¡qué cuadro! Allá, á un lado, como una jáula de récias cañas, por entre las cuales asomaban la jeta impávidos ó sonrientes, cinco ó seis índios; al lado opuesto y sobre el húmedo suelo, un banco de madera, después récia viga partida á lo largo con agujeros circulares... y el alguacil cicerone, con grave entonación: éste, señor, no tiene cédula, éste vive con otra mujer; éste...

No pude resistir más, dí media vuelta, tomé la escalera y... llegaron de repente á mis oidos descompasadas voces.

—¿Donde está el *castila?*; vamos á ver, ¿donde está?



EL FRAILE

IV.

EL FRAILE

—¡Pero hombre, si no lo sabía! ¡Si creí anoche que era V. uno de esos alhajeros, uno de esos mercachifles franceses, italianos ó alemanes, ó que sé yo, que ni siquiera son cristianos; que de haberlo sabido!... ¡Buena noche habrá pasado en este cuartel! ¡Ea! No hay más que hablar; al convento conmigo. ¡A ver, tú, zamacuco, la maleta, el equipaje de este señor! ¿Ha cerrado usted bien? Porque esta gente respeta poco los mandamientos y donde mete los cinco... Ya está aquí el equipaje. Vé tú delante, y en marcha. ¿Usted será *bago*, como decimos aquí; recien llegado de España? Pues es claro, ya se le conoce, que si no, al convento, como hacen tantos. Pero ya se vé; allá en España y con las ideas dominantes, se cree que estos pobres

frailes filipinos son esto y lo otro y lo de más allá. Pues no señor, que á muchas, muchas docenas de españoles les he dado alojamiento en mis diez y nueve años de país, y á algunos también he dado buenos pesos; infelices llegados aquí, y que se creyeron que en esta tierra se atan los perros con longaniza. Pero ya estamos en casa; ya está V. en un convento filipino ó casa parroquial, que es lo mismo. Vamos, arriba; agárrese bien á la barandilla, porque esta escalera está como Dios quiere.—¡Hola, muchachos! vamos á ver: el chocolate que encargué hace una hora. Pero ya está aquí. Vamos, á sentarse aquí, á mi lado. Chocolate con morisqueta. Aquí no hay pan ni cosa que lo valga; pero no importa. Coja V. la cucharita, cárguela en ese plato y á la jícara; menee V. un poco, sople si está caliente y á la boca. Así. ¿Qué tal? Excelente, ¿no es verdad? ¿Qué valen al lado de esto las pastas finas, los bizcochos monjiles y el mismísimo mojicón de doña Mariquita?

Ahora este tabaco, y á la sala y à la mecedora. Allí estaremos frescos y allí hablaremos de largo. Porque tenemos que hablar mucho, sí señor, de España. ¡Ay, quién pudiese volver á ver aquella tierra y aquella gente! Y eso que ahora, en estos condenados tiempos, está aquello perdido; pero en fin, que respeten la religión y no dejen morir de hambre á sus ministros. ¿Qué menos se puede pedir?

Vamos á ver, ¿qué ocurre? Una llamada, confesión ¿he? Me lo figuraba. Tengo ausente al coadjutor; se fué á casar una hermana aquí en vecino pueblo, y hoy toda la carga es para mí. Mañana vendrá y ya le conocerá V. y verá lo que es una sotana sobre un indígena.

Y salió mi hombre y pude respirar.

¡Qué tipo este buen fraile! Alto y récio de cuerpo, de rostro expresivo, labios gruesos y entreabiertos, y mirada franca. Con sus anchos hábitos, su ademán imperativo, su voz de trueno y su pleno dominio sobre esta raza, parece un patriarca de los tiempos bíblicos, con mezcla de algo del régulo de las tribus de Asia. Mirado de cerca, cambia de aspecto. Decidor y alegre, hospitalario y francote, es el español, el español de nuestras clases populares, con todos sus defectos y sus grandes prendas.

Lleváronlo de niño al colegio de misioneros, desde apartada aldea, tal vez; terminó en él los estudios eclesiásticos, y lo embarcaron para Filipinas. Aquí recibió las órdenes, aprendió el malayo en uno de sus dialectos, tagalo, bicol, visaya ó pampango, y trás dos ó tres años de compañero y educando con un fraile viejo, recibió por fin de sus superiores la administración y gobierno de su rebaño en lejana y solitaria aldea.

Llegó aquí casi niño y tuvo que hacerse hombre, sin más compañía que la soledad, ni más relaciones casi con sus fieles que el mandato enér-

gico, la amenaza constante y el gesto dominador, que es el indio materia asaz impasible y yerta, y solo á fuerza de estimulantes puede obtenerse de él movimiento y acción. Tiene por todo esto el párroco filipino fisonomía especial, relieve peculiar y característico, pero no es culpa suya, si culpa hubiere en ello; es del país.

Aqui llegaba en mis reflexiones, cuando uno de los criados, con su blanca y flamante camisa y largo pantalón, llegó hácia mí con paso incierto y mirada recelosa.

—¿Señor?

—¿Qué hay? ¿Quién eres tú?

—Soy el mayordomo del padre y aquí una mujer pide con V. precio de gallina del tribunal.

—¡Pues si dí por ella un peso! Pero toma dále dos pesetas.

—Señor haga *pabor* de *emprestar conmigo* cuatro pesos.

—Toma otra peseta.

—Señor no diga nada padre *Pacundo*.

—Anda, que nada diré.

Trapaceros y pedigüeños. Falta de dignidad y falta de sentido moral. Allá se pide una propina á cambio de un servicio, ó una limosna cuando el hambre arrecia; pero aquí...

¡Ay qué indios! ¡qué indios! ¡qué indios! ¡Vírgen del Cármen! gritaba á todo esto el Padre subiendo la escalera y dando fuertes resoplidos.

—¿Qué pasa, fray Facundo, que pasa?

—No lo creerá V., vamos no lo creerá. Voy á confesar *in artículo mortis* á un anciano decrépito, allá al otro extremo del poblado; entro en su choza, y me lo encuentro solo, allí tumbado en el suelo sobre un petate sucio y descosido. ¡Que venga la familia! grito á los vecinos. ¿Y dónde creerá V. que estaba la familia toda? Pues allá, unas chozas más adelante, inocentemente jugando á los naipes.

¡Y todavía quieren algunos *bagos* que ciertos actos religiosos, aún los más grandes y terribles sean como allá! ¡No puede ser, no puede ser aunque lo mande Aristóteles! ¿No piensa V. así? Hable V. hombre que V. no dice nada...

—Opino lo mismo y estaba pensando en la vida tan distinta que hace allí un cura párroco. Cierto que en aquellas aldeas el estipendio es corto, la vida estrecha, los emolumentos escasos, la sustentación realmente cóngrua, y hasta las relaciones públicas más circunspectas y exigentes; pero allí, en cámbio...

—Sí, hombre, sí; ya sé por dónde va; todo eso es verdad; pero allí hay hombres rudos é ignorantes, pero hombres al fin.

Y porque allí hay hombres, cabe trato y familiaridad y afecto. ¡Cuántas veces me acuerdo en horas de melancolía, de aquel tio mio cura, por el cual visto yo este hábito! ¡Cuántas veces me acuerdo de su tertulia en casa del notario, de su tresillo con el señor Lúcas, labrador rico,

el cirujano y el ecónomo, y sus paseitos al huerto, siempre con dos ò tres amigos! ¡Aquello es vida, sí, señor; pero, en fin, paciencia, paciencia y lo que Dios quiera!

Y ahora á comer que ya son las doce y usted tendrá apetito. ¡Muchachos, la sopa!

Entramos en el extenso comedor, y en larga mesa ostentábanse allí, como en escaparate de *restaurant*, larga hilera de platos, desde la sopa de arroz con *uñas de chino*, marisco parecido á la almeja, hasta las frutas del país, allá al otro extremo. La verdosa *nanca* que remeda enorme piña; la sabrosa *manga*, ciruela del tal maño de las dos manos juntas; el *guanábano*, ácido que remeda el membrillo; plátanos, *chicos* y compotas de guayaba, piña y otras frutas. Al lado del plato la indispensable morisqueta en reemplazo del pan.

El puchero con pato hecho cecina, jamon de China, del tamaño de un bacalao, y entre el clásico garbanzo, plátanos y boniatos y tubérculos de *arrout-rot*. El karí después, con su salsa picante y amarillenta; el gallo de monte, especie de faisán, asado en una pieza; el *dalag*, pescado de laguna; los albondiguillos de gallina, y para *entre-mets*, ensalada de *palasan*, el baston de nuestras expediciones campestres, cogollos de cocotero y tallos de bonga.

—Hoy tenemos extraordinario, decíame el Padre; porque ya se vé, hay que obsequiar al *castila*. Habitualmente, un puchero á la espa-

ñola ó cosa así, porque no lo olvide V.; la alimentación sólida y sencilla, sin afeites ni delicadezas, pero nutritiva, es aquí el gran remedio contra anémias y disenterías. Lo malo es que los artículos europeos son aquí muy caros. El vino á cuatro pesos, las patatas á peso y medio, y así todo lo demás; y eso que á nosotros nos provee nuestra Procuración desde Manila, pero aún así, buen dinero nos cuesta.

Tras la comida el café, el tabaco y la siesta, la siesta española, siesta necesaria aquí en esta eterna primavera que recuerda el mes de Mayo de las riberas mediterráneas.

No fué largo el sueño en el duro catre de bejuco y entre el abrazador y la almohada, porque un grito de fray Facundo en la estancia vecina, seguido de un puñetazo sobre la mesa, me hizo saltar como movido por un resorte.

—¡Vea V., vea V. estos papeles! Son las cuentas de la contribución del pueblo, que la ley encarga al fraile revisar y poner el visto bueno. Porque aquí, bajo este hábito, hay también un empleado público, que unas veces examina el censo, otras suma y resta cédulas é impuesto; otras reconoce el camino, el puente y la alcantarilla; otras informa acerca del aspirante á los diferentes cargos de estos municipios; otras... en fin, un funcionario, un eslabón de esa cadena que pasando por el alcalde y llegando hasta el general, sujeta á estos in- infelices.

Pero por hoy basta de números; á paseo, á dar una vueltecita y á tomar el fresco.

Y salimos en corricoche del país, por los vecinos campos con no pocos peligros de vuelcos y atascamientos.

A la puesta del sol regresamos al pueblo, entrando por una de sus calles céntricas, y aquí fué de ver á nuestro hombre.

—¡Hola, capitana Marciana! ¿Cómo vá ese estómago? ¿Prueban bien las píldoras que te receté? Y tú, tenienta Fulgencia, ¿llevaste al juzgado mi nota? A ver, mujer, si se arregla esa testamentaría. Oye tú, cabeza Agatón, ¿ya has llevado tu finiquito de cuentas á la Administración con las notas que te dí? Vamos á ver, vosotras muchachas, ménos bordados y más ropa.

Y así, ya daba un consejo, ya propinaba un remedio, ya lanzaba una amenaza á la turba de indios que en cuclillas unos á las puertas de sus viviendas, ó sacando otros la jeta por las estrechas ventanas, contemplaban silenciosos al padre ó venían en tropel á besarle la mano.

—Y así llegamos al convento, á tiempo que la turba de criados presentaba la cena; pero la cena tuvo un ruidoso remate, que lo será también de este capítulo. Apenas llegábamos á los postres, cuando de repente oyéronse tres ó cuatro golpes lejanos sobre hueco madero, que hace oficios de campana de alarma, de timbre oscuro y retumbante.

—¡Fuego!—gritó fray Facundo, alzándose des-

conpuesto.—Venga V., venga V., ó arde el pueblo y ardemos nosotros.

—¿Y material contra incendios?—pregunté azorado.

=Tome V. esta bomba impelente,—y me entregó un bejuco,—y yo esta otra, y á la carrera, y sin miramientos ni tonterías,—y se precipitó á la calle como un rayo.

Allá, no lejos, distinguíase el siniestro resplandor, y en la esquina inmediata un grupo de indios platicaban impasibles; la vista del padre los hizo correr calle abajo, y momentos después, en torno á descomunal hoguera, gritaba y se agitaba fray Facundo.

—¡Pronto, Capitán, cortar esa casa! ¡Teniente de cuadrilleros, agua por acá! ¡A ver, alguaciles, abajo esa casucha!

Y el mandato era obedecido como bajo el imperio de sugestión potente, ó más bien, por milagros de aquel delgado y flexible cetro en manos del padre, que á cada voz hendía los aires y amenazaba una espalda, hasta que el fuego quedó aislado y evitada por fin una catástrofe.

—¡Estas poblaciones tan combustibles,-decíame el buen fraile entre resoplidos de cansancio;—estas ciudades de caña y hojas secas!... ¡Pero nos hemos salvado en una tabla.

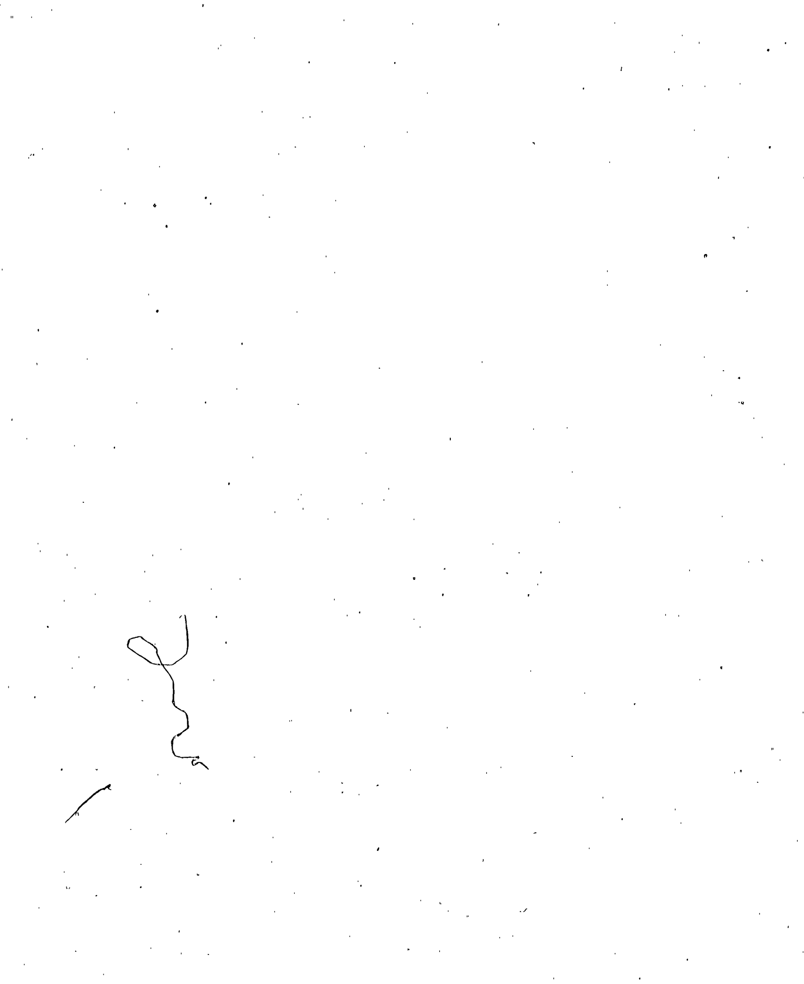
—O en un bejuco.

Ya estaba yo tendido en el duro lecho, cuando todavía gritaba el padre desde la ventana:

—¡Cuidado, Capitán, no abandonar ese rescoldo; mucho cuidado no se duerman esos vigilantes, y á ver cómo se aloja esa familia!

Nueve mil habitantes, pero entre todos juntos, un brazo, un corazón y un alma; el alma, el corazón y el brazo de fray Facundo.

EL DOMINGO



V.

EL DOMINGO.

Día de la semana consagrado al descanso y la santificación, según reza el Catecismo, pero ni aquí hay casi descanso, porque apenas hay cansados, ni aquí hay santificación, y si nó, que lo diga Fray Facundo.

—«Por más que les predico, yo no he visto jamás la iglesia llena, y eso que no caben en ella los dos tercios del rebaño.»

Pero no es rebeldía de la voluntad, en lucha más ó ménos consciente con el deber siempre penoso; no es rebeldía del sentimiento, descargando sobre el culto ódios semi-tradiccionales contra sus ministros, ni es, mucho ménos, rebeldía del pensamiento, inclinándose á otros derroteros y alzándose á nuevos horizontes.

En Filipinas son un doble absurdo la revelión de Luzbel y la leyenda de Prometeo.

Esta naturaleza enervada y muerta; esta alma anática y soñolienta; esta complexión moral; toda atrófia y marasmo, son el secreto del indígena.

Por eso besa, entre reverente y perezoso, la mano del padre, cuando á su lado pasa, y olvida el precepto; entona por las noches á la puerta de su choza cantares místicos, y los profana entre liviandades y aguardiente, y por eso, es también el domingo en la semana, día sin accidentes ni contraste.

Aldeas de la tierra en que yo nací, ¡cuán dulcemente os recuerdo en este día y desde estas seledades!

En animados repiques ó estruendosos volteos, el alto campanario parece decir á las gentes: Alegraos, hoy es día de oración y soláz, breve paréntesis á la ruda labor de la semana. Alegraos, que hoy también descansó Dios, y allá arriba los serafines sacuden sus alas regocijados.

Y por las estrechas calles y las anchas plazas discurren en grupos el rudo campesino y el atusado menestral, con rostros de placer y ropillas de lo mejor. La moza garrida con todas sus sonrisas y todas sus galas; y las personas graves, y los chicuelos retozones, y al templo se dirigen en tropel revuelto, entre animados diálogos y murmullo incesante de encontradas voces, cuando ya el órgano con sus notas bri-

llantes preludia la ceremonia santa, y parece infundir nueva vida á aquel templo cargado de dulces memorias y celestiales esperanzas.

Aquí el cuadro cambia, y si no, ven conmigo, lector; asomémonos juntos á este balcón empersianado que circunda todo este cajón enorme. Aquí á la derecha, el muro musgoso de la iglesia, rematado en enorme, abierto ángulo; fachada de fortaleza más bien que de lugar de oración, por la rudeza de su aspecto y la ausencia de líneas y exornación; y allí al frente, el mezquino campanario, formado por cuatro enormes postes, coronado por montera cónica de nipa y arrimada á uno de sus lados tosca escala de caña. Es algo más récia y sólida, la cábria de nuestras obras públicas. En irregular contorno se extiende ancho campo, que quiere ser plaza, con media docena de árboles, sembrados al acaso, y allá más lejos, sobre montón de hormigón, tosca cruz de madera pintada.

Allá al frente, y en incorrecta línea, se extienden, mezcladas con algunas casas de tablas, de abundante colorín y extenso ventanaje, chozás á granel, de aleros retorcidos que tocan las ventanas, y ventanas angostas que tocan casi el suelo. Por donde quiera, el silencio. Ni ruidos ni cantares, ni animados diálogos en las viviendas, ni movimiento y animación por las calles.

Allí en la choza vecina, se escucha el acompasado chirrido de perezosa hamaca; en ella,

medio en cueros, se columpia la reina del hogar. Por la ventana del costado, asoman enormes piés desnudos de un cuerpo masculino tumbado en soñolienta horizontal, y á la puerta del tugurio, tres niños aceitunados jugando sobre la yerba, silenciosos y tranquilos, y en el propio traje en que su madre los parió.

Allá, en la casa de tablas, se entreabre lentamente una persiana y asoma una cabeza jóven y femenina, á juzgar por la abundante azabachada cabellera que cae en desorden por los hombros y espaldas. Es una *dalaga*, la hurì del barrio, la aristócrata de la vecindad. Mira á uno y otro lado como si buscara algo perdido, restriégase los ojos como si acabara de despertar, pasa los entreabiertos dedos por la cabellera y se retira impasible. A nadie ha visto y nadie la ha mirado.

Por la esquina del otro lado, aparece un grupo de mujeres, y una en medio del grupo, de ampulosa falda de verde y amarillo. Vienen en lentos pasos y cruzan silenciosas. Otras dos, más atrás, siguen igual ruta á igual velocidad; pero de repente doblan sus piernas, recogen en las corvas la escasa ropa, y se ponen en cuclillas y rumian *buyo* tan tranquilas, olvidadas del mundo. Así seguirían, hasta Dios sabe cuando, en mitad de la vía, si nó apareciese campesina carreta con su carabao y su hombre, y tan lentamente, que apenas se distingue el movimiento.

Pero cambiemos de perspectiva, caro lector, y cambiemos de teatro. Atravesemos este largo corredor, tomemos posesiones al lado opuesto, y en frente al manso, inmediato río. En cristalinas aguas, sobre amarillenta arena y menudos guijos, tropel confuso y variado, todo un rebaño de bañistas.

El baño es en estos climas necesidad y placer, recreo y salubridad, aseo y soláz á un tiempo, y es en el indígena una faena diaria, una rutina y un hábito. No busqueis algas, ni aves palmípedas, ni indios donde no hay agua. Por eso en este fértil Luzón se ven desiertas las cumbres y mesetas, las secas llanuras y las laderas altas. No riega el indio sus tierras ni en la estación ardorosa de los secos Nortes, pero necesita regar su cuerpo, aun en medio de los diluvios diarios de la estación lluviosa.

Míralos ahí, lector benigno; mira sus rostros animados de suave placer, ó metidos hasta la cintura en el remanso, ó sentados en la corriente, ó recostados á la orilla contra pedrusco musgoso y solitario. Allí la india vieja, de blanquecina cabellera y encorvado cuerpo, coge el agua con negruzca cáscara de coco, la vierte sobre su cabeza y restriega sus miembros entre resoplidos alternados. Allí se vé á la jóven humilde, ceñido al pecho escaso envoltorio de colorado percal, y fregando sin piedad aquel seno, aquellos brazos y piernas que al igual del rostro se empeñan en ser oscuros. A

pocos pasos, la *dalaga* elegante, medio cubierto el cuerpo por nesgada falda, que se hincha y ahueca á cada movimiento sobre el agua, mientras friega también implacable aquel cuerpo, porque quiere ser blanca. Algo más remilgada la mestiza, quiere esconderse hácia la orilla, entre el ramaje, y nueva Galatea, se oculta á medias para ser así más codiciada por la mirada del curioso.

Y allí mismo, entre las náyades todas y en contacto inevitable, el indio del campo, igualmente entregado á esmerado lavatorio; el jóven mozuelo al lado de su prometida, ó de su vecina, ó de desconocida doncella, lavándose impasible; el indio plebeyo, rascando con su mano ó con un canto rodado las espaldas y hombros de su mujer propia ó de la mujer de cualquiera.

Pero no es el agua del río el elemento único de esta ablución diaria. En toscas vasijas y en càscaras de coco, tienen en la orilla provisión suficiente de jabón de chino é infusión de cortezas de *gogo*, deterjente de primera fuerza, limoncitos silvestres y otros perfumes domésticos, con que ellas sobre todo se ungen de piés á cabeza.

Largas horas al día emplea el indígena en esta operación de aseo y salubridad, pero alabemos la sábia Providencia, porque aún así y todo, tal secreción trabaja estas pieles achocolatadas y tal olor indefinible y molesto despiden

que es difícil á un *bago* resistir mucho tiempo en reducido local y entre indivíduos contados de esa turba misma, acabada de salir del agua y menurges.

Pero algunas cabezas se enderezan y algunos rostros contemplan el sol, aparecido entre los claros de densas nubes. Toman la altura solar á guisa de marinos, y el sol les dice que ya es hora de salir á tierra, y unos tras otros, y ellos y ellas revueltos, arreglan su calzón á media pierna ellos, aprietan por los sobacos el estrecho embudo de pintado algodón ó recojen la nesgada saya ellas, y en lenta procesión, chorreando agua y á pié y pierna desnudos, se dispersan por las calles y se internan por sus viviendas para cambiar de atavíos.

Yo también voy á cambiar los míos, que ya el campanero repica, hoy es domingo y soy huésped reconocido de un convento. Sencillas hasta no más ván á ser mis galas. Un blanco planchado pantalón de dril y un chaquetón largo, también blanco, abotonado militarmente desde el cuello con relucientes discos de nácar. La camisa es lo primero que aquí se pierde, con sus engorrosos puños y molesto cuello, y el chaleco y la corbata, con todos los demás adminículos indumentarios de los climas frios y los paises cultos. La etiqueta rigurosa exige algo más aun en provincias, pero mi traje no ofende conveniencia alguna: es decente y basta.

En este mismo traje veo pasar por la calle à paso lento y mucho contoneo de cintura, un grupo de jóvenes indígenas, hijos de capitanes y capitanes futuros; la crema de la población.

Y por las vecinas calles, aparecen al mismo tiempo faldas vistosas y chinelas relucientes de terciopelo y lentejuelas, y anchas mangas de pintada piña, y mantillas enormes colgadas como al descuido sobre las cabezas, que à su peso se doblan. La misa va á empezar, que ya por los vecinos cuartos y el oscuro pasillo, se escuchan notas sueltas, chirridos de violines y resoplidos de figles que prelúdian la fiesta, y por este pasillo llego por fin á estrecho prolongado palco que parece coro, y al fondo de oscuro edificio, de bóvedas de tabla, paredes y columnas de descarnado calicanto, y altares cobrizos, que parece templo.

Allà abajo los fieles, en grupos no apretados; en lugar preferente la *principalía*, y al pié del presbiterio Fray Facundo.

Cantantes y músicos entonan el introito, ó lo desentonan más bien, porque ¡qué cantantes y qué músicos! El buen padre tiene gusto y afinación; bien lo ha revelado en el primer *dóminus vobiscum* y más todavía, en ciertos movimientos nerviosos que á cada gallo de la capilla se notan en él, á pesar de las vestiduras y la austeridad de la ceremonia; pero porque es músico, á pesar de vestiduras y austeridades, cuando acabó el *Credo*, entre mil

barbarismos musicales, «eso va muy mal, maestro», dijo con voz ahogada y disimulando su enojo. «Ese tenor y ese bajo y ese violín» —esclamó después del Hosanna; «Mal, muy mal»—repitió poco después. Pero al final fué lo más gordo, porque cuando después de larga tocata á continuación del *ite misa est*, cantantes y músicos salían del coro y ya cruzaban los pasillos de la vivienda, cayó sobre ellos Fray Facundo, batuta en mano gritando acalorado: «Manada de carabaos, ni una nota afinada, ni una voz sin gangueo; hijos de Caín, no teneís nariz más que para cantar mal.» Y salieron del convento como manada de carneros perseguidos por el lobo; perdone el buen padre la comparación.



LA PRINCIPALÍA

VI.

LA PRINCIPALÍA

Es la aristocracia local, el patriciado de cada villorrio filipino, y es colectividad de cuyo seno surge cada bienio, como una sombra de organización municipal. No es una casta privilegiada y exclusiva, ni tiene nada que ver su predominio con la tradición y la herencia.

Muere con el indivíduo y nace en humildes, trabajosos comienzos hasta encumbrarse al pontificado máximo, simbolizado en el bastón de Gobernadorcillo.

Eso sí, el principalato (que lo defina la Academia), unge á sus elegidos con indeleble óleo, imprime carácter como los Sacramentos eclesiásticos y dá á sus indivíduos, por dos años de mando, autoridad y poder, majestad y do-

minio vitalicios. Así el nombre del cargo, una vez ejercido, no se despega sinó con la muerte del nombre de pila, y es irreverencia insigne, aún para un *castila*, llamar á secas Juán, Pedro ó Diego, á quien llamarse debe con el respeto debido, capitán-Juán, Teniente-Pedro ó Cabezan-Diego.

El indio plebeyo que por inopinada herencia adquiere fortuna, ó la tropieza en el llano ó en el *monte*, siente por lo general el acicate de la vanidad, pecado capital de su raza; sueña con la principalía, y bien pronto, alarga su pantalón hasta el tobillo, estira su choza un par de metros hácia arriba, compra un caballo de á diez pesos y se hace visible y presentable.

A estas alturas, un buen informe y una recomendación son ya cosas fáciles, y como abundan Cabezas desfalcados y aún procesados y exonerados por cuestión de cuentas, obtiene por fin, prévia fianza suficiente, una credencial y una libreta de la alcaldía, y de manos del Gobernadorcillo, cuarenta ó cincuenta familias, como un pastor un rebaño.

Y desde este día ya es otro hombre. Viste la oficial chaqueta los días solemnes; antepone á su nombre un grueso *Don;* visita á sus súbditos como un gran Bajá; repárteles y cobra las cédulas personales y los recibos del impuesto provincial; prende y maniata á los morosos; embarga y santigua á los insolventes; cita á su grey á los trabajos públicos, y recibe en

cambio de estos y otros varios actos de autoridad, acatamiento y reverencia de sus súbditos; obediencia sumisa y aguardiente de balde en la taberna.

Pero Cabezan-Fulano aspira á más; sueña con el bastón de capitán, y espera que pase cada bienio, y prepara su triunfo con intrigas y recomendaciones, comilonas y dádivas, y sí la elección-sorteo le favorece al fin, y el padre informa bien y el jefe de provincia no informa mal, y si en Manila no se atraviesa enemiga influencia, llega nuestro hombre al pináculo, al templo de la gloria y de la fama.

¡Con qué íntima satisfacción allá por el mes de julio, viste sus mejores ropillas, monta su caballo más brioso, y seguido de comitiva de principales amigos y alguaciles obedientes, sale para la cabecera de la provincia á recibir su título de manos del señor Gobernador!

Su vuelta es un triunfo y una ovación. Salen á recibirle personas varias; salúdale desde las ventanas el vecindario femenino; toca la murga local sus mejores piezas, y llega por fin al Capitolio, donde su antecesor hace entrega del bastón de mando, y Tenientes y Jueces mayores, Cabezas y principales, rinden acatamiento al nuevo ungido.

No para aquí la fiesta, sin embargo. A los pocos días celébrase en el templo, á sus expensas é intención, la *misa de vara*, en acción de gracias por el alto favor que á la Provi-

dencia debe; congrega por la noche á la crema de sus súbditos en animado baile y suculenta cena, y administra por la mañana una azotaina á media docena de administrados y pone á otros tantos en el calabozo.

Así, el nombramiento de nuevo capitán, es un ruidoso acontecimiento en estas poblaciones muertas. No tiene en Madrid más importancia una crísis política, ni más resonancia el cambio de poder entre Cánovas y Sagasta.

Una ventaja tiéne sobre la europea, la política de estas tierras: nada de doctrinas, tendencias, aspiraciones, ideales, ni dogmas gubernamentales. O el capitán es *fuerte*, y arregla los caminos, limpia las calles, cobra los impuestos, multando y encarcelando Cabezas, y obliga á su rebaño á sembrar sus campos, todo á fuerza de autoridad, ó es *flojo*, manso y descuidado, y en tal caso, el pueblo vive tranquilo; pero si el jefe de la provincia es también flojo, y no descarga sobre el Capitán fuertes multas y órdenes draconianas, ni pán ó arroz, que es lo mismo, tienen autoridad y gobernados que llevarse á la boca.

Tal es en su fondo y esencia y en sus líneas generales, la autoridad municipal filipina, y tal el ejemplar con que tropiezo en la ancha y ventilada sala del convento, rodeada de sus subalternos y en todo el explendor de sus funciones. Porque es tradición secular y general deber, el presentarse ante el Padre cada do-

mingo al terminar la misa, rendirle acatamiento, recibir órdenes, amonestaciones, aplausos ó censuras, y besarle, por fin, la mano con genuflexión marcada y profunda reverencia.

Aquí los tengo á mi frente formados en abierto semicírculo, como coristas de zarzuela, mientras yo me arrellano en fresca mecedora con franqueza filipina.

En el centro el capitán; de cuerpo delgado y escurrido, largas piernas, piés enormes y cara ancha y morena. Viste americana azúl sobre pantalón blanco, pero por el movimiento de los hombros y cierta comezon interior, ¡cuan elocuentemente pide ese cuerpo las libertades todas de la ancha, suelta y ventilada camisa! Mayor suplicio sufren los piés, que cambian de posición cada segundo, crecidos y educados en todas las licencias de la intemperie, braman y se desesperan en el angosto calabozo del zapato.

No pierde, sin embargo, el busto, en medio de martirio tanto, ostentación y majestad. La frente levantada, los labios apretados, el cuerpo tieso, y desde más allá del pié izquierdo, tendido oblícuamente el bastón de mando, hasta apoyarse en la mano derecha, sobre la cual se destaca enorme, dorado puño.

Al lado, y á la derecha del capitàn, figura el teniente mayor. Viste la oficial, la autoritaria y aristocrática chaqueta de paño negro, y por debajo de la chaqueta y por encima de

amarillento pantalón de lanilla, cae blanca y aplanchada camisa, hasta un poco más de medio muslo. Parecerá á alguien este detalle un descuido de *toilette*, pero nada de eso; es, por el contrario, elegancia y etiqueta, Por eso visten al igual, con figurín idéntico, el Juez de ganados, el de sementeras, el de policía y otros varios Principales, Capitanes pasados y Cabezas, que forman la lucida comitiva.

Solo allá á la izquierda y en segundo término, descompone la monotonía indumentaria un vejete de ojillos alegres, facciones movedizas y gesto de mueca. Cubre su cuerpecillo lujosa camisa de piña verde y roja y ancho pantalón de dril. De repente, adelántase el vejete entre reverencias y saludos, y rompe con su voz de falsete el ya enojoso silencio.

—Señor, dispense. El señor Capitán no sabe lengua prestada, quiero decir, español; pero yo sí, porque he estudiado *pilosopia* y un curso de la *pacultad* de *parmacia* en la real y *pontipicia* Universidad de Manila.

—Bien, hombre. ¿Y quién eres tú con tanta filosofia sin efe?

—Soy, señor, el Directorcillo.

—¡Directorcillo!! ¿Y cuales son tus funciones?

—Yo, señor, explico al Capitán en nuestra lengua las órdenes de la superioridad, le aconsejo lo mejor, contesto las comunicaciones y...

—Entendido: secretario, intérprete y asesor. ¿También redactarás las actas de las sesiones.?

—¿*Cosa* eso, señor?

—Sí, sí; me había olvidado que en Filipinas no se discute nada. De modo que tu trabajo será grande, porque son grandes las atribuciones de los Gobernadorcillos.

—Esto lo explica muy bien el Sr. D. José Feced y Temprado, caballero de la real órden de Isabel la Católica, ex-alcalde de varias provincias y magistrado de la real Audiencia de Manila. Dice así en su *Manual del Gobernadorcillo* «Título VI.-Los títulos ó credenciales de los «Gobernadorcillos, contienen en resúmen casi to- «das las atribuciones de su importante cargo. «Según dice textualmente el expresado título, los «Gobernadorcillos cuidarán eficázmente que los «vecinos acudan á la doctrina, á misa y cumplan «con el precepto anual de la Iglesia. Que no haya «juegos prohibidos, embriagueces, escándalos ni «otros excesos públicos, ni se altere la paz. Que «no se usen armas vedadas. Que se dediquen «todos á la agricultura ó artes y oficios, á fin «de que no haya ociosos. Que crien ganados, «siembren semillas y árboles útiles. Que cuide «se construyan puentes y caminos. Conocerán de «las causas civiles hasta el valor de *dos taeles* «de oro, ó sean cuarenta y cuatro pesos, y pre- «vendràn las primeras diligencias en las cri- «minales. Perseguirán á los ladrones de carabaos «y de toda clase, *hasta exterminarlos.*

«Atenderán á la pronta y fiel recaudación de «los tributos y demás ramos de la real Hacienda.

«Los demás ministros de justicia, principales, «cabezas de barangay y vecinos, les deben pres-«tar obediencia y respeto en asuntos del servicio. «Es decir, que los Gobernadorcillos de Filipinas, «como los alcaldes de España, reunen un con-«junto de atribuciones en razón de su doble carác-«ter, como jefes de la Corporación municipal y «administradores de los pueblos y como agentes «del Gobierno. Estas atribuciones se dividen en «dos grandes ramos: atribuciones administrativas «y judiciales, pudiendo referir á estas últimas, «las que cómo encargados de la fé pública en «sus respectivos pueblos, vienen ejerciendo por «falta de notario, por inmemorial costumbre.»

—Perfectamente, Directorcillo. Te sabes la leccion como un papagayo. Ahora explícame como se hacen las elecciones.

—«Título V.-*De las elecciones del Goberna-«dorcillo*.-Las elecciones deben hacerse precisa-«mente en las casas-tribunales, bajo la presiden-«cia del Jefe de la provincia, ó de un delegado «suyo y con asistencia del R. Cura Párroco, á «quien deberá invitarse, siendo en el potestativo «asistir ó no.

«El cuerpo de electores lo forman el Gober-«nadorcillo saliente, seis Principales, *los que de-«signe la suerte* entre los Capitanes ó Cabezas «pasados, estos con diez años de servicios y «buena nota, y otros seis Cabezas actuales, sa-«cados también *por suerte* y sin tacha legal.

«El presidente entregará á cada uno de los *trece*

«*electores*, una papeleta que contendrà el nombre, «apellido y clase del elector, y este añadirá los «nombres de los dos indivíduos que proponga y «entregará la papeleta, doblada y firmada, al jefe «de la provincia, el cual después de reunidas «todas las papeletas, procederá al escrutinio y «publicación del resultado.

«Con los dos candidatos que más votos hayan «obtenido y el Gobernadorcillo saliente, se forma «la terna, que se eleva al Superior Gobierno «con informe del Jefe de la provincia.

«La misma junta de electores propone á plu«ralidad de votos el Teniente y Jueces mayores, «el de sementeras, el de policía y el de gana«dos. «Según el *Manual del Gobernadorcillo*, también los chinos cristianos y los *sangleyes* ó mestizos de chino, eligen capitán y tenientes.

—Ahora recítame el capítulo relativo á fondos municipales.

—No hay ese capítulo, señor.

—¿Y el de fiscalización y responsabilidad de Capitanes y Tenientes?

—Tampoco hay, señor,

—¿Y el de derechos del vecindario, con relación á la gestión de sus própios intereses?

—Nada, señor; tampoco hay.

—Enterado, pues, Directorcillo. Una copia de nuestros altivos concejos, pero sin un átomo de su fiereza augusta, ni un átomo tampoco de personalidad jurídica, de organismo viviente.

Y por debajo de esta sombra de organización municipal, la única posible, en verdad, para estos hombres, grupos de familias bajo la férula despòtica del Cabeza; grupos de Cabezas bajo el dominio del Gobernadorcillo, y grupos de Gobernadorcillos bajo el yugo del Jefe español de la provincia. Enterado, si, Directorcillo; podeis retiraros.

Doblaron todos el cuerpo en pronunciada reverencia, desfilaron por la escalera, y la música local que abajo esperaba, acompañó á los ediles al Tribunal, al compás de una habanera.

LOS CHINOS

VII.

LOS CHINOS

Cuenta la Biblia que allá en los tiempos faraónicos Egipto se vió invadido por plaga formidable de voraces ratas que devastaron los campos todos. Estas ratas debieron ser chinos. Perdone la Hermenéutica sacra, pero ¡hay tantos puntos de semejanza entre el roedor que asoló las riberas del Nilo y el hijo del Imperio Celeste que roe y devasta nuestra más grande colonia!...

Levantad, en medio de estos campos hermosísimos, aristocrática casa de tablas, ó choza humilde de cañas y yerba, y al día siguiente, estad seguros de encontrar entre los muebles de la sala, ó mejor todavía, entre los sacos y cajas de la despensa, al bicho molesto, escurrido en vuestro domicilio con inexplicable ratería.

Agregad á vuestra casa solitaria otras viviendas màs, alojamiento de sirvientes ó vecinos. Idead una explotación cualquiera, mercantil ó industrial, agrícola ó de otro género, y con ratería no menor y no menor diligencia, vereis aparecer á vuestro lado un chino.

El hijo del país, el indio campesino, tiene en su choza, con precaución muy sábia, contingente no pequeño de rapaces gatos. También en América, en Australia y otras partes, han echado el gato de leyes enemigas contra el ratón imperial. Aquí, en este bendito Filipinas, hacemos una cosa más sencilla: nos dejamos comer.

Marchad á la Jauja española, dicen Emperador y mandarines á sus turbas hambrientas, y si no lo dicen como si lo dijeran, y los barcos europeos de Emuy y Hong-kong vomitan diariamente sobre Manila manadas de chinos medio en cueros; aquí un jefe supremo, un mandarín, los reparte; otros jefes subalternos, los *cabecillas*, los organizan, y emprenden un merodeo mercantil por el Archipiélago todo, mientras otras manadas retornan, como la sanguijuela de Horacio, repletas de ajena sangre, y ganan las riberas pátrias, dejándonos aquí, por señal culminante de su paso, enfermedades de la piél y enfermedades vergonzosas; centros de infección en sus viviendas hediondas y esposas indígenas é hijos abandonados.

Tiene esta raza inculta, como ninguna otra,

apetitos voraces, el instinto del lucro, el olfateo de la ganancia, el mercantilísmo de bajo vuelo, sin ninguna de esas altas cualidades que avaloran el alma, y dan majestad y grandeza á la naturaleza humana. Por un peso mejicano, venderían todos ellos al Emperador, á los mandarines y á Confucio; y si los puntapiés fuesen mercancía, capaces serían de recibirlos y cobrarlos.

—*Guerra, señolía, malo negocio,*—decíame uno de estos contornos, al recordarle sus deberes con la pátria, cuando su guerra con Francia;—*mía aquí vendelo, ganalo.*-Vender y ganar aquí en paz, mientras otros se rompen la crisma en el mal negocio de una guerra nacional.

Tal es la medida del patriotismo chino, y no son más puestas en razón las otras medidas que usa. Poco después de este diálogo, entró en su chirivitil una india con un saco de arroz, y el chino midió el arroz con la medida larga; pidió la cliente el precio en tela, y midió la tela con la medida corta. La rata hincó el diente dos veces en un minuto.

Y como pasa esto en humildísima esfera con impunidad seráfica, pasa que el enjambre de chinos produzca crísis monetarias tan graves como las de los años 55, 61 y 76, perturbando el comercio todo é inundando el país de moneda extranjera y falsa; pasa que cometan verdaderos atentados contra la riqueza pública, con sus trapacerías mercantiles y su

eterno sistema de adulteración, llevando el estancamiento y la ruina á producciones tan importantes como el tabaco de Cagayan, el añil de Ilocos, el abacá de Albay, Camarines, Leyte y Cebú, y los azúcares de la Pampanga; y pasa por fin, que atenten con no menor impunidad á la salud pública, lanzando al consumo sus aguardientes crudos, por torpe y primitivo modo elaborados, cargados de éteres, corrosivos y aceites empireumáticos, azote de la población indígena y agente de mortalidad.

Estragos en la esfera económica y estragos en la más alta de la moral pública, del decoro y la cultura humana. En sus tiendas ahogadas y súcias, desnudos con frecuencia grande de medio cuerpo, ostentando impasibles su repugnante carne amarillenta: en centros públicos de multitud de poblaciones, sus fumaderos de opio, y allí, sobre duros bancos, cuerpos aletargados que remedan cadáveres; rostros mortecinos marcados con el sello de brutal estupidéz; escenas de abyección de las que hay que apartar «los ojos con horror y el estómago con asco,» y en el negro antro, por fin, de su vida íntima, los refinamientos de Ninive y las abominaciones de Sodoma.

Además, en determinadas poblaciones, los chinos cristianos, cristianos de nombre, eligen líbremente, por vírtud de antigua ley, su poder municipal, con sus facultades judiciales y escriturarias, igual al del indígena, y con su go-

bernadorcillo, tenientes, alguaciles y *bilangos* ó ministros de justicia; permíteseles, en esta tierra de la unidad católica, libertades no escasas de su culto idolátrico, ostentando al público en sus tiendas atributos religiosos y aún echándose á las calles en manifestaciones ruidosas; y se les permite, en fin, en determinados casos, la prestación de su peculiar juramento, ante nuestros tribunales, por el modo bárbaro de un gallo blanco al que se le corta el cuello; escena rara, si; pero no por rara menos ofensiva á la sagrada Themis, y menos ultrajante de la española toga.

No parece por todo esto sino que Filipinas es una colonia china con bandera española. Colonia ó provincia, porque la autoridad sin trabas de aquella autocracia bárbara, cruza el mar y se encarna aquí en el mandarín de Manila, *palanca* que mueve á sus subalternos de provincias, formando así larga cadena de poderes anónimos y ocultos, que se extiende por el Archipiélago todo, y somete á la masa entera de esta raza servil á tributación y obediencia, y á una organización reglamentada y severa que, si hoy se utiliza para fines de lucro, mañana tal vez podrían utilizar para fines de mayor estrépito y trascendencia.

Carece, es verdad, el chino de alientos viriles, de ardor bélico, de temperamento guerrero; pero á pesar de todo esto, si á rebelarse llegará, no sería la primera vez que sus inten-

tonas han sido ahogadas en sangre; y sea como quiera, no olvide estas cifras quien tenerlas debe muy presentes: hay en el Archipiélago, muy cerca de CIEN MIL chinos, varones todos y jóvenes en su mayoria inmensa, y apenas llega á un *décimo* el número total de españoles.

El Estado, además, es aqui débil por necesidad; fáltale el aliento potente de la opinión y el brazo robustísimo del pueblo, y como estos caserones de tablas, puede á lo menos ser á la postre minado por bandas de roedores, si no se pone coto á la invasión, coto siquiera á los estragos de su diente sigiloso y tenaz. Lo demanda, lo exige nuestra seguridad en estos dominios españoles, nuestro interés y nuestro decoro; lo exige nuestro deber de amparar á esta raza indígena, nuestra pupila, débil y apática, sobre la cual y sobre nosotros, pasa la langosta china, dejándonos por única herencia los estragos de su rapiña mansa y la podredumbre de sus costumbres abyectas.

Cuéntase de un noble señorón y de un aprovechado y sagaz administrador, que mientras el uno se pavoneaba con sus títulos, escudo y ascendencia, el otro se merendaba sus rentas todas.

Nuestros barcos de guerra reprimen y aniquilan la piratería de Joló; nuestras fuerzas de tierra sofocan el bandolerismo de las tribus salvajes; nuestros tribunales esgrimen la espada justiciera ó ponen en el fiel la balanza; la ban-

dera nacional, enhiesta y desplegada, crea aquí, en la proporciòn posible, seguridad personal y derecho común; pero... mientras los gorriones se comen el trigo, España solo recoge en esta tierra, para sus funcionarios, las migajas del impuesto.

Por eso, cuando allá en la lejana Metrópoli se pronuncian solemnes frases que llegan á los humildes mortales en documentos descendidos de las alturas, y cuando en esos documentos se habla de nuestro rico y vasto Archipiélago, de la inmensa riqueza de nuestra colonia oceánica, ese *nuestro* y ese *nuestra* suenan aquí como pronunciados en Pekin.

Urge remedio eficaz contra la invasión china; y no alceis vuestra voz, filántropos, no invoqueis, desde el seno de esas ciudades cultas y espléndidas, los derechos imprescriptibles y divinos de la naturaleza humana; vosotros lo mismo que nosotros, empezariais por imponerles aquí, al primer encuentro con estas caricaturas humanas, el sambenito del *tú* despreciativo, y lo mismo que á nosotros, habría de impresionaros fuertemente, la diferencia inmensa entre esta raza, sin más resorte que el apetito, ni màs móvil que el lucro personal y el medro egoista, y nuestra raza propia, dotada de facultades superiores, de altos ideales, de virtud creadora, de tendencia invencible al progreso común, que suma donde quiera elementos de vida á la colectividad, y se funde en estrecho

abrazo con los organismos sociales, creando centros potentes de riqueza y cultura, de vida y esperanza.

No, no invoqueis la santidad augusta de la naturaleza nacional; esa misma naturaleza protestaría aquí en vosotros, al verse profanada en su forma externa, en su envoltura fisiológica.

Urge el remedio, urge arrancar este hermoso pedazo de tierra española de las manos rapaces de una raza bárbara y corruptora, para devolverla á su legítimo dueño, y abrirla à las corrientes salvadoras de emigración, á los movimientos de expansión de la Metrópoli.

Media por último en este asunto una circunstancia agravante, de esos que sublevan el alma y ponen en hervor la sangre.

Por el art. 8.° del tratado de Tien-sin, subsistente todavía, de 10 de Octubre de 1864, se tolera á los súbditos españoles *en los puertos habilitados del imperio chino* y se les arroja del interior.

Pues bien, establézcase por lo menos entre nuestra altiva pátria y el imperio asiático, la reciprocidad de esta afrenta, la mancomunidad de este ultraje. No es mucho pedir; el leon y el castillo á la altura del bárbaro dragón.

UNA SOIRÉE

VIII.

UNA SOIRÉE

Entre el postre de piña y el café y tabaco, mi amable anfitrión recibió la siguiente interesante epístola:

«Reverendo padre fray Facundo García: Muy señor mío y distinguido padre. En conmemoración gloriosa al santo que lleva mi nombre, y si V. se digna honrar su presencia esta noche en mi casa, habrá, Dios mediante, baile y cena con música de viento, en celebración solemne. Dios guarde á V. muchos años. Su humilde servidora, capitana Honorata Séneca, viuda del capitán Dalmacio de Austria.—P. D. Si la delicadeza de ese señor español, su compañero, se dignase asistir, será, por consiguiente, honrado de esta servidora.»

—¿Qué tal? ¿Qué le parece la epístola?

—Todo un modelo literario; pero dígame, padre, ¿no serán algo mejores, el baile, la cena y la música de viento?

—Cortaditos por el mismo patrón. Pues, ¿qué se creía V?

—Pero otra pregunta, padre: ¿cómo se atreven á invitar à un baile à persona revestida de hábito y caràcter?...

—¡Ta! ¡ta! Pero hombre, no diga V. tonterías. ¿Pues qué, ¿esto es Europa? ¿No sabe que aquí estamos casi en los antípodas y porque estamos en los antípodas todo es aquí al revés? Al fraile à veces no se le avisa para un funeral; allà se las arreglan con el coadjutor indio; pero à un baile y una cena, sí.

—De modo, ¿que irá V?

—Sí, hombre, sí, y V. conmigo. Mas no vaya á creerse que un baile aquí es como allá. No señor, aquí el baile es gimnasia, es ejercicio; ostentación de mangas bordadas, dijes y perendengues, y es pasatiempo formal y hasta grave y serio. Nada de galanteos, arrumacos y carantoñas. El dios Cupido tiene muy poco que hacer en un baile de naturales. Y porque es así y por tener este carácter y temperamento, toman parte en él hasta los viejos setentones, y es claro que, por todo esto y otras razones más, nosotros asistimos, sobre todo por su inocencia casi infantil, á esas fiestas domésticas, no todos y siempre, pero sí varios y de vez en cuando.

—Pues si un baile es así todo formalidad y cortesía, si Cupido es un dios cesante en el Archipiélago, deben de ser grandes aquí las virtudes femeninas.

—Ya ha dicho V. otra tontería. Aquí no hay Julietas é Isabeles, pero tampoco Susanas ¡Susanas aquí! Lo que decía en el siglo pasado el Padre Concepción: «La sensualidad es como vicio domïnante, tan universal en los dos sexos, que abrasa la regiòn en llamas concupiscibles.» No hay amor, pero hay pecado; y así, mientras el concubinato público abunda y el adulterio no escasea, las muchachas se casan generalmente con quién y cuándo sus padres quieren, y en las clases pobres, es frecuente la entrega previa de una cantidad á cámbio de la hija, que el padre derrocha alegremente entre aguardiente y gallera. La razón de todo esto estará en la condición peculiar de estas gentes, en la escasa cantidad de hombre que habita estos cuerpos endebles, ó en qué sé yo; ¡vaya V. á averiguar cosas tan hondas.!

—Eso, eso, padre, escasez de sér humano.

—Vea V. un caso ocurrido á uno de mis hermanos, que explica la frialdad de estas gentes. Aquí los casamos en dias dados y en grupos de cuatro ó seis parejas. Pues bien; trastornó un día el sacristán mayor los nombres en la lista que redactó, y cuando terminó la santa ceremonia, padre,—dijo uno de los casados,—si mi mujer no es Fulana, que es Mengana;-padre, dijo

el otro, y repitió igual cantinela;-padre,-repitieron las dos muchachas,-si nuestros maridos están cambiados.

Hablaron esta vez; pero otras, se callan y se van tan tranquilos y viven tan felices. En fin, ya irá V. aprendiendo las cosas del país y en cuanto á la fiesta de esta noche, ya la verá V., que ahora es tiempo de dormir una siestecilla.

Y la ví, en efecto, y conmigo la verá el curioso lector.

Desde las primeras horas de la noche, la casa de capitana Honorata brillaba como un ascua entre las densas sombras del resto del poblado, y era notable el ir y venir de gentes varias por sus alrededores. Un baile dado por persona de alcurnia, es siempre acontecimiento ruidoso, y si á la fiesta acuden castilas de categoría, la cosa sube de punto.

¡Con qué aire de superioridad mira á sus hermanos de raza el indio que ha logrado del español trato y comunicación, y la aceptación de sus obsequios y finezas! Es el niño que se pavonea al lado de hombre de importancia y poder. Por esto, cuando el carruaje embocó una calle, vióse desaparecer rápidamente á los que llenaban las ventanas de la casa de la fiesta; la musiquilla cortó en seco una habanera, y distintamente llegó hasta nosotros la voz de alarma: ¡el padre y el *castila*! ¡el padre y el *castila*!

La recepción fué solemne. Apenas pusimos el pié en el umbral, cuando asi como repen-

tino trueno, estalló un paso doble que hizo extremecer la casa y el firmamento. En lo alto de la escalera, el gobernadorcillo, y formada en dos hileras, la principalía casi en masa. Algo más adelante, en la especie de antesala que hace á la vez oficios de comedor, la principalía femenina, con buen contingente de capitanas actuales y pretéritas, y á su frente la flamante Honorata; y por fin, en la sala pintarrajeada, inundada por torrentes de luz y docenas de bujías, las ninfas de la fiesta, sentaditas é inmóviles á lo largo de las paredes, y allá á un lado de la puerta, un grupo de galanes de negra y repeinada cabellera, rostro imberbe, y blanca y planchada vestimenta.

La reina del festín, la rumbosa capitana, es un tipo del género. El cabello entrecano peinado atrás y sujeto á un moño ruín en forma de martillo; ancha boca, ancha nariz y ancha frente, formando un rostro de indefinible color y aún más indefinible expresión. Sobre el rechoncho cuerpo, lujosa camisa de pintada piña, de cuerpo holgado y descomunales mangas. Un bordado y diminuto pañuelo, doblado en triángulo, cae desde el alto moño por los hombros hasta cruzar sobre el pecho las escasas puntas, y con esto, y una nesgada falda de larga cola y anchas rayas verdes y amarillas, un rosario de oro al cuello, perlas y brillantes en los dedos, y en los piés bordada y lentejuelada zapatilla, queda completo el traje y el retrato.

—Bien, capitana; estás hecha un pimpollo tan elegante y frescachona.—Subió los hombros, abrió la boca y dió con el revés de la mano un restregon á la invisible nariz.—¿Capáz serás todavía de enamorar á algún capitán y casarte otra vez?

—No sabe, señor.

—Pues si tú no lo sabes, ¿á quién lo preguntaré?

—Usted cuidado.

—¿Y tienes hijas?

—Sí, señor; allí estàn.

—Voy á saludarlas. ¿Cómo se llaman?

—Arcádia y Pelegrina.

Dos niñas, de diez y seis y diez y ocho años, tipos de su raza. Negra y abundante cabellera, coronando un rostro deprimido; nariz hundida en la raiz y de ancho y ampuloso remate; lábios salientes y sin carmín; la color de castaña y el cuerpo escurrido y anguloso. Ausencia total de la línea curva, la línea de la belleza; la recta dominando todo el conjunto, hasta en el seno, deprimido é inerte como tabla y hasta en las caderas escasas y diminutas.

El traje, el del país y el de las grandes solemnidades. Sobre nesgada falda de larga cola y colores vivos, la camiseta ó chambra de piña, rica también de color y mangas anchísimas, y sobre los hombros y desde el pescuezo, el diminuto bordado pañuelo, cruzado bajo la barba. Ambas son colegialas, el *non*

plus ultra de las jóvenes indias. Pasaron dos años en un colegio de Manila, y allí aprendieron á bordar en cañamazo, machacar al piano polkas y habaneras y un milésimo de castellano.

—Estás muy elegante, Arcádia.

—Me llamo Pelegrina.

—Es verdad, te confundi con tu hermanita. ¿Y con tanta elegancia tendrás sorbido el seso á alguno de estos jóvenes?

—No entiendo eso.

—Quiero decir que tendrás muchos galanes.

—¿*Cosa* galanes?

—Una polka estruendosa y repentina vino á sacarme del compromiso de la definición.

Allá junto al piano, arrimado á la pared, distingo una mestiza y allá me voy. Hay en su rostro chupado más nariz, más color y más dibujo y expresión, y habría más mujer si la sangre india no comprimiese la sangre española; si en esa conjunción de dos naturalezas, predominase más el elemento superior. Tal sucede en la cuarterona; la fisiología marca en ella un paso más, y ya la europea se destaca de modo visible. En la mestiza, sin embargo, hay mucho de superior sobre la india. Pero su rostro inmóvil y sus grandes y negros ojos revelan cierta tranquila tristeza. ¿Por qué no sienten estas razas el hervór primaveral de la sangre? ¿Por qué parecen graves estos rostros y abismados en extrañas melancolías? Hasta la niñez es silenciosa y falta de expresión y movilidad.

—Estás muy elegante, pero también muy triste. ¿Sufres alguna honda pena? ¿Tal vez algun amor contrariado?

—No, señor.

—Pues ¿por qué esa tristeza en tu lindo rostro?

—No estoy triste, no señor.

—¿Tu eres hija de español; y tu padre está aquí?

—Está en España.

—¿Y te escribe?

—No, señor; no se acuerda de mí.—Una historia como hay muchas.

La música toca un rigodón, el rigodón oficial, y fray Facundo saca al centro de la sala á capitana Honorata con su pareja, un encamisado y rozagante capitán, y al baile me lanzo yo también con la mestíza, mezclados y confundidos algunos jóvenes y buen contingente de principales de ambos sexos, pasaditos y maduros.

El baile es grave, sério y formal. Ni una frase, ni una mirada, ni una sonrisa. El indígena pone en las reverencias, pases y figuras su inteligencia concentrada en sostenida atención, y no hay inteligencia para más. Solo la voz de fray Facundo se oye clara y resonante; charla alegremente con una y otra pareja y todas las de su alrededor, y pasea su ampuloso hábito por todo el círculo, con la soltura y arrogancia de su carácter francote.

—Ahora, señores, á la cena, que lo manda la capitana;—dijo; interrumpiendo súbitamente la

danza, y á la sala inmediata nos dirijimos en lentos pasos hasta ocupar las sillas. Las *principalas* con el padre, á la cabeza, y las jóvenes al otro extremo.

—Pero, ¿y los capitanes? ¿y los jóvenes?—pregunté á mi vecina.

—No diga V. inconveniencias de bago. Ellos no se sientan, sino en ciertos casos, á la mesa donde hay castilas; ellas es otra cosa, porque á ellas las salva la proverbial galantetería española.

—No olvidaré la advertencia, padre.

La cena fué opípara, suculenta y abundante. Había allí para un batallón. La *tinola* fué el primer plato. En grandes soperas, pedazos de gallina y calabaza nadando en lagos de caldo amarillento. Después, en interminable lista, asados, fritos y estofados de vaca; pescados en salsa, aves, conservas, jamón y embutidos; todo en cantidad, tal es la distinción, y al lado de cada cubierto, abundante también la morisqueta.

Las niñas comieron á lo jilguero; cinco ó seis fibras de carne, y á los postres una cucharadita de dulce. Por remate del festín, encendieron cada una un cigarrillo; la capitana Honorata y sus colegas, un tabaco puro de á cuarta. Para eso son capitanas.

—Ahora capitana Honorata bailará una danza del país, y en seguida las niñas lucirán sus habilidades en el piano y el canto.—Habló así el padre y su órden fué obedecida.

La música entonó una tocata de carácter incierto, de melodía monótona, de matíz confuso y compàs lento, y la reina de la fiesta, luciendo más que nunca su vistosa falda y su cola de vara y media, se lanzò á la fiesta, trayendo á remolque al Directorcillo.

Hay algo del zortzico vasco en la danza filipina, y hay en sus carreras, fugas, reverencias, saltos y piruetas, algo de acción pantomímica, pero de caractéres bastante borrosos é indescifrables. Sentóse la capitana satisfecha y sudorosa y empezó la velada musical.

—Vamos, Pelegrina, al piano, y tu Gliceria á cantar.—Y salieron ambas sin más excusas ni remilgos, la cabeza echada al hombro y sujetando con ambas manos la cola.

No pude comprender la música, porque me distrajo la artista, que apoyada contra el piano y con la barba hundida en el pecho, contaba y repasaba con ambas manos, mientras cantaba, las cuentas del rosario que de su garganta pendía.

—Bien, muy bien. Ahora le toca la vez á la Marciana; á ver cómo ejecuta una cosa buena.—Y brotó del piano una habanera salpicada de tropezones y descuidos.

—Perfectamente. Ahora que acompañe la Arcádia y cante la Severina una canción del país.

Alta, escuálida y de subido color, la nueva artista, echó el costado contra el extremo del piano y tendió una pierna hasta apoyar el pié en el travesaño de una silla. ¡Pero que fata-

lidad! También en esta parte de la fiesta fuí víctima de lamentable distracción; porque sin quererlo, distinguí por un lado de la silla un zapato bajo, un calcetín hasta poco más arriba del tobillo, y desde allí los comienzos de una pierna huesosa, deslucida y parda. Solo pude percibir un estribillo que con aire y compás de habanera, decía:

Que son divinas
las filipinas.

De repente consternación general. La casa cruge y se tambalea, las lámparas oscilan con violencia, el piano golpea la pared de tabla y un árbol del cercado azota furioso las persianas con su ramaje.

¡Qué horrible es un temblor! ¡Qué horrible perder de repente la confianza en este suelo, firme y sólido asiento de nuestra planta, y sentir la tierra agitada como mar en tormenta, mientras la imaginación entrevé allá abajo abismos y la inteligencia se asombra ante la contemplación de ignoradas, gigantescas é inconmensurables fuerzas!

Siguió no obstante poco después la fiesta, pero fray Facundo y yo entrábamos en el convento pasados otros pocos minutos.

—Ahora cuénteme V. sus impresiones.

—¡Ay! ¡Fray Facundo, fray Facundo! No hay impresiones en el vacío.

—¡Ja! ¡ja! ¡ja! Ea, á dormir y mañana será otro día.

:

EN EL CAMPO

IX.

EN EL CAMPO

El rio que corre junto al pueblo y el convento, se desliza á la derecha en suave corriente, trazando un cáuce de infinitas curvas por entre matorrales y arboledas.

Allá abajo, como á legua y media escasa de camino, estan mis dominios; la herencia de aquel desventurado compatriota que abandonó el país enfermo de muerte, corrió al pátrio suelo en busca de la salud perdida, y mientras él se fué á descansar en el sepulcro, dejòme á mi en herencia sus tierras y sinsabores.

Dos caminos conducen á ella, uno por agua y otro por tierra; pero á un mal rocin y un peor sendero, cuajado de atolladeros y baches, preferí una canoa, *banca* ó *baroto*, tripulado por un piloto á medio vestir y tres remeros medio en cueros.

Mi baul de viaje, mi mundo de tamaño me-

dio fué la dificultad del embarque; porque á lo largo de la embarcación, no cabía en sus bodegas, y atravesado, sobresalía un palmo por banda sobre la obra muerta. Pero en esta disposición, un naufragio en forma de vuelco era cosa sobrado fácil, y por eso, despues de bien discutido el punto con el piloto en el castellano del país, se decidió por unanimidad colocar *batangas*, es decir, tres cañas bambúes por banda de popa á proa, sostenidas por dos travesaños y como á un palmo del costado.

Así ya, no era posible un siniestro, porque á cada balance las cañas se apoyarían en el agua y salvarían el barco, tripulación y pasajeros. ¿Porqué no llevarán *batangas* los buques de alto bordo?

Me acomodé por fin, en mi flamante nave; doblé una manta, me senté sobre ella y colgué los brazos por babor y estribor. Pocos minutos despues estábamos en marcha. Los remeros sacudian con fuerza las largas cañas terminadas por una tablita redonda y sujeta con bejuco, mientras el piloto, en cuclillas sobre la proa, volvía y revolvia una tabla pintada en forma de cuchilla, que hacía oficios de timón.

Los rios filipinos son en general hondos, sombríos, de lecho oscuro, formado por los desprendimientos volcánicos, y de altas y enramadas márgenes. Se viaja á veces por profundo canal, tal que solo ver es posible allá arriba faja estrecha de azulado cielo: otras veces

se pierde casi el agua en angostos recodos bajo el ramaje abundante de árboles caidos sobre la corriente; otras se camina á trechos por oscuros túneles y bajo apretada bóveda de entrelazada verdura. Tal fué mi camino; parecióme que viajaba por el interior de la tierra.

No hubo, por fortuna, más contratiempos que un choque del hueco leño contra un peñon musgoso y solitario, colocado en mitad de la mansa corriente, ni màs signos de vida en todo el trayecto, que las manadas de macacos que huían de la orilla y trepaban á los altos árboles, para lanzar desde seguro extraños chillidos y hacernos aún màs extrañas carantoñas.

Otro detalle: al pasar por un recodo y cerca de negro remanso cubierto de algas y ramaje, la cánoa torció de pronto el rumbo hasta chocar en la opuesta orilla.

—Aquí, señor—dijo el piloto—grande caiman; la semana pasada se comió un hombre.

Y en su rostro y el de los remeros se pintó el terror.

Es en verdad horrible perecer así, por tan abominable modo, entre los dientes de ídiota, hedionda fiera, para acabar en su vientre trocado en alimento vil. Cuando acontace una de estas terribles desgracias, los indios de la comarca se reunen, montan sus canoas, se arman de largas lanzas, y con arrojo no pequeño, dan muerte á la tenebrosa fiera.

Por esta vez, sin embargo, se la dejó en paz

y en acecho de nuevas víctimas. ¿Por qué no hay una partida en el presupuesto filipino destinada á cazar este animal antropófago que puebla rios y lagunas y tantas víctimas causa?

Pocas horas después la embarcación daba fondo, y uno de los remeros echaba el ancla de un bejuco, amarrando así el hueco tronco á una rama de la orilla. Habíamos llegado al término del viaje.

Subí con prisa la estrecha, retorcida senda abierta entre el ramaje; llegué por fin à lo alto del empinado márgen, y una extensa, limpia y apacible llanura se ofreció á mi vista regocijada. Todo aquello era mio.

Allá abajo, un bosque que empieza á la derecha en esbelto cocal, y acaba al lado opuesto en oscura enramada selva. Al frente, estrecha, azulada laguna, y al otro lado, suaves colinas que descienden en ondulaciones varias hasta el rio.

Aquí consumió una existencia laboriosa mi infortunado compatriota; desbrozó esta campiña, empujó la línea del bosque hasta las colinas y los lagos, abrió un paréntesis de cultivo en medio de esta naturaleza selvática y congregó una tribu.

Aquí, á mi derecha, sobre el márgen del rio, se levanta en rectángulo, enorme caseron de fuertes troncos clavados en tierra, y sosteniendo arriba rota y maltrecha techumbre de ennegrecido zinc. Este debe de ser el almacen y local de las máquinas de que tanto me habló

en sus últimos días. Al otro lado, otro pequeño edificio, también de robustos postes, paredes de caña entretejida, con sus grandes ventanas, y cubierta empinada, formada de anchas hojas en forma de abanico. Esta debe de ser la casa-vivienda. Más allá, por fin, sobre la orilla de angosto barranco, dos ó tres líneas irregulares de chozas de caña y yerba, de aspecto mísero, de formas incorrectas y como aplastadas sobre el suelo.

¡Siempre el mismo contraste! La naturaleza espléndida y deslumbradora en estas regiones, abrumada con los dones de grandezas sin cuento y riquezas desconocidas, y el hombre y sus obras condenados por fatalísimo incontrastable á la pequeñez y la miseria.

Y sin embargo, ¡lo que es esta alma española! sentíame orgulloso. Iba á tomar posesión de mis dominios, iba á empuñar las riendas del gobierno de mi pueblo, y paseando mi soberbia mirada por la extensa llanada y por encima de los míseros tugurios, decíame á mí mismo regocijado: «Humilde vecino allá de humilde desconocida aldea, eres, aquí, casi, casi todo un príncipe de Mónaco.»

—*Oy,* piloto, ven acá: ¿tú conoces esto?

—*Conoce,* señor, porque estuve con otro castila difunto.

—Bien; pues vamos andando. ¿Dónde vive Cabeza Silverio?

Tendió el brazo y me enseñó la casa-vivienda.

Por angosta escalera de tabla, cobijada bajo prolongado alero de caña, subimos hasta tocar casi el alero con la cabeza, á un estrecho balcón, á dónde daba la puerta de una sala cuadrada, de bajo, encorvado techo, grandes ventanas y paredes súcias. Al lado de la puerta, tres niños en cueros, jugando en el suelo con un puñado de caracoles pintados; al lado de la ventana, colgada de récias cuerdas, una hamaca de bejuco, y sobre ella, en la actitud de despertar, una mujer de edad mediana y desnuda hasta la cintura, y en el suelo, por fin, sobre amarilla estera, un hombre de recio cuerpo, pecho y espalda desnudos, y sumido en profundo sueño.

—Castila amo—dijo á la mujer el piloto en voz imperceptible.

Abrió la boca en toda su enorme dimensión, dilató los ojos en expresión extraña de grande asombro, y ató rápidamente á su pescuezo un pañuelo rameado en forma de babero.

Entre tanto yo visité mi palacio: dos cuartos dormitorios detrás de la sala, otro chiribitil-despensa, y un apéndice pegado al edificio, dònde se albergaban la cocina y cuarto de baño. El tipo general de nuestras casas de campo; es decir, la choza del indio, corregida y aumentada en espacio y altura.

—Anoche, señor, fiesta aquí; mucho cantar y mucho beber Cabeza Silverio, y por eso duermé.

—Enterado, piloto, y ayer, sin embargo, le avisé que me esperase y tuviese todo dispuesto.

El es aquí capatáz y encargado de todo esto, pero olvidadizo y descuidado.

En el pueblecillo viven cuarenta familias de trabajadores alojados en dos docenas de chozas, apoyadas en tierra sobre postes de bambú, á vara y media del suelo, y no á mayor altura el piso de cañas y bejuco, del techo de yerba seca. A mí llegada, los niños se arrodillan, las mujeres asoman por puertas y ventanas sus extraños, asombrados rostros, y los hombres se descubren é inclinan en pronunciadas reverencias.

¡Si los poderes públicos de Europa lograsen de sus súbditos respeto tan profundo y tan rendido acatamiento! Pero la vida es movimiento; la vida de la sociedad humana es la revolución que, arrancando de chozas como éstas, forma toda la historia, y porque aquí no hay vida, no hay movimiento, ni revolución, ni historia.

Allí viene un grupo de mujeres; el zagalejo enlodado á medio muslo, sobre la cabeza enorme sombrero de palma, del tamaño y forma de una sombrilla, y en las manos la caña de pescar y sarta enorme de peces negros. Son las madres de esos chicuelos desnudos, abandonados al sol y la intemperie, y esposas ó mancebas de esos hombres que, ó descascarillan el arroz de su frugal comida, machacándolo en los redondos huecos de largo tronco, ó lavan sus calzones en el agua vecina, ó descansan dulcemente en corrillos mascando *buyo*.

—¿Qué lamentos son esos?

—*Mediquillo*, señor; cura enfermo de un viento.

Un hombre jóven, tumbado sobre el piso de caña de ahumada, estrecha choza, y sobre él dos ó tres más sobando fuertemente su cuerpo, ataraceándole y haciéndole sufrir rudo martirio. El viento se entra de improviso en estos cuerpos débiles, y solo á fuerza de apretujones sale. A su influjo diabólico, sucumben las cuatro quintas partes de estas gentes; los demás mueren de *enfermedad desconocida*. Así lo afirma en sus partes mensuales al médico de la Cabecera, cada Capitán.

—¿Cuánta gente vive aquí?

—Cinco mujeres, seis hombres, tres viejos y siete niños.

Un montón. Promiscuación horrible de edades y sexos. ¡Santidad del hogar, decoro y pudor, por fuerza morís aquí de asfixia!

—¿Y aquella choza, algo más espaciosa y limpia?

—Juego, señor; tiene patente de *panguingue*.

La administración autoriza y explota este juego de naipes, que por falta de inspección y sobra de afición en el indio, se trueca con frecuencia en monte.

Aquella es la tiendecilla del chino y taberna á la vez, y de ella sale un viejo tambaleándose. El aguardiente, màs que el viento, es el azote de esta raza. También aquella pescadora que acaba de dejar sus peces en manos del chino,

se balancea y charla. Dejémosle libre el paso, piloto; el aguardiente no respeta sexos ni castilas.

Y vámonos á casa, que ya anochece.

Me acomodé en uno de los cuartos interiores, cené una tortilla con rajas de boniato y un pescado frito, fumé un tabaco y me tendí sobre dura esterilla de palma y entre dos almohadas, obra todo de mi sin par piloto.

Cabeza Silverio seguía durmiendo como un bienaventurado.



MI PUEBLO Y MI GOBIERNO

X.

MI PUEBLO Y MI GOBIERNO

Al día siguiente aparecióseme mi capatáz, sombrero en mano y la frente baja.

—Buenos dias, señor.

—Buenos dias, hombre. Supongo habrás dormido á satisfacción.

—Anoche, señor, hubo función...

—Nó, la función fué anteanoche.

—Sí, señor. Anteanoche, pues, se murió una anciana.

—¿Y celebrásteis su entierro bebiendo màs de lo que Dios manda?

—Para honra de la difunta.

—¿De modo que entre vosotros èl aguardiente hace oficios de agua bendita?

—No sé, señor.

—Bién, dejemos esto, que yo no he venido aquí á corregir lo incorregible. ¿Sábes quién soy?

—Me lo figuro, señor.

—Yo soy tu amo y el dueño de todo esto, y por lo tanto, necesito saber lo que hay aquí: almacen, muebles, herramientas, ganado y gente. Anda, pues, y prepáralo todo, y cuidado con dormirte.

Salió Cabeza Silverio, y tres niños en cueros vinieron á arrodillarse á mis piés, la cabeza inclinada y cruzados los brazos, mientras su madre, á la entrada del pasillo, con el cabello suelto, la escasa ropa recogida entre los muslos, y el cuerpo doblado, como en sostenida reverencia, mirábame con gesto extraño, mezcla de adoración y estupidéz.

—No es posible,—me dije,—no es posible esto. Allá se vive en amigable sociedad con humilde familia de ruda ama de huéspedes, y en la aldea á veces, con la aún más ruda familia de rústica campesina.

¿Por qué este organismo europeo siente repugnancia invencible al contacto de estas especies inferiores de la gran familia humana? Pero no soy una excepción, pues que solo por excepción hay en Filipinas alguna familia indígena al servicio íntimo de huéspedes blancos.

—¡Señor!

—¿Qué hay, piloto?—y empezó á rascarse muslos y nalgas.

—Yo quiero quedar de cochero con V.

—¡Cochero! ¿Qué entiendes tú de eso?

—¡Sí, *entiende*, señor!

—Pero es el caso que ni tengo coche ni aquí hay caminos.

—Pues, cocinero, señor.

—¡Cocinero! Sí, sí, corriente. Me había olvidado que vosotros servís para todo y para nada. Aquí no existe ni de nombre la división del trabajo. Todos saben hacerlo todo, pero todo mal. No sé dónde he leido que el progreso en la escala zoológica se caracteriza por la diversidad de aparatos para diversidad de funciones. Por eso las sociedades primitivas son primitivos organismos.

Corriente, ex-piloto; quedas nombrado cocinero, y además encargado de buscar los demás criados; pero los estrictamente precisos, ¿entiéndes?

—Está bién dispuesto, señor.

—Me alegro, y ahora vamos á ver ese almacen.

Rechinaron los viejos goznes y un prolongado oscuro recinto se ofreció á mis ojos. La suciedad, el abandono, el descuido, se palpaba por todas partes. Cuatro meses sin castila, y arriba todo telarañas y goteras y abajo orin en máquinas y herramientas, y basura por el suelo. Es difícil, imposible en estas naturalezas una atención sostenida, un cuidado asíduo y una obligación diaria. Tienen de manera incorregible la inconstancia del cansancio.

Pero si sobraba inmundicia en el local, en cambio faltaban otras cosas; arroz, herramientas, prendas del mobiliario doméstico y diversidad de objetos anotados en mi inventario. No es el

indio filipino capaz de grandes hurtos; no hay hombre para tanto. La naturaleza infantil se muestra en él en esto como en todo. ¿Quién no ha ejercido el merodeo en torno de confiada madre? ¿Quién no ha puesto atrevida mano sobre olvidada peseta? ¿Quién no ha metido el goloso dedo en mal guardado tarro de sabroso dulce? También Cabeza Silverio metió el dedo y la mano en el mal guardado almacen.

Castilas *bagos*, al poner el pié en Manila, reforzad las cerraduras de baules y mundos. Media hora dejé yo en la fonda abierto el mio y el cuarto solitario, y al volver habían volado cinco pañuelos, dos pastillas de jabon, tres corbatas, las tijeritas del neceser y cuatro pesetas.

—¿Y el ganado, Silverio? ¿También ha sufrido bajas en estos cuatro meses?

—Puede, señor; algunos carabaos y vacas y caballos perdidos...

—Perdidos por tu apatía en ajenas manos, por tu rapiña mansa en las tuyas propias. Pasais la vida en un desperezo: pero cuando estirais los brazos clavais las uñas.

Por eso yo duermo tranquilo detrás de estas deleznables paredes de caña; es raro, aùn en determinadas comarcas, un asalto à la casa de un castila; pero guardo cuidadosamente bajo la almohada las llaves de armarios, despensa y almacenes.

—¿Y la gente, Silverio? ¿De esta parte de mi caudal solo faltarán muertos y fugitivos? Quiero

ver mis *polos,* quiero ver congregada la tríbu. Trabajo no pequeño costó á mi pobre amigo, y porque le costò tanto trabajo y porque es esta en Filipinas la dificultad mayor para una explotación agrícola, dábale él y le dan aquí todos importancia capital.

Así, allá se dice, Fulano es rico porque tiene tantas hectáreas de huerta ó campo, olivar ó viña; aquí la tierra es cosa secundaria, en la mayoria de las provincias, y por eso aquí se dice: Fulano es rico, porque tiene tantos aparceros ó tantos *polos.* El hombre, con valer poco, es en Filipinas el principal valor de un propietario rural.

Allá, postrado en su lecho, me contó el infeliz esta extraña historia.—Una casualidad,—decíame en voz doliente, me llevó à aquél sitio. Un dia de caza, los veinte *táos,* indios campesinos, que, ginetes en caballos y carabaos, armados de largas lanzas y seguidos de perros me acompañaban, colocaron largas redes en mitad de aquella llanada, y bien pronto un cerdo de monte y una cierva con su cria, cayeron en sus manos y fueron muertos á lanzadas.

Casi enteros fueron arrojados á improvisada hoguera, y casi crudos devorados entre gritos de júbilo, gestos y contorsiones extrañas. Yo en tanto, me refugié bajo copudo guayabo, y apartando los ojos de aquella escena, hermosa tierra,—me dije,—y hermosa llanada, ¿Qué valen junto á esto las huertas de Murcia y Valencia;

qué valen las mejores tierras de allá, al lado de este rico suelo, lecho de materiales de riqueza fertilizante inmensa?

Pocos dias después, ocho ó diez de aquellos cazadores, desmontaban por mi cuenta un par de hectáreas, mientras la Inspección general de Montes, despachaba favorablemente una instancia mia, pidiendo el reconocimiento y tasación de aquel terreno realengo.

Por tan sencillo modo y á poco más de á peso por hectárea, quedé dueño de más de cuatrocientas de hermosa y fertilísima huerta. ¡Cuán fácilmente pueden convertirse allí en propietarios el jornalero y el colono!

Pero faltábame la segunda parte, la parte difícil y penosa. Hice correr la voz por todos los pueblos del contorno y corrí yo mismo.

—Venid,—decía á los habitantes dormidos de aquellas poblaciones muertas,—yo os daré viviendas, apoyo, protección y trabajo diario. Os pagaré el tributo y el impuesto provincial al Estado; vuestros entierros y casamientos al párroco; os daré medicinas, y consejos en vuestros pleitos; y á fuerza de trabajo, tiempo, recomendaciones é influjos, logré por fin congregar un *barangay*, conjunto de cincuenta ó sesenta familias, bajo la jurisdicción de un *Cabeza*, propuesto por la principalía de la aldea y nombrado por el jefe de la provincia. El *barangay* es en aquella tierra la unidad, la célula social. Así los habitantes se cuentan por *cabecerías*; la fa-

milia es un simple submúltiplo y el indivíduo algo menos que la unidad.

—Señor, aquí están los *polos*.

—¡Ah! es verdad, Silverio; estaba distraido y muy lejos de aquí.

Yo, de pechos al balcon y abajo en la yerbosa plaza mi mesnada, blanca ó amarillenta la camisa, el pantalon á media pierna, el *salacot* en la mano y al costado el férreo aguzado *bolo*, largo machete en funda de madera. Por delante de la apretada fila, paseándose Silverio con ínfulas de rey y largo bejuco. A su lado, otro de lujosa vestimenta y bejuco no menor, y al extremo opuesto, tres más también de aspecto autoritario y cetro en mano.

—Este, señor, es mí *primogénito*, es decir, cuando yo estoy fuera ó enfermo es lo mismo que yo; y aquellos tres son los *cabecillas* ó cabos que cuando la gente no trabaja bien...

—Enterado. Ahora díles quién soy yo, que mañana empiezan los trabajos, y que...

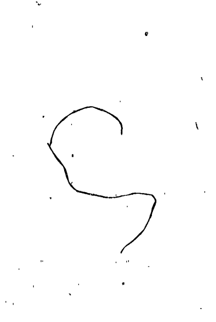
No me dejó terminar. Hirguió Silverio su rechoncho cuerpo; tomó postura académica, y endilgó un discurso que debió de ser muy bueno, pero para mi ininteligible. El auditorio, en tanto, contemplàbame con expresión indefinible, alzando sus negruzcos rostros, y mientras unos se dejaban caer en cuclillas, otros rumiaban indiferentes á todo, encajando en bocas descomunales pelotas de tabaco y cal viva sobre verde hoja con pedacitos partidos á diente de astringente

nuez, y arrojando á intérvalos gargajazos de almazarron. Poco después, desfilaron á paso lento, y al parecer convencidos.

Mi capatáz les había dicho: cada mañana todos aquí; el que no asista será castigado; el reincidente màs, y el que se oculte será buscado y entregado al capitán por vagabundo y sufrirá mayor castigo. No podeis huir porque estais adscritos á mi cabecería ó barangay y yo soy vuestro jefe inmediato con autoridad pública; ni podeis abandonar éste sitio, porque vuestras cédulas personales las guarda el castila bajo llave.

¡Barbárie! ¡esclavitud! dirá algún filántropo; pero ¡ay! las leyes de la historia son tan ineludibles como las de la naturaleza, y por estas asperezas han pasado todos los pueblos cultos. El cetro ha sido en todas partes el primer instrumento de progreso, y cetro significa palo.

SIEMBRAS Y COSECHAS



XI.

SIEMBRAS Y COSECHAS

Apenas despuntaba el alba, ya estaba yo en pié aquel día. Tenía afan, ánsia y fiebre, de presenciar la inauguración de los trabajos agrícolas, y pués que siempre á los comienzos acompañan los obstáculos, quería mirarlos frente á frente, y como músico principiante, tomar la embocadura á mi negocio.

No opinaban así mis gentes. Dormía el capataz-cabeza, y tuve que despertarlo; dormía el primogénito, y lo despertó el cabeza; dormían los cabecillas, y los despertó el primogénito; y dormían los obreros, y los despertaron los cabecillas á gritos y algo más.

¡Y dice el psicólogo Secretan, que no hay en el mundo deterministas prácticos! Existen evidentemente. ¿Qué sería de éstos campos mios

sin el determinismo rudo del grito y el vapuleo? ¡Energías anímicas, expontaneidades del alma, dinamismos psíquicos, no sois aquí más que un vano nombre!

Y así y todo, la dificultad temida y prevista surgió al primer paso. De cuarenta trabajadores, faltaban catorce. Tres se habían marchado de pesca; dos á la fiesta de lugar vecino; dos más decíanse enfermos; uno había sido echado de casa por su amable mitad y andaba errante; tres no habían dominado todavía el aguardiente de la velada, y los tres restantes habían sido enviados por Silverio á caza de los fugitivos.

¡Dificultad, dificultad inmensa someter al indio á un trabajo diario, monótono y rudo! No se ha borrado en él, el recuerdo de la vida errante del bosque, y luego, esta naturaleza fecunda, que le ofrece doquiera con prodigalidad materna la rica fuente de sus llenas ubres. En cualquiera charca, hay para el indio un pez; en cualquier ribazo, una raiz feculenta; en cualquier yerba, una fibra para su escasa veste, y en cualquier orilla, un bambú para su choza.

Dios lo dispuso así; pero yo quiero vencer los designios de la Providencia.

—Vamos, Silverio, en marcha.

Y marchamos á paso lento por detrás del barrio de chozas y por angosta vereda entre altas, húmedas yerbas, hasta extensa pradera de bajo y fangoso suelo.

Diez y nueve arados, tirados cada uno por un

carabao, empezaron á romper el fresco, mullido césped, trazando lentamente apretados surcos, mientras el resto del personal limpiaba las vecinas acéquias, arreglaba los cordones de tierra y broza, formando pequeñas tablas, y otros paseaban el rebaño de las caraballas por el recien arado é inundado campo, triturando así la tierra con las patas y hundiendo y enterrando la abundante yerba en aquellas arrellanadas charcas.

Apenas un cuadro quedaba así, tan tosca y elementalmente preparado, invadíanlo grupos de mujeres y chícuelos, clavando á mano sobre el fango las delgadas fibras del plantel. Así se cultiva el arroz en la mayoría inmensa de las comarcas. Una sola superficial labor; agua la que el cielo envía á los arroyos arrastran, sin màs trabajo de presas y canales, y ausencia total de abonos.

En los terrenos bajos y fangosos, la cosa es todavía más sencilla. Lánzase la manada de carabaos sobre aquellos laberintos de broza y altas yerbas; obligan cuatro ó seis hombres á andar en todos sentidos al manso rumiante, y en breve tiempo las yerbas bravas quedan hundidas y trituradas, y el campo convertido en fangal, sobre el cual plantase y crece y prospera la tan fecunda gramínea.

Cuatro meses despues la cosecha. Rebaños de hombres, mujeres y chicos invaden los campos; cortan con un diminuto cuchillo fijo en cruz sobre invisible mango, una á una las espigas,

y se llevan en pago de su trabajo cada tarde, á veces el veinte ó treinta por ciento del cosechado grano.

¡Labradores del Júcar, vosotros que realizais maravillas tan grandes de producción sobre esos vuestros duros, estériles arcillares, con qué admiración leereis estos renglones, si por acaso pasais por ellos la vista! Pues si es Filipinas, os direis, tierra de tan rara fertilidad, si es Luzon, como dice el insigne Crawfurd, la isla privilegiada entre todas las tropicales, ¿por qué nuestra colonia oceánica no inunda de arroz el universo?

Venid conmigo á este márgen y á la sombra de este grupo de copudas *musas;* mirad y observad el compás lento y perezoso con que esos mis obreros manejan arados y azadones. Allí un grupo charla y masca el asqueroso bétel, apoyados los cuerpos en mangos y estevas; otros más allá, se mantienen inmóviles como en inacabable desperezo; otros levantan y dejan caer palas y azadones con intermitencias de minuto, y otros, por fin, chicolean con las enlodadas y medio desnudas mujeres, hasta que la amenaza ó algo más del cabecilla próximo, pone á todos en acción otro momento. Asi estos campos tan primitivamente laboreados, apenas producen un tercio de los vuestros, y así también el yermo se extiende aquí por todas partes.

Unidos por vínculo indestructible é íntimo,

hay en estas tierras un gran sumando; suelo y clima, y un gran sustraendo, esta pobre raza humana.

Una de esas vuestras familias jornaleras, compuesta de matrimonio y tres ó cuatro hijos, podría dominar sin gran trabajo y por cultivo algo mejor, veinticinco ó treinta hectáreas, y entre la primera cosecha y la segunda ó de retoño, que ahí no teneis, recoger un producto de más de trescientos duros de valor.

No exige mucho más trabajo el cultivo de caña-miel. Dos ò tres labores en tierra generalmente blanda como ceniza, para desarraigar las yerbas bravas que el rastrillo y el carabao llevan á las márgenes; cuatro ó cinco más, después de la plantación, de enero á abril generalmente, cuando el agua del cielo hace crecer caña y yerbas, y apenas la dulce gramínea acaricia con sus largas hojas á su compañera de enfrente, hácese la sombra en la interlínea, cesa la vegetación dañina y descansa el labrador tres ó cuatro meses, hasta que el color amarillento de las sumidades le indica la madurez.

Tampoco hay para la caña ni abono ni riego, y tampoco había de perder con su cultivo aquella familia ribereña. Fácilmente podría dominar cuatro ó seis hectáreas, y trabajando en aparcería y dada una regular fabricación, no había de obtener menor beneficio que en el arroz, á pesar de la actual crísis azucarera.

Y sumadas así estas facilidades de cultivo y

la fecundidad asombrosa de este suelo, con la energía, con el teson, con el trabajo asíduo é inteligente de una raza viril, ¡qué tesoros, que portentos de produccion! Más de tres siglos cobijados bajo nuestro pabellon glorioso estos territorios y en paz inalterable; una densidad de población superior en los valles y llanuras á la española; exento el cultivo indígena de todo impuesto; leyes protectoras, disposiciones impulsoras á cientos, y sin embargo, la producción filipina no figura casi para nada en los mercados del mundo, y por donde quiera, salvos contados oasis, el yermo de Sahara sobre este rico suelo, y por doquiera en campos y aldeas miseria rústica y barbárie mansa.

¿No es posible encauzar hácia el filipino suelo esas corrientes de emigración que van á perderse para la pátria en la abrasada Argelia y las riberas del Plata? Pues vosotros, los que teneis fé viva en el porvenir de esta colonia; los que haceis votos por su engrandecimiento, los que soñais con futuras grandezas, os lo dice una experiencia dolorosa de más de tres siglos: *lasciate ogni speranza.*

EL IMPULSO

XII

EL IMPULSO

«En estas apartadas islas tan favorecidas por la Naturaleza, donde ni ha habido presión de arriba, ni impulso interior ó exterior, ha podido desarrollarse la vida cómoda, con pequeñas necesidades, en toda su extensión. Filipinas puede disputar á todos los paises del mundo el nombre de *tierra de Jauja*. Conociendo el *dolce far niente* napolitano, no puede uno formarse idea exacta de lo que significa esta frase; hay que estudiarla bajo las palmeras. Las siguientes descripciones de viajes por las provincias, pueden indicar lo que es esta *eterna holgazanería.*»

Contra esa holgazanería y contra esa falta de impulso interior que domina á estas razas, y que tanto llamó la atención del visitante alemán cuyas palabras quedan copiadas, está el impulso exterior, originado en la presión de arriba. Casos se

han dado, por excepción, que constituirian provechosa enseñanza, si aquí ó allá se utilizasen en pró de esta tierra, lecciones de la experiencia y buen sentido.

De un Gobernadorcillo se cuenta, y el hecho es cierto en todas sus partes, que, viendo à sus subordinados presa de la miseria, y en posesión, no obstante, de extensos é incultos arrozales, publicó à son de tambor un bando en el cual poco más ó ménos, decía lo siguiente: «Estamos en la época de la siembra; el vecino que dentro de cuatro meses no tenga en su casa quinientos manojos de arroz, sufrirá sin remisión ocho dias de cepo.» Al dia siguiente el pueblo parecía otro. En las calles un hormiguero, á las primeras horas, de hombres y animales de trabajo. Los campos cambiaron de aspecto como por ensalmo; el pueblo de pobre se hizo rico, y solo tal cual vecino, por excepción, pasó una semana de cepo y un año de miseria. Así se gobierna aquí una aldea.

Pero la lección no se aprovechó; cesó en su cargo aquel Gobernadorcillo, que constituía una excepción entre esta raza de uniforme nivel intelectual y monotonía de carácter, y el pueblo volvió á vivir, durante varios años, tranquilo, dormido y hambriento.

En otra provincia faltaba un camino, arteria importante para la circulación de su riqueza estancada; pero también faltaban fondos para la obra, fondos hasta para la alimentación de los

obreros por prestación personal forzosa, allá en despobladas comarcas.

Mas un Alcalde de genio y conocimiento del país, llevó primeramente buen contingente de sus mansos súbditos y de no ménos mansos carabaos, á extensos fangales de terreno realengo; hizo allí plantación extensa de arroz, lo cosechó, lo acarreó á los lugares de la obra; acarreó también allí la población tributaria, y la carretera quedó construida. Así se hacen carreteras.

Otro Alcalde de no menor iniciativa y tacto para el dominio de estas razas, notó la falta de un puente en mitad de un trayecto de circulación abundante y sobre hondo río. Tampoco tenía fondos para obra tal, pero pasó á todos los pueblos de su provincia una órden-invitación: «Hay que hacer tal puente, decía, y es preciso que para el día señalado, cada vecino se presente en el lugar de la obra con un sillar labrado. El Alcalde dará el ejemplo.» El día convenido nadie faltó, y entre músicas y vítores, quedaron á orillas del río, formando enormes pilas, más de 50.000 sillaretes. Así se hace un puente.

Y así, por la norma que marcan estos ejemplos, debe gobernarse, administrarse y dirigirse Filipinas.

El impulso de los misioneros creó aquí el cultivo del tabaco, que Vasco de Vargas monopolizó para el Estado; y este mismo Gobernador general introdujo el añil, y hubiera arraigado

tal vez el cultivo de la seda, si al año no hubiese cesado, y al año no hubieran dejado morir plantíos de millones de aquel árbol utilísimo.

Dirección, pues, presiòn, impulso sobre esta raza; acción incesante, mezcla de protección paterna y coacción enérgica. Son estos pobres indiós el niño que hay que conducir del brazo à la escuela.

Inútiles, vacíos y hueros en esta tierra los procedimientos de allá. Frecuentemente se dá el ejemplo de jefes de provincia nuevos, que redactan circulares, precedidas de largo preàmbulo, recomendando eficazmente à los Gobernadorcillos el cuidado de tal servicio, el fomento de tal producción ó la mejora de determinado cultivo. Esta circular, esta órden á la europea, que no lleva aparejados multas y embargos, es leida quizás por el Directorcillo; es escuchada su lectura por cierto número de ediles, entre desperezos contínuos y bocanadas de *bétel;* queda después sobre la mesa el documento oficial, un soplo de viento lo echa al suelo, y al día siguiente lo arroja por la ventana el alguacil de servicio ó el cuadrillero de turno.

¡Y cuánto se ha predicado aquí en desierto! ¡Cuànto sermón perdido! ¡Cuánto retazo de literatura oficinesca pasto de alguaciles y cuadrilleros!

¡Cuánto encargo! ¡Cuánto ruego! ¡Cuánta recomendación paternal cuando se decretó el desestanco! Filipinas iba á salvarse con aquella

medida; el Archipiélago iba á convertirse en centro de producción de tabaco para el universo, y; sin embargo, dónde no se sembraba antes, no se siembra hoy tampoco aquella preciosa solanácea, y dónde se cultivaba, la pereza del indígena, entregado á sí mismo, sumada á las trapacerías del artero asiático, han hecho que la libertad de cultivo «esté á punto de convertirse *en el más duro de los desengaños.*»

Con frecuencia se vén años como èstos últimos de extraordinaria sequía, y con frecuencia se vén también por estas comarcas, campos agostados, y sobre rios caudalosos, poblaciones enhambrecidas. Falta iniciativa para construir una presa, y falta á veces en todo el país, arróz, el pan del indio y su principal alimento, con provecho grande de los franceses de Saigón, que desembarcan anualmente en Manila cientos de miles de fanegas.

Nuestras dulces y paternales leyes de Indias, conceden á cada población el terreno llamado *legua comunal* para aprovechamiento común, y una propiedad además à cada familia, dónde debe «plantar árboles ùtiles y conservar un gallo, doce gallinas y una cerda de vientre.» Unas cuántas docenas de plátanos, que no exijen cuidado alguno, dice un escritor, gran conocedor del país, bastan para cubrir con holgura todos los impuestos de una familia.

Las gallinas y la cerda, cuyo mantenimiento no tiene importancia, dán para vestido y mo-

biliario; y si á esto que la ley manda y ordena, agrega una pequeña plantación de cafetos, cacaos y algodoneros, «de escasísima ó ninguna atención, puede conseguir esta familia ver cubiertos *todos sus gastos, con un sobrante de más ó ménos consideración.*»

Tan sencilla, tan fàcil es la vida para el hombre del pueblo, en esta tierra de Jauja; y, sin embargo, aún para esto, «falta, decía años atrás aquel escritor, *presión gubernativa* que venza la apatía del indio y el abandono en que generalmente vive para aquello que le es beneficioso y no le exige trabajo.»

Y porque ha faltado esta presión tutelar, las maternales leyes de Indias han caido en desuso, y han caido de las manos del indio aquellas tierras, aquellos árboles y aquellas gallinas y cerda. Solo el gallo se conserva en pié.

La contribución de sangre lo es en España de sangre y lágrimas. ¡Qué sobresaltos; qué angustia en las familias! ¡Qué vigilancia en el aquilatamiento de las excepciones, y qué diligencia en la persecución de los prófugos, si por excepción existen, hasta en la más mísera aldea! «En Filipinas, pocos, muy pocos se cuidan de lo uno y de lo otro. Aquí es cosa muy natural ver que un pueblo que ha tenido 500 mozos sorteables y al que se le piden 20, enviar al ejército los números 7, 23, 52, 80, 150, y los demás hasta 480, *sin que nadie proteste, sin que nadie se queje ostensiblemente.*»

Y esos mozos que se dicen prófugos, tal vez están allí, en la localidad á vista de todos, y «dà también la pícara casualidad, de que sí á analizar fuéramos el orígen de los que no huyen y son enviados al servicio de las armas, *pocos, muy pocos encontraríamos que pertenecieran á familias acomodadas de los pueblos, y ménos aún á la agrupación local en que figura el Gobernadorcillo.*»

«No bastan en este pais leyes bonitas, decía años atrás el escritor que citamos, es preciso que sean prácticas.» Y lo práctico aquí es todo lo contrario de lo que se hace, todo lo contrario de lo que desde Madrid se ordena.

Presión, dirección, impulso sobre esta raza; acicate contínuo y enérgico sobre estos pueblos, cuya nota característica es la indiferencia, la modorra, el apelmazamiento orgánico y moral.

Ingleses y holandeses estudian y conocen á las razas que dominan; pero entre nosotros, «el Archipiélago filipino, decía años atrás la Comisaría régia de la Exposición, es no bien conocido en Europa y aún en nuestra misma Península.» Tán desconocido es, que, con ser una verdadera ilustración, cierto Ministro de Ultramar saludaba tiempo atrás por telégrafo y muy afectuosamente al tomar posesión, á las *corporaciones provinciales* filipinas, que no existen, que se sepa, ni en los espacios imaginarios.



INTERIORIDADES DOMÉSTICAS

XIII

INTERIORIDADES DOMÉSTICAS

¡Cuántas veces, en los ratos de descanso de mis excursiones campestres, tumbado orientalmente en la mecedora, altos los piés como escalando el techo, y caida la cabeza como pendiente de un abismo, cuántas veces en horas tales me asalta el recuerdo de aquella bendita patrona, providencia doméstica de mis hermosos años universitarios!

Era la señora Juana una robusta y buenota montañesa, de cuerpo mediano, rostro vivo, carácter risueño y actividad incansable; la cual, sola y sin más auxilio que el intermitente que á largos intérvalos recibía de la portera, gui-

saba y barría, fregaba y remendaba, y tenía hecho una taza de plata el modesto piso tercero, albergue bienaventurado de pléyade bulliciosa de escogidos huéspedes.

Eramos los tales tres estudiantes, un comandante retirado, un atrecista de teatro de tercer órden, el cajero de un comercio de ultramarinos, y un presbítero catalán adscrito á una de las parroquias cortesanas. Total, siete amos para un criado.

¡Ay lo que son las distancias, las latitudes y los climas! Aquí, en esta mi estrecha y desvencijada jaula, son siete criados para un solo amo.

Dos en la cocina, cocinero y ayudante; otros dos para la limpieza de sala y dormitorios, que siempre están sucios; dos más, para comprar cada día por estos contornos la indispensable gallina y los insípidos plátanos el uno, y el otro para descascarillar el arroz de amo y criados, y por fin, uno más, jefe supremo, guía é impulso del gremio, con el pomposo título de mayordomo.

Y al llegar aquí permítaseme otra exclamación, porque ¡ay! allá en aquellos tiempos, y allá, muy allá, en la villa y córte, pagaba yo tres pesetillas diarias, y tán contenta la señora Juana y tán contento yo; pero aquí, no puedo contener otro ¡ay! Cocinero, seis pesos; ayudante, cuatro; los dos muchachos de la limpieza, tres cada uno, y esto es lo único que

limpian mensualmente; el proveedor de gallinas y plátanos otros dos sin contar lo que roba; tres más el descascarillador del arroz, y seis, por fin, el mayordomo; no los dá más baratos el país. Total, veintisiete duros, y no entran en esta cuenta la lavandera, la planchadora y la que remienda mis ropas, que son tres indias distintas y á tres pesos mensuales cada una.

Treinta y seis duros mensuales de gasto de personal, ¡y si vieras, lector civilizado, la casa que habito, el traje con que me engalano y las bazofias que desafía mi estómago robusto!

Ahora mismo es ya más de la una, la hora clásica del español puchero; pero hoy no parece por ninguna parte ese manjar patriótico, por el cual suspira hace rato y bosteza mi apetito.

—¿Qué ocurre, Venancio?

Así se llama el indivíduo que fué piloto de mi canoa; se trocó en cocinero y hoy ejerce de mayordomo.

—¿Por qué no se come hoy?

Nadie responde. Pero allá hacía la cocina se oye cierto rumor; allá me voy de hurtadillas; más también la cocina está desierta, y ollas y fogones abandonados. Del cuarto de baño viene el ruido y allí están: aplico un ojo à una grieta entre dos tablas, y por ella veo... un corrillo, una baraja y un *monte*.

¿Qué harías tú, lector benigno, por grande que tú benignidad sea? De fijo lo que yo hice: de un empujón al suelo la desvencijada puerta,

y dentro ya, una cachetina de todos los demonios.

—Mala disposición, señor—decíame mi capataz Silverio, llegado en aquel momento, con sus ínfulas de filósofo.—Castila fuego, indio agua, y agua apaga el fuego. Mejor otra cosa para castigo de indios.

—Sí, Silverio, sí; lo dice el Padre San Agustín en su *Crónica franciscana:* «El indio se complace en irritar al castila, en hacerle perder la paciencia, y por ello se pone tán hueco.» Calma con él, y sobre todo, por algo lo dice otro buén fraile: «Dios crió juntos al indio y al bejuco.» Vete á la cocina, Silverio, y haz allí lo que más convenga.

No sè lo que hizo; solo sí que media hora después aparecieron mis criados con el rostro descompuesto y dolorido su cuerpo en cierta parte que yo me sé, dejando sobre la mesa un puchero quemado y tales guisos, que solo podía apechugar con ellos mi apetito de cán.

Al día siguiente desbandamiento general. Solo quedó en pié Venancio, y lo peor fué que huyeron con un mes de sueldo adelantado y dos trajes cada uno de blanco y flamante algodón.

Por fortuna, aquí como en todas partes, lo malo abunda, y pocas horas después el buén Venancio me hacía la presentación de la nueva *troupe*. Seis indivíduos con amarillento calzón á media pierna y desnudos de cintura arriba.

—Estos no cuestan nada, señor.

—Baratos son, pero ¡ay, Venancio! *timeo dánaos*, que dijo Laocón y repite aquel buén fraile filipino. Al Obispo Barrientos regaló un indio un cesto de frutas silvestres y luego le pidió cincuenta pesos, y otro indio regaló también un gallo al famoso ministro Valenzuela, para luego exigirle más de ciento en arroz. Tan burdas son sus intrigas, y aquí había una intriga no ménos burda. El nuevo cocinero tenía empeñada una sementera y los padres de los demás cada cual su deuda correspondiente, hasta un total de treinta pesos, que yo debía adelantar á cuenta de sus sueldos.

—No, Venancio; no hay adelanto. El sueldo cada mes y sólo por necesidad, les compraremos ropa, que bién la necesitan.

—También falta vajilla, que casi toda la han roto, y provisiones, que se acaban ya...

—También esto. «En sus casas conservan la escasa vajilla que tenían á la llegada de los españoles, pero en el convento ó la casa de un castila, rompen lo bastante para arruinar á un propietario. No se les puede confiar cosa alguna delicada, pués la estropean. A ellos solo se les puede entregar una caña, un palo, una rama.» ¡Pobre padre! En poco más de quince días, me han estropeado á mi una vajilla. ¿Cuántas corresponden á tús cuarenta años de país? ¡Y la despensa en cuadro y el almacen de provisiones de Europa á un día de caballo, que seràn para mí dos de ayuno! De hoy más yo

seré mí despensero; yo entregaré cada mañana garbanzos y chocolate... ¿pero qué entiendo yo de estas faenas femeniles?

¡Robusta aldeana que entras en este momento por las puertas de la córte para esperar en el chiribitil de una agencia un fregadero de tres pesos mensuales, cómo á un ángel del cielo te recibiría yó! Porque con toda tú corteza rústica, tú desgarbo sencillo y tú pelo de la dehesa, eres aseo, órden y economía; eres trabajo asíduo, actividad y concierto; eres todo ese no sé qué, que allá falta en los cuarteles y allí se palpa en la última bohardilla.

Aquí, á mí lado, pasan encorvado el cuerpo y enfiladas las dos manos, tres de mis nuevos criados, el cerdoso cabello sobre la frente, el rostro oscuro y desnudos casi, excepto breve paréntesis. Allá dentro el cocinero arregla mí cena también medio en cueros. Vivieron ayer en salvaje choza al pié de un cocotero, y hoy, aún sometidos y españolizados, ni hay para ellos hogar, ni hay tampoco casi intemperie ni hambre.

El calor de este clima y la frialdad de esta sangre disuelven la sociedad doméstica, relajan todo vínculo de afecto enérgico. Por eso aquí, á nuestro lado, en la intimidad del domicilio, se marca más el abismo que nos separa.

Pero mi cena tarda y allà dentro chilla amargamente una gallina. Está pelándola viva y con agua hirviendo uno de los muchachos; otro

cuela el café por un calcetin viejo; Venancio bate un huevo en una taza con los dedos, y el cocinero en tanto arredondea una albondiguilla á mano sobre el desnudo muslo.

Lector paciente, ni me atrevo á ofrecerte mi casa ni ménos aún, á invitarte á cenar esta noche conmigo.



EL ARTE DE TRATAR AL INDIGENA

XIV.

EL ARTE DE TRATAR AL INDÍGENA

Poseen los holandeses á las puertas de Filipinas, la importante colonia de Java, con población de raza análoga y triple número de habitantes.

Pero con ese espíritu de profunda observación que caracteriza á los pueblos del Norte, y ese profundo sentido práctico que los distingue, los hijos del Rhin dedicáronse desde el primer día al estudio de sus nuevos súbditos; crearon un arte de gobierno y establecieron enseñanzas para sus empleados coloniales.

Así hoy, y desde mucho tiempo, el personal del gobierno y la administración de la colonia holandesa, estudia préviamente en escuelas especiales *El arte de tratar al indígena*, y de este modo, estos empleados, sin más que atenerse á las reglas de *El Adat*, en sus relaciones todas con los malayos, y conocedores á fondo

de la raza que dominan, saben conservar á grande altura su personal prestigio y á mayor altura todavía el prestigio de la Metrópoli.

¡Cuán distinto el personal oficial de todos los ramos que la Península envía á estas regiones!

—¿Es *bago?*—preguntamos con ansia todos los españoles, á cada cambio de decoración.—¿Es recien venido el gobernador ó el juez, el administrador ó el jefe militar? Pues de seguro presenciaremos inconveniencias sin cuento; debilidades é intemperancias, faltas de tacto y faltas todas hijas del desconocimiento más completo de la realidad.

Y el aprendizaje suele ser largo, y largo el camino que hay que correr á traspiés, hasta que el funcionario á la europea desaparece por fin, transfórmase en algo especial y característico propio del medio filipino, y la venda cae y el hombre nuevo brota.

Todos, particulares ú oficiales, con credencial en cartera ó sin más credencial que el pasaporte; representantes de la España que produce y paga ó de la Pátria que ordena y cobra, todos llegamos á Filipinas ciegos.

Algunos suelen venir también sordos; sordos á los consejos, á las advertencias, á las enseñanzas que una larga práctica ha infundido á sus amigos, á sus colegas, á sus subordinados, y en estos la ceguera es á veces incurable por el momento, ó á lo ménos de tratamiento largo y laborioso.

Aquí, en las provincias, hay señales exteriores, sin significación é importancia al parecer, que son no obstante signo cierto, para los que estamos ya hartos de país, de los progresos del educando. ¿Ha abandonado ya el recien venido, en sus paseos por las tardes, el empaque europeo? ¿Ha cambiado por el jipijapa el sombrero de copa y por la *moruna* de algodón ó hilo el chaqué de lanilla y el inseparable chaleco de corte ceñido y confección elegante? Pues ya tenemos hombre.

¿Ha abandonado ya con el puñado de españoles, habitantes de la cabecera, en su mayoría de condición social humilde y con sus subordinados, fuera de los actos oficiales, el gesto de mando, el autoritario ademán y el aparato exterior de superioridad? ¿Asiste por las tardes á la tertulia de la botica ó al paseo que se instala cada velada en un lugar cualquiera de la prosaica plazuela? El progreso es ya visible.

¿Infórmase, por fin, de las condiciones todas de esta población indígena, á cuyo gobierno en uno ú otro ramo fué principalmente traido; adquiere la costumbre de mirar á su grey de alto abajo, y rehuyendo en sus mandatos verbales con los Gobernadorcillos la ampulosa oratoria oficial, sazónalos con frase dura, coronados por el soberano *tú*? Educación adelantada.

Fáltale conocer, á funcionario tal, los mil detalles y particularidades que constituyen el fondo de esta tierra y esta raza; todo lo que

esencialmente entraña aquel arte holandés, lo que en algunas colonias inglesas ha dado orígen á la creación de un ramo importante de la Administración con el nombre de *Ministro de relaciones con los indígenas;* pero á pesar de todo esto, nuestro funcionario está ya en buen camino y á puerto llegará.

Sufren en esta tierra las categorías sociales una doble transformación. Pierden en altura en sus relaciones con los compatriotas lo que ganan con la masa indígena. Aquí la gran división social la constituye la raza, y por eso este contraste extraño: abismos de un lado y del otro cierta nivelación democrática. Milagros todos de este país original.

Estas Corporaciones monásticas, con la experiencia acumulada de las asociaciones permanentes, tienen procedimientos para sus neófitos y usan precauciones que recuerdan en parte la sabiduría anglo-sajona.

No tienen, que sepamos, en sus colegios de España aquella enseñanza teórica; no han reducido á un cuerpo doctrinal sus observaciones, ni han condensado en libros de texto sus conocimientos acerca de las razas que evangelizan y subyugan; pero á los jóvenes levitas que aquellos centros de educación arrojan periódicamente sobre Manila, no se les permite, ni aún condecorados con las órdenes mayores, la administración y gobierno de la más humilde parroquia.

El fraile nuevo tiene que pasar dos ó tres años de *compañero* con un fraile viejo, de cierta categoría, de larga residencia, y poseedor, por tanto, de un tesoro grande de experiencia. Y en compañía de maestro tal y con el auxilio de peculiares gramáticas, emprende el estudio del idioma del país, y en la otra gramática del trato diario, del diario consejo y la contínua observación, aprende por fin, á conocer á sus feligreses en los senos más hondos de su carácter y los repliegues todos de su especialísima naturaleza moral.

¡De cuánta utilidad sería esta iniciación, este aprendizaje á nuestros funcionarios todos!

Por esto el fraile filipino tiene grandes ventajas en el trato y dominio del indio, aún con inferioridad notoria de circunstancias personales, sobre los demás españoles, que llegan, dice Jágor, «sin conocimiento alguno del país, y faltos de toda preparación; muchos tan perezosos que jamás logran aprender el idioma, aúnque se casen con hijas del Archipiélago, mientras que sus criados entienden el español, espían las conversaciones y todos los actos de su vida, conociendo los secretos de sus amos que, en general, no obran con gran discreción, al paso que los indios quedan para ellos como un impenetrable misterio que ni siquiera tratan de descubrir.»

El conocimiento prévio del dialecto indígena, que ni holandeses ni ingleses descuidan, mien-

tras cierran su lengua á las razas que dominan; el conocimiento de este dialecto, sencillo en su estructura gramatical, como perteneciente al grupo aglutinante, habría de reportar ya grandes ventajas á todo nuestro personal oficial.

No se daría entónces el caso de jueces que, actuando por la mediación de intérpretes indios, traducen en afirmativa la negación terminante del procesado, ni el espectáculo triste de empleados subalternos que enviados á las aldeas, no pueden á veces desempeñar su cometido por la dificultad magna, el imposible de hacerse entender; ni los mil y mil inconvenientes que diariamente se originan de esta ausencia de comunicación intelectual que extiende negra noche dònde debiera reinar la luz.

Pero aparte del dialecto, tienen razón, sí, los holandeses; el gobierno de estos pueblos semiselváticos, el dominio provechoso sobre estas razas adinámicas y de condiciones todas especialísimas, entraña un arte, un estudio de interés principalísimo para la pátria.

Gobernar aquí, administrar aquí, capitanear militarmente aquí, ejercer aquí cualquier función pública, no es gobernar, administrar ni capitanear en España, ni en las cultas y españolizadas Cuba y Puerto-Rico. Todo es en estas islas radical y profundamente distinto; todo es peculiar y de excepcional naturaleza.

Los grandes estadistas serían en Filipinas lo que son en sus comienzos los funciona-

rios que envían; tristes y desmañados aprendices.

Por esto, pues, si un dia un Ministro de Ultramar se tomase la molestia de visitar el Archipiélago, y en contacto inmediato con esta raza, fijáse su atención en su manera de ser y de vivir, en su complexión moral y aptitudes todas, en su indiosincrasia especial, en fin, tal vez opinase conveniente hacer, para nuestra colonia, algo en el sentido de aquel arte holandés de tratar al indígena.

Y tal vez pensara que el camino más corto sería el de enviar una comisión inteligente á La Haya que estudiase allí textos, programas y enseñanza oral, y después enviar esa misma ú otra comisión á Java para que estudiase practicamente los resultados del arte en cuestión, y por término á tanto estudio y viaje tanto, tal vez opinase provechoso hacer con los empleados españoles en nuestra colonia malaya, lo que Holanda hace con los suyos.

Y si tal Ministro no opinaba así, yo disentiría humildemente de su opinión; con perdón sea dicho de todos los Ministros presentes y futuros.

EL SERVICIO POSTAL

XV.

EL SERVICIO POSTAL

Cuenta Julio Verne en una de sus novelas más famosas, que el capitán Hatteras, á su vuelta del Polo, sentíase en sus paseos por Lóndres, como atraido hacia el Norte por invencible imán.

Yo también soy víctima de atracción igual; pero en mí la aguja magnética sufre una desviación al N. O., y hacia un punto así indeterminado del espacio, siento también invenciblemente atraidos mis ojos y mi alma.

En el estrecho balcón encarado próximamente al Mediodía, la butaca de bejuco toma siempre, casi sin yo notarlo, posición diagonal, y de contínuo mi vista se pierde en el paisaje que allá, por el ocaso, se prolonga en mares de verdura.

Un grupo de altos, esbeltos cocoteros, dibuja sus penachos sobre el horizonte, y por

entre las largas palmas distingo allá, muy lejos, breve pedazo azulado de brillante cielo.

Hacia allá, en esa dirección, lejos, muy lejos, debe caer España, y más allá de ese cielo debe estar el mío; mi cielo, sí, mi hogar abandonado, los pedazos de mi alma.

El magnetismo terrestre es una sombra al lado de este otro magnetismo del sentimiento.

¡Quién pudiera volar! digo á la garza ligera que al declinar el sol pasa como flecha cercana de las nubes. ¡Quién pudiera huir en tu rápido vuelo de estas soledades!

Aquí, sobre la mesa, tengo en un tomo en cuarto una apología de la soledad, pero no me convences, buén Zimmerman.

La que tú pintas y enaltecces es la de confortable *chalet*, asentado blandamente en esas rientes laderas suizas, á donde sube á todas horas el ruido de la locomotora que cruza los valles y el murmullo de las ciudades asentadas á orilla de los lagos.

Esa soledad no es la mía, no es la de este pobre prófugo de la civilización, desertor de la humanidad.

¡Sí aquí hubiera hombres parecidos á aquellos campesinos! Pero en estas frentes planas vive estrujada una inteligencia y más estrujado todavía un corazón en este tórax malayo estrecho y deprimido.

Tú si que tienes corazón, mi noble Roldán. Tú al ménos me saludas á distancia con tu

agasajador ladrido, me busca afanoso tu olfateo, me sonríes moviendo la cola, y en tu plácido rostro leo claramente la mímica del cariño sincero y la adhesión leal.

El hombre es un animal sociable, dijo Aristóteles. ¡Qué verdad! La soledad tiene por compañera al diablo, dijo San Agustin. Otra gran verdad. El hombre solitario, desligado del concierto con sus semejantes, es la más débil y la más desdichada de las criaturas, y colocado frente á sí mismo, surge en él la fiera primitiva, al paso que el tiránico pensamiento es para él el buitre de Prometeo que roe sus entrañas.

No aceptéis, criminalistas, el sistema celular; no seáis más crueles con los reos que la justicia antígua cuando los descuartizaba vivos.

¡Una cara blanca! ¡Cómo se dilataria mi fisonomía y cómo palpitaría mi pecho si viera aparecer por entre el ramaje de la orilla, aún la ennegrecida y tostada del más rudo gañán!

Hoy, sin embargo, tengo un consuelo; hoy siento mi pecho dilatarse, y paréceme ménos triste la soledad de estas selvas. Hoy debe llegar el correo. Sí, ya han pasado quince mortales dias, y si el vapor que sale de Manila à Singapore, al encuentro de la Mala francesa, no se retrasó, y si el que de Manila sale para provincias no se adelantó, los sacos de la correspondencia deben estar desde ayer en la cabecera de la provincia.

¡El correo! ¡Qué felicidad! Un rey persa dícese que lo inventó; pero ¡injusticias de la historia! todavía no se ha levantado una estátua á este gran bienhechor de la humanidad.

Un buen amigo, Dios se lo premie, me recomendó y recomendó mi correspondencia al jefe de telégrafos y administrador de correos á la vez. Las mias son pues, cartas privilegiadas y deben llegar.

Pero, de la capital de la provincia hasta aquí pueden tropezar, sin embargo, con muchas dificultades. «Trayecto hay de diez leguas en la isla de Luzón, perteneciente, por más señas, á una de sus líneas generales y que enlaza dos cabeceras de provincia, en cuyo cruce *invierten cuatro días los correos,* en tiempo de secas, y esto es suficiente para formar idea del camino, de còmo se pondrá en tiempo de lluvias.» Así lo dijo tiempos atrás un diario manileño de diecisiete años de país.

Más no es esto sólo. Los conductores del correo perciben dos reales fuertes de jornal; pero á veces no hay fondos en la administración, y cómo no cobran tampoco cumplen con su sagrada obligación. Otras no tienen caballo y tienen que pedirlo, con frecuencia en valde á los gobernadorcillos del tránsito, y otras veces, por fin se aburre y cansa el pobre indio, ó se duerme al pié de un árbol y «al continuar su marcha después de la siesta, *se deja esparcida por el suelo la mitad de la correspondencia.*»

También decía esto aquel bién informado diario.

Porque además de todo esto, en Filipinas sólo por excepción se conoce la balija. El administrador entrega el paquete de cartas y periódicos atado con un bramante al conductor, y cuando el paquete es pequeño, éste lo acomoda dentro del sombrero y sobre la desgreñada melena; si es de mayor tamaño, lo ata sencillamente á la cintura con un pañuelo.

Así, las cartas, aún en tiempo de secas, sufren habitualmente un ligero baño; en tiempo de lluvías el baño es mayúsculo.

Hace unos dias recibió una de un pueblo vecino mi capataz Silverio, pero en tal estado, tan rota y maltrecha, súcia y enlodada, que á duras penas pudo descifrar un renglón.

Aún enlodada y todo, si yo recibiese ahora una y en ella pudiese leer siquiera que está buena ella, buenos mis ángeles!

Ya son las cuatro de la tarde, las ocho de la mañana, poco más ó ménos, bajo aquel meridiano. Ahora se levantan, los veo claramente con miradas del alma, y rodean para el desayuno la mesa del comedor. Allí hay un sillón vacío, y á él dirigen todos una mirada impregnada de ternura.

Un indio, en tanto, sube la escalera; háceme profunda reverencia y desata á mi lado un bulto envuelto en cortezas de cocotero. Es un alguacil del tribunal de la vecina aldea. Le co-

nozco, alguna órden... Pero no, de repente, echa á mis piés, en desordenado montón, cartas diversas y periódicos de Manila. Como fiera hambrienta sobre su presa me echo yo sobre lsa cartas. Escarbo febril, revuelvo el montón. ¡Esta no!... ¡Esta tampoco!... ¡A ver por este lado!... ¡Tampoco es esta! ¡Esta tampoco es!... ¡Aquí está! ¡Bendito cielo!.

Húmeda y encharcada viene, pero la aplico tembloroso á mis lábios. Es de mi cielo, sí. Y el sobre escrito con cierta corrección. Están buenos, sí. No es posible la caligrafía con el corazón desgarrado. La abro con tembloroso pulso. ¡Y cuán largo escribe! Están buenos, sí; las penas son lacónicas y huyen los largos discursos.

Adios, lector, voy á devorar mi tesoro. Adios, hoy soy todo para mí mismo.

LA COLLA Y SU COLA

XVI

LA COLLA Y SU COLA

Cuando sobreviene aquel fenómeno meteorológico, el cielo filipino es la catarata del Niágara, y Luzón semeja la combatida cubierta de barco medio sumergido.

¡Qué llover! ¡Negros y desgarrados nubarrones avanzan sobre el zénit desde todos los puntos del lejano horizonte; se agrupan y amontonan, se confunden y amasan, y al estrujarse entre sí, revientan allá arriba, de ignorados senos, lagos y mares!

Por detrás de las cordilleras vecinas y á alturas ignoradas, retumba de repente sordo y ahogado trueno. La electricidad del cielo quiere abrirse paso hácia la tierra; pero las nubes se aprietan, ciérranle el camino, y la *colla*, por fin, apaga los fuegos de la tormenta. El agua vence al rayo.

Dicen que allá arriba brilla todavía el azu-

lado cielo, y por la lipiam esfera rueda el astro del día derramando á torrentes luz y calor. No, nosotros no veremos ya ni el limpio cielo ni el espléndido sol. Esas densas nieblas han empañado para siempre el tul del firmamento, y esos diluvios han apagado la hoguera encendida del astro gigante.

La creación no es más que agua. Esos espacios etéreos de que hablan los sabios eran mares gigantescos, hoy desechos en *colla*, vomitados sobre nuestro globo, que lo truecan en fango, que lo disolverán mañana, como se disuelve el terrón de azúcar en el líquido apresado de la taza llena.

Allá por el Oriente parece desgarrarse un momento la recia bóveda de este subterráneo de nubes, ábrese diminuto resquicio, y por él parecen reverberar las esferas luz y esperanza. Aún vive el sol.

Pero los titanes se aperciben de la rebelión del cielo; acuden presurosos en compactas masas, en negros escuadrones, y el cielo es otra vez vencido, y otra vez y con más furia sacuden de sus flancos torrentes y diluvios.

¿Sí se habrá invertido el planeta y, transportados nosotros por maravilloso encantamiento á nuevas tierras, vomitarán sobre nuestras cabezas sus abismos, los Océanos volcados?

Aquí abajo, esta Naturaleza ayer tan ensoberbecida de sus galas, parece agobiada, enlutada y llorosa.

Los ampulosos bambúes, que remedan palacios de verdura, doblan sus copas al golpe incesante de la lluvia, y por entre su ramaje magullado corren cataratas.

Las praderas son lagos, los torrentes ríos, los ríos mares, y estos tejados de caña y nipa, mangas de riego que arrojan al interior de las viviendas goteras á miles y chorros á cientos.

Yo, afortunadamente, he enfundado mi cuerpo en ampuloso impermeable con su capucha monástica, y de esta suerte, la civilizada Europa me alarga un escudo contra las barbaries del clima. ¡Lástima no tener otro impermeable para el chocolate y los garbanzos, que ya han corrido inútilmente toda la casa en busca de abrigo!

El indígena tiene procedimientos más sencillos y económicos contra las inclemencias de la colla. Para no mojarse la ropa se queda en cueros. Ellas, á lo más un corto zagalejo, pariente del taparrabos.

Allá van chillando y cantando en grupo numeroso. El agua excita estas naturalezas muertas que parecen reverdecer con el riego. Y van todavía á bañarse al desbordado río, precisamente cuando la colla hace un esfuerzo. ¡Delirios de hidroterapia!

Pero la colla suele traer *cola*, la cola del *báguio*, en esta estación principalmente después del equinoccio de otoño y al cambio de las

monzones. No siempre sucede esto. El terrible fenómeno visita casi anualmente el Archipiélago, pero solo de tarde en tarde cada comarca.

El agua, en tanto, arrecia. El Norte lanza de tiempo en tiempo rachas de frío viento, y el horizonte se oscurece con negros, desmelenados nubarrones.

Y el barómetro ha bajado un milímetro. En estos dias de sospechosa collá, mira cada español este centinela de la atmósfera, más que el espejo muchacha bonita y presumida. Yo tengo uno con anotaciones en su esfera hechas por el padre Faura. Este jesuita dirige el Observatorio meteorológico de Manila, á mayor gloria de Dios y provecho de los filipinos, pero paréceme que con deficiencia de elementos.

Cuando el Archipiélago haya logrado progresos en todo, de que tanto necesita, los despachos meteorológicos que hoy comunican los jefes de telégrafos y gobiernos civiles, desde sus oficinas, los expedirán, como en España, licenciados y doctores en ciencias, más libres de otras atenciones apremiantes y desde observatorios mejor instalados y más completos.

Entónces, con estos valiosos auxiliares, se fijarán al día y con mayor seguridad las pendientes barométricas, y la malla, cada hora descrita, en determinadas circunstancias, de las líneas isobáricas, será aviso cierto, cuando el peligro se inicie, y advertencia segura para las comarcas amenazadas.

Grande es, no obstante, el beneficio que el país recibe y grande el que recibo yo también de aquel religioso aquí en mi soledad.

Un hombre llega en tanto con una carta. Es de aquel buen amigo, el inolvidable padre Facundo. «Coja un caballo y véngase á escape, el *báguio* amenaza.»

En estos días la caridad aumenta, el afecto crece, pero imposible aceptar tan noble y cariñosa invitación. Arrecia el temporal; los caminos están ya intransitables, y el barómetro bajando.

Ya está en la indicación que dice: «Con vientos del primero á cuarto cuadrante, el báguio se acerca;» y se acerca evidentemente, porque la furia de los elementos redobla.

El agua se concierta con el viento, y trocada en proyectil, penetra al interior de las viviendas con toda la fuerza de un incesante perdigonazo.

Tambien la arquitectura necesita en Filipinas de grandes progresos, porque no toma ella pequeña parte en los desastres de estos fenómenos. Son estas casas de tabla, cajas de resonancia de instrumentos de cuerda, y por eso el agua y el viento penetran tan fácilmente por hendiduras y grietas, y por eso, en la época de las tormentas, retumban tan terriblemente los truenos dentro de estas guitarras.

Opónense los frecuentes temblores de este suelo á las construcciones sólidas; pero no ha de ser quizás un imposible la solución del pro-

blema para el arte de Herrera, cuando tome pasaje para Luzón. Edificios de bastante peso, para que no los lleve el viento, y bastante ligeros y de trabazón íntima de materiales para que no los cuarteen los extremecimientos de este suelo nervioso.

Las mujeres de los trabajadores vienen en tanto, en tropel á la casa del castila, para ellas sólida fortaleza, trayendo á sus niños de una mano y colgado del otro brazo su mobiliario entero, pero alegres y sonrientes en medio de los horrores del cielo. Estas gentes son anteriores á la invención de los nérvios.

Y la noche cierra en tanto con más agua, más viento, con más negros y desgarrados nubarrones y la aguja del barómetro recorriendo lentamente las notas bajas de este diapasón de la tormenta.

De allá abajo de hácia el bosque, viene con interminencias de minuto, rumor de destrucción, y al estrépito de árboles rotos y ramas desgajadas, se asocia en concierto fúnebre el bramido de cien figles. Las rachas de agua y viento corren á su vez disparadas entre estragos, y como proyectil enorme, chocan contra la casa que á su golpe rudo cruje y se tamblea, como barco en medio de embravecidas olas. Es el *delirium tremens* de la Naturaleza.

Pero el mónstruo, por fin, parece buscar su presa por otro lado y gira lentamente hácia

el Este, hambriento de nuevas ruinas. Hácia el Sur serán, pués, sus mayores estragos, si el padre Faura no miente, y por el Sur del Archipiélago pasará el *vórtice*, punto inmóvil del espacio bajo despejado cielo, á donde convergen los rádios todos de esta rueda gigantesca del báguio.

¿Por qué estos huracanes circulares, estas trombas enormes, en este rincón del planeta? La meteorología está en mantillas en las naciones más adelantadas; aquí en estado fetal.

Sigue rolando en tanto, por el Oriente, el brutal fenómeno, pero ¡oh, fortuna! el barómetro ha ganado en su escala como un cuarto de milímetro, y la tempestad se aleja bramando.

Y á todo esto son ya las altas horas de la noche, y trás de catorce mortales de brega, el sueño me rinde. Esta noche no hay cena. Tampoco han cenado, y duermen, no obstante, como bienaventuradas, estas mujeres, sobre la dura tabla y entre lluvia de goteras...

¡Al amanecer! ¡espectáculo extraño! El sol, como avergonzado de sí mismo, pálido y blanquecino, emprende su jornada por entre desgarradas neblinas, y lejanos estratos. Comprendo la silba de nuestros soldados en Africa, trás una semana de escondite.

El rio, soberbio y espumoso, asoma su corriente sobre los altos márgenes y se desborda por las llanuras. Allá tronchado un grupo de coqueteros; más allá enormes bambúes arrancados

de raiz y con sus raices al sol; allá entre el ramaje desgarrado de otro árbol, un caballo, salvado del diluvio por milagros del instinto.

La Naturaleza, como cuerpo flagelado, muestra por todas partes sus carnes desgarradas. No importa. Dentro de dos semanas, ya apenas quedarán señales del estrago. Esta Naturaleza es como el Justo; resucita al tercer día.



OBREROS Y MANUFACTURAS

XVII

OBREROS Y MANUFACTURAS

«En Filipinas falta inteligencia que dirija el trabajo, y trabajo que secunde la inteligencia.» Así decía, como quién nada dice, años atrás, un miembro de la Sociedad Económica de Manila, en crudo y luminoso informe.

Por eso, sin duda, si aquí la producción agrícola es escasa en relación al territorio y población, que al fin con solo trabajo podría pasar, es más exígua todavía la riqueza industrial, que exije trabajo é inteligencia.

Y por eso, también, chasco grande habría de llevarse quién, fija la mirada del pensamiento en esas colmenas del trabajo, donde el esfuerzo muscular se suma al de potentes dinamismos,

y donde la experiencia y habilidad del obrero se concierta con la inteligencia genial que presidió á la creación de aquellos maravillosos generadores de fuerza, chasco grande habría de llevar, repetimos, quién buscase en el Archipiélago todo cosa de lejos parecida.

El tabaco es una confección manual, con un poco de química doméstica, en fermentación y embetunado. Las fábricas que creó el desestanco han hecho maravillas; pero la base de la industria tabaquera es principalmente el cultivo. Con buena hoja, buen tabaco.

El azúcar es una industria agrícola de grandes horizontes hace tres lustros, de existencia penosa y desarrollo difícil hoy. ¿Por qué? porque en Francia y Alemania, Bélgica y Austria, hay inteligencia y.., remolacha. Y sin embargo, el tubérculo europeo es una mitad más pobre en riqueza sacarina que nuestra rica caña; exige triple tierra para cantidad igual de primera matéria; exige doble gasto su cultivo, gasto mayor su fabricación.

El abacá, otro producto importante y exclusivo del Archipiélago, es una industria estractiva, casi un aprovechamiento forestal. Retoña la gigantesca herbácea de la cortada zueca, ó brota del tallo enterrado en medio del bosque; llega á su madurez, y el *beneficiador* la corta y despedaza con el *bolo,* rasca la carnosidad del parénquimo sobre tosca cuchilla, tiende al sol las blancas fibras y entrega la mitad del pro-

ducto al dueño del monte, malvende al chino la otra mitad, y el exportador reduce á pacas las madejas de fibras en primitiva prensa de tornillo. ¿Puede darse sencillez mayor en fabricación y cultivo?

Una manipulación semejante, aúnque más esmerada, sufre la hoja de la piña, que crece espontánea en cualquiera parte, y con las fibras de estas dos plantas principalmente, aprendieron estas gentes el arte de cruzar hilos y formar telas, primer paso de la vida salvaje á la civilizada.

Todavía están casi en este primer paso. Tan toscos y primitivos son estos telares domésticos, montados sobre estacas, sujetos con bejucos, formados de pedazos de bambú, y en cuyo manejo se consumen caudales de tiempo y paciencia, para producir telas ordinarias de abacá, que convertidas en pantalones y camisas, dejan al indivíduo medio en cueros, y piezas finísimas de piña que duran un par de lavadas, y por las cuales dan largos pesos las principalas ricas y las mestizas de rumbo. La importación europea mata esta producción, y el soplo potente de las grandes fábricas acabará por barrer esta industria textil, infantil y primitiva.

Más importante es quizás la producción de sombreros, envases y otros tejidos de diversas especies de palma; pero ¡qué desarrollo podría tomar aquí este ramo de la riqueza con dirección inteligente, procedimientos mecánicos y or-

ganización industrial! Porque esta vegetación es casi toda ella una explosión de fibras, y si el indígena carece de ella, tiene en cambio, como se ha dicho por un fraile, todo su talento en los dedos; tiene paciencia sin límites y afición á los trabajos sedentarios. Hay en sus aptitudes todas algo de femenil.

Por eso también y por las necesidades escasas de esta sociedad, desdeña los oficios penosos. En Filipinas no hay talleres ni clase artesana. Al atravesar estas silenciosas aldeas no oiréis jamás el penetrante sonido del yunque del herrero, ni el martilleo de la carpintería, ni encontraréis en las capitales de provincia y demás pueblos de regular vecindario, esa población que en horas determinadas llena casi las calles de nuestras ciudades, con sus flotantes blusas y sus blancos mandiles.

Estas construcciones de madera exigen, sin embargo, carpinteros, y esta es la especialidad artesana que más abunda; pero ¡qué carpinteros!

Poco después de mi llegada, tuve que hacer varios remiendos en mi vivienda; hice correr la voz y se presentaron cinco. Dos no tenían herramienta y tuve que comprársela á cuenta de jornales, y los tres restantes la traían colgada al hombro, en cantidad tan mínima, que las bolsas de cuero en que se alojaba me parecieron estuches de sangrador ó sacamuelas.

Dos escoplos, una azuela, una barrena, un

compás, y para los cinco una sierra. Pero aún á tan mezquina herramienta faltábale la armazón de madera; emplearon dos dias en hacerla, y ví con maravilla que el hierro del escoplo pasaba de su mango al cepillo y era alternativamente cepillo y escoplo.

También traían *bolo* colgado á la cintura en funda de madera. Este enorme machete, es vivo testimonio de las extrañas aptitudes mecánicas del indio, de la sencillez ruda de su vida íntima y de sus escasos progresos en instrumentación, y es á la vez como un apéndice de su personalidad y herramienta de universal aplicación.

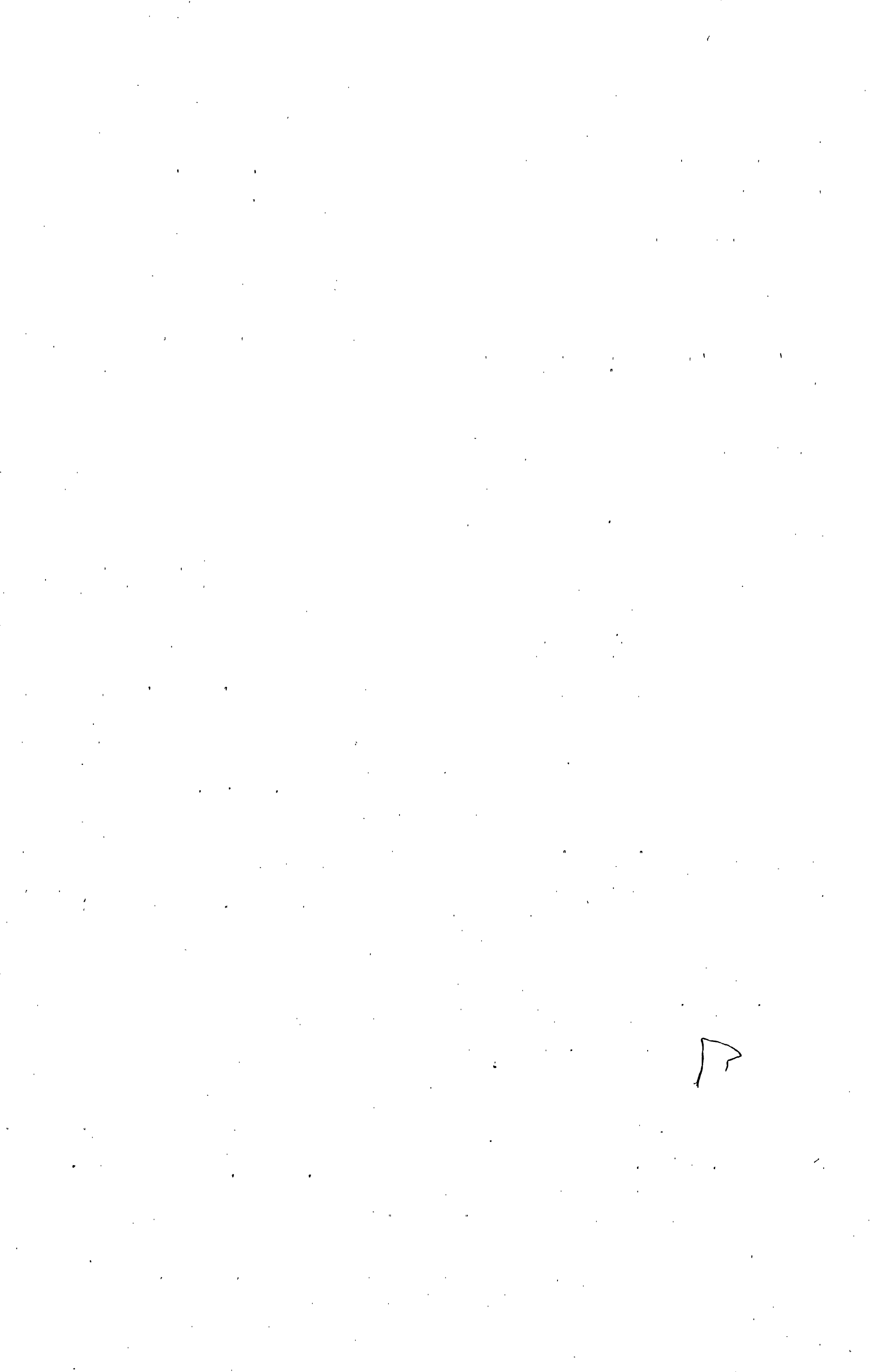
Con él en la mano, abre el indio estrecha senda entre la maleza del monte y recorta en su choza las uñas de sus piés; derriba en el bosque, trás una semana de fatigosa faena, el árbol secular, y limpia los domingos la escasa pelusa de su rostro lampiño; monda el tubérculo feculento, con la rudeza toda de su prehistórico arte culinario, y es su arma de combate en los contados momentos de sus arrebatos bélicos; abre y despedaza á sus golpes en los dias de caza, entre aullidos de júbilo, el apresado jabalí, y corta con él, pasándolo suavemente sobre la tela, el pantalón de algodón ó la camisa flotante de los domingos.

Con este bolo—decíame ó me quería decir uno de mis obreros en castellano nebuloso á tres mil leguas de la gramática—hice la choza

cuando me casé, y con el cavé la sepultura y enterré á mi mujer el año pasado.

Tentado me siento yo también, tan contagioso es el mal ejemplo, á suscribir con el *bolo* este desaliñado capítulo.

MÉDICOS Y ENFERMOS



XVIII

MÉDICOS Y ENFERMOS

En cada cabecera el titular, y en ciertas agrupaciones de población, alguno que otro establecido desde fecha reciente; pero á pesar de esto, puede sin hipérbole decirse que en las provincias filipinas ni hay médicos ni boticas.

Al indígena le preocupa esto muy poco; ni sospecha siquiera que allá, en *tierra de castilas,* solo por excepción sucumba algún infeliz sin asistencia facultativa, y estima su vida en tan ínfimo precio, que al sentirse enfermo, apenas hace otra cosa que tumbarse mansamente en su choza desvencijada.

Las comadres vecinas acuden allí algunas horas después, y en unión de la familia, arman en cuclillas y en torno al petate, animada consulta médica.

La primera sabia disposición del cónclave,

es cerrar herméticamente todas las rendijas con trapos viejos y pelotas de yerba seca, y cuando el enemigo diabólico viento vé cerradas todas las puertas, créase dentro del zaquizami una atmósfera capaz de asfixiar al enfermo y al mismísimo Eolo.

Si al cabo de unos días la cosa se agrava, y si tal ó cual yerbajo machacado, propinado por algún sabio de la localidad, no ha dado resultado alguno, entónces se apela al *mediquillo* de la comarca.

Dios te libre, lector, de las manos de un mediquillo filipino y de las del verdugo.

Sale una mañana á desperezarse á la puerta de su choza, porque dentro imposible, un *tao* cualquiera, y vé pasar por delante, con paso incierto y cuerpo dolorido á cualquier vecino. Entabla con él breve diálogo médico-farmacéutico; recuerda que él mismo ú otro conocido se curó de enfermedad parecida, por la virtud maravillosa de tal brebaje, de tal emplasto ó tal soba violenta; propina entónces su remedio, acéptalo el paciente, se cura porque sí, y porque sí se encasqueta el nuevo Esculapio la borla de doctor.

Y desde aquel día ya no trabaja; es ya casi un personaje, visita su clientela, crece su fama y crece su renta, y si tal enfermo se muere, obra ha sido de los espíritus enemigos que pueblan los bosques; el *asuang*, el *patianac* y otros de igual calaña, ó dice él y repite en coro la

familia; «mala suerte,» «estaba de Dios,» con resignación y fatalismo musulmanes.

La fama del doctor no sufre por eso el menor eclipse.

Hace pocos días recibí la vista de uno de estos Galenos, llamado á asistir á la mujer de mi capataz, pero de antecedentes más recomendables. Había sido primero criado de un médico y luego enfermero de un hospital de Manila.

—¿Qué opina V. de la enferma, señor?—me preguntó con mucho énfasis.

—Yo no opino nada, hombre. ¿Qué he de opinar? No tengo valor para tanto. ¿Y á tí qué te parece?

—Una lesión humoral con complicaciones de la médula y el epigastrio.

En ignorancia, iguales ambos Galenos rurales; pero más presunción en este último. Para el indígena, pozos de ciencia los dos.

Lástima grande no lo sean también para nosotros, para este puñado de españoles sembrados como garbanzos por estos pueblos filipinos; mezclados, confundidos y barajados con estas gentes rústicas y de anchas tragaderas.

Por eso, aquí cada uno es médico de si mismo, en primer término y de consulta después con el compatriota vecino; y por eso, en este delicioso país, todos tenemos un tratadito, un manual de medicina, y en un rincón de la despensa, dos docenas de tarros, frascos,

cajas y redomas con ungüentos y píldoras, extractos y pomadas.

A mí, sin embargo, desde el primer dia me infundió miedo mi diminuto botiquin. Hasta en el inocente cerato me pareció ver un tósigo ó un explosivo violento.

La medicina en manos profanas es arma de fuego, que lo mismo puede matar la enfermedad, que el enfermo.

Y sin embargo, yo no soy ya profano del todo; dígolo con cierto orgullo y satisfacción. En España jamás supe curar un divieso; pero aquí... registré hace quince días la modesta librería, herencia de mi antecesor, y tropecé con dos tomitos en francés. El uno un manual de Anatomía fisiológica y el otro de Terapéutica. Y pecho al agua, me dije; pero primeramente la Anatomía: sí, hay que conocer antes la máquina para después saber poner mano en sus resortes, engranes y articulaciones.

Mas ¡ay! después que he tanteado el campo de la ciencia y entre sombras y dudas y oscuridades he logrado echar una mirada á mi interior somático, me he asustado de mí mismo.

¡Qué complicación de Barrabás la de este organismo humano! ¡Qué de vísceras, músculos, tejidos, membranas, arterias y qué sé yo cuántas cosas más! ¡Y qué mecanismo todo él tan delicado, tan quebradizo y de tan fácil trastorno!

Cada mañana, al levantarme, me palpo y re-

conozco en toda la periferia, y por todas partes y en el más inocente síntoma ó la alteración más leve, creo ver la punta acerada de puñal asesino, el prodromo infalible de terrible afección morbosa.

¡Oh, santa ignorancia la mia, tan lastimosamente perdida hace dos semanas! ¡Oh, envidiable tranquilidad la vuestra, ciudadanos de la civilización! Vosotros teneis siempre á mano un facultativo sobre el cual echar todo el peso de vuestros achaques; pero aquí... si supiéseis qué triste es y cuántas angustias causa tener que llevar, por cuenta propia y propio riesgo, esta máquina que se siente palpitar bajo su cerrada caja y cuyo ritmo tan fácilmente lo pierde.

Porque ¿cómo recurrir en trance apurado al médico de la capital? Hay que pagar la visita por decenas ó centenas de pesos, segun la distancia, y luégo éstas que llaman carreteras de calzada, convertidas durante medio año en cenagosas charcas, impracticables á veces, ni aún con carabao y salvavidas.

Ahora mismo me dice el capataz que ha fallecido su mujer, sola casi y abandonada, allá en su choza, como malherido jabalí, que se tiende y agoniza en agreste matorral. Así sucumbe la cuarta parte de los niños, en las primeras semanas de su vida, según el testimonio de un médico de Manila, citado por un escritor aleman. Así sucumben miles de enfer-

mos en los negros días del cólera y la viruela, y así sucumbe también, en tan horrible abandono, más de algun infortunado compatriota.

¿Por qué, por quién puede hacerlo, no se atiende á este importantísimo servicio? ¿Por qué no se crean aquí partidos médicos, convenientemente distribuidos por todo el territorio, y cuyo coste se sufragaría fácilmente con un ligero recargo en la cédula personal, impuesto provincial ó de otro modo cualquiera?

Entónces ya sería aquí posible la vida; entónces ya se atreverían á seguir á sus esposos tantas madres á quiénes aterra la idea de ver á los pedazos de su alma abandonados en medio de enfermedad cruel; entónces este pedazo de tierra española veríase libre de una mancha, limpio de una deshonra; entónces un autor extranjero, ya no contaría en sus *Viajes por Filipinas* que, enfermo de gravedad y refugiado en pueblo de largo vecindario, tuvo que ser durante cuatro semanas su propio médico; entónces, por fin, la Madre Pátria podría ofrecer campo á la actividad febril de esa pléyade de jóvenes que las Universidades arrojan cada año con un título en la mano, con frecuencia inútil, jóvenes que aquí serían luz y alegría, y esta tierra sería para ellos *honos et premium*.

Y después de todo, con tan gran progreso, con ventura tanta, ya no pasaría yo sudores, agobios y escalofrios, puesto en el duro trance de tener que estudiar Medicina.

PRINCIPES Y VASALLOS

XIX

PRINCIPES Y VASALLOS

Allá en la capital del Archipiélago, el general gobernador, con autoridad indiscutible y de extensión tal, que recuerda los poderes históricos hasta por su aureola semi-régia. A su lado y en inferior nivel, dependencias auxiliares; una Administración civil que reparte y reglamenta los supremos mandatos; una Intendencia que cobra y una Audiencia que juzga.

Este organismo politico, se irradia luego en toda su crudeza desde el Pasig á provincias, encarnándose en el gobernador militar ó civil, el administrador y el juez, para terminar en la aldea en punta, como contera de bastón, en el gobernadorcillo y sus auxiliares, soberanos de chaqueta y bejuco.

Quedan dos brazos de este Briareo, el clero, con sus obispos y provinciales al frente y sus

órdenes monásticas, que conquistan almas á la fé, y el ejército que somete cuerpos á la ley.

Y por debajo de estas jerarquias, de este estado pletórico, de esta concentración de derechos y autoridad, de estos príncipes á la antigua, allá al fondo, en profundidades y sombras, especie de seno de Abraham, un rebaño de vasallos, un cuerpo social muerto y petrificado, sin calor y sin pulso, sin palpitaciones ni movimientos; el bostezo al minuto por único síntoma de vida.

Filipinas está separada del mundo por tres mil leguas de camino y tres siglos de historia.

Allá, al otro lado de esas leguas y esos siglos, dícese que hay pueblos que se llaman soberanos, pueblos que viven y alientan, hacen progresos y hacen historia; levantan poderes á su antojo, ejercitan derechos y reclaman á veces mas libertad con discursos ó con votos.

¡Qué locuras! ¡Qué desvaríos de las razas civilizadas! Aquí, en este bendito rincón del planeta, se vive mucho mejor. Cada semana llegan órdenes de la capital, mandatos del alto Olimpo, que se acatan siempre con la frente baja, aúnque con frecuencia no se cumplen por pereza, y cada dia sale el sol por el Oriente; se come á la una, se cena á las ocho y se duerme á las once. ¿Qué más se necesita para vivir y engordar?

El correo cuando llega á estos limbos, así como aereolito caido de los espacios, es la única

nota disonante, y los periódicos de Manila la única voz y la única energía de este cuerpo social devorado por la atrofia.

Pero el periodismo es ante todo un gran reflector del oleaje social, y es también una lente que concentra las luces y las energías del paisaje vivo; más aquí no hay luces, ni energías, ni oleajes que reflejar, y la pluma además tiene en Filipinas censura prévia; es decir, cadena y grillete. Por eso la prensa que en todas partes es movimiento, actividad, reflejos é impulsos, participa aquí de la general sosera. Planta exótica en clima enemigo, vive á duras penas en angosto invernáculo, esperando paciente un sol propicio y vivificantes brisas.

¡Y como extraña esto al principio! ¡Cuán tristemente impresiona esta sociedad sin derechos, cielo sin sol; esta colectividad humana sordo-muda y ciega!

Al filipino neto, le tiene todo esto sin cuidado. Progresos, historia, movimiento social, derechos individuales y colectivos; cuentos fantásticos con algún valor quizás allá en espacios desconocidos. Le basta y le sobra á él el derecho á ser principal y la fortuna de empuñar el cetro de gobernadorcillo. Si recibe reprimendas y multas del jefe de la provincia, se desquita en cambio administrando á sus subordinados multas y otras cosas.

Para el español puro, para el ciudadano del siglo XIX, no existe aquí ni siquiera este

derecho minúsculo, esta especie de célula de libre personalidad.

Al poner el pié en el barco, allá se queda en Barcelona el ciudadano, para desembarcar en Manila la armazón de un hombre, un esqueleto moral. ¡Y aùn á este esqueleto se le exige fianza y radicaciòn por plazo fijo, y se le impone el collar del pasaporte!

Así el español en Filipinas es ante la ley, inferior á estas razas, sobre las cuales descuella á modo de gigante, en alma, en corazón y en nariz.

Arrancan nuestros soldados una tribu salvaje de entre estas selvas enmarañadas, á punta de bayoneta; la empujan al llano á culatazos, y al poco tiempo concédese terrenos á estos *reducidos;* concédeseles la exención de todo impuesto, y se les concede, por fin, la erección de un poder local, que si es con frecuencia despotismo para la plebe, también es amparo y protección.

El chino, falsificador por naturaleza, falsifica en su provecho un sacramento; recibe las aguas sagradas del Jordán católico sobre aquella coleta que recuerda á Confucio, y poco después la ley lo unge á su vez con el óleo del derecho, concediendo á cada colectividad principalía, gobernadorcillo y jurisdicción. Y lo mismo sucede con los mestizos hispano-malayos, y lo mismo con los *sangleyes* ó indo-chinos.

¡Cuan distinta conducta la del pueblo y

gobierno de Inglaterra! «La idea fundamental de toda la política inglesa en las colonias, dice el antiguo tratadista Flinter, consiste en que, donde quiera que el inglés se halle, lleva consigo *todos sus derechos, todos sus privilegios*, sean estos los que sean.»

Y «este principio histórico, dice Merivale, que se manifiesta desde los primeros días de nuestra colonización, fué erigido en principio legal por lord Mansfield, con estas memorables palabras: *Todo ciudadano inglés lleva consigo sus libertades á no importa qué sitio ó lugar deshabitado que vaya á ocupar.*

Estos derechos, estas libertades, estos privilegios, no caben en la maleta de un español al dar triste adios á las riberas pátrias; y si aquí, en esta dilatación de España, anhela para sus hijos derechos santos, por los cuales tal vez allá combatió, tiene que manchar su sangre pura y noble mezclándola con sangre bàrbara.

Dificultad grande ofrece aquí indudablemente, para hacer algo que se parezca á un pueblo con derechos, el número exíguo de compatriotas y el imposible de una fusión íntima con estas razas de piel oxidada y frente plana; pero algo así como un Municipio de elección libre, con personalidad jurídica y autonomía, podría erigirse en Manila y en otros centros de población peninsular, y algo también como un cuerpo, una Junta delibe-

rante, podría intentarse, con elementos de todo el país y reuniones periódicas, que esclareciesen los problemas todos de la colonia y llevasen á los altos poderes el eco de sus necesidades y aspiraciones.

Ni tampoco habría de luchar con dificultades ni engendrar peligros, la convocación de Juntas provinciales, robustecidas con indivíduos de estas órdenes monásticas, y algunos capitanes de categoría, á modo de educandos; Juntas, débil reflejo de las Diputaciones españolas, que serían dirección y consejo de estos gobernadores *bagos*, tan desconocedores del país, que tal vez en la credencial aprendieron algunos el nombre de su provincia.

Y después de esto, libertad de imprenta para tratar las cuestiones que se relacionan con el progreso del país; libertad de reunión y asociación para fines legales y derecho de petición.

¡Horror, dirán tal vez algunos! ¡La política en Filipinas! ¡Aquí partidos, aquí luchas y combates! No tanto, pero aún así y todo, notad, conservadores filipinos, que estas temeridades revolucionarias, tienen precedentes en nuestra historia colonial; tienen un alto y venerando abolengo.

«Porque siendo de una corona los reinos de Castilla y de las Indias: (Recopilación ley 13, título II, libro II), las leyes y órden del gobierno de los unos y de los otros, *deben*

ser lo más semejantes y conformes que se puedan; los de nuestro Consejo, en las leyes y establecimientos que para aquellos Estados ordenaren, procuren reducir la forma y manera del gobierno de ellos, *al estilo y órden con que son regidos y gobernados los reinos de Castilla y León* en cuanto hubiere lugar y permitiere *la diversidad de las tierras y naciones.»*

Esta diversidad de naciones y tierras no fué obstáculo para que nuestras leyes protegieran en Nueva España y en Cuzco «el derecho, dice un escritor nada sospechoso, de tener Córtes locales, como Navarra corservaba las suyas, Cataluña sus *Usatges* y los vascongados sus *juntas*»; leyes é instituciones, añade, de que participó también Cuba, «con identidad en todo lo que se refería á su raza, quedando solo la diferencia y la desigualdad para las dos inferiores del indio encomendado y el esclavo negro despuès.»

Ya lo veis, Filipinas cae, en órden á los progresos políticos y en el último tercio de nuestro siglo revolucionario, por detrás de esa noche de pasadas edades. No os alarméis, pues, conservadores filipinos, que después de todo, bien modesta es la pretensión: una limosna de libertad á estos mendigos; un mendrugo de derecho á estos vasallos.

LUJO Y MISERIA

XX

LUJO Y MISERIA

Carruaje gasta Narcisa
y dijes nada baratos;
en cambio va sin camisa,
sin medias y sin zapatos.

Esta Narcisa puede ser un indígena cualquiera, de alta ó baja posición social, de tal ó cual mezcla de sangre y de uno ú otro sexo.

En los paises cultos hay cierta correlación, cierta simetría y concierto en los detalles todos de la vida en su aspecto económico doméstico. Quien no tiene renta, no tiene carruaje, y quien no puede alquilarlo, camina á pié. Aquí, entre estas benditas gentes reina, por el contrario, el màs bello y caótico desórden.

Hay quien viste de seda los domingos, y no ha desayunado, porque no hay de qué; hay

quien acomoda y luce en sus dedos luminoso brillante, y no hay más cera que la que arde, porque en ese dije va todo su capital; hay quien celebra estrepitoso baile con vaca muerta, y al dia siguiente tiene que empeñar las sillas y el piano para comprar morisqueta; hay principala de rumbo, que echa su sementera en unas mangas bordadas: y hay, por fin, cabeza de *barangay*, que en su flamante, sedosa y bordada camisa, lleva la camisa, y el arroz, y el patrimonio de la familia.

Aquí se codean, se chocan y entremezclan el lujo y la miseria. Por eso en estas poblaciones filipinas hay màs caballos de silla que zapatos; más carruajes que medias, y más perlas que garbanzos. Lo relumbrante, lo ostentoso y fátuo se come lo ùtil, lo conveniente y provechoso. Es este verdaderamente el país del doublé; brillo por afuera y hueco por dentro.

Este pueblo niño se enamora como el niño de todo lo que reluce, y con infantil afán, corre trás la mariposa de doradas alas, para verla desaparecer entre sus manos, sin escarmiento, en la nada de fino polvo.

El primer carruaje que ostentó un alcade por estas calles de chozas; la primera joya que lució entre estas gentes el primer encomendero; y el primer vistoso traje que arrastró por las descosidas tablas de estas viviendas aristocráticas la primera dama española, fueron aquella mariposa, aquella tentación, la manzana

de Adán de estos fachendosos y manirrotos indios.

¿Ves, lector ese carruaje, esa repintada victoria que llevan al trote dos alazanes por estrecha calle y entre torbellinos de polvo y hojas secas? El cochero va en traje del país, en calzoncillos y camisa, y detrás de este cochero, que sería contrabando para la policía de Europa, van madre é hija vestidas á todo trapo. Una bordada, fina y reluciente camiseta sobre los hombros; el diminuto y también fino y bordado pañuelo desde el pescuezo; una ampulosa falda de seda, de descomunales rayas y arremetedor colorín, unas *chinelas* deslumbradoras à fuerza de lentejuelas y oro, y en orejas y dedos y garganta la joyería de Ansorena.

Son unas duquesas filipinas; la flor y nata de la cabecera. Sigámoslas. El rumboso vehiculo para, al revolver de la esquina, ante ruín casucha de nipa y postes, de angostas y despintadas puertas, de súcio zaguan, lleno de las inmundicias cotidianas, y escalera de negruzcas tablas y destartalada barandilla. El coche, apenas aliviado de su carga, se esconde como avergonzado en oscuro, entelarañado rincón, y poco después, las damas se acomodan, en paños menores y en cuclillas, junto à la cacerola de la *morisqueta,* en el santo suelo, que asaltan á mano limpia y devoran á duo entre repetidos chupeteos de dedos y uñas.

Tienen coche y no tienen cuchara. Tampoco en estos pueblos filipinos hay herrero y carpintería, pero hay platero; no hay médico y botica, pero hay música; no hay mesón, pero hay taller de coches; no hay hospital, pero hay gallera.

Y mientras nuestra duquesa, medio en cueros, se tiende y arrellana para la siesta en cama de galgos, sobre dura estera en el duro suelo, la niña pasea por las teclas del piano aquellos dedos, salpicados todavía por el almidón de la morisqueta; mueve los pedales con desnudos piés, y llena la vivienda toda y la vecindad de armonías mutiladas, deslucidas y enclenques, coronando así, aquel abigarrado conjunto, en que se chocan y golpean dos civilizaciones á quince siglos de distancia: el palacio y la choza, la ciudad y el bosque, Europa y la selva.

Pero donde el fastuoso derroche y la vanidad despilfarrada de esta pobre raza hacen su explosión, es en las fiestas lugareñas del santo patrono, en el *pintacasi,* como se las llama en algunas provincias.

Hace algún tiempo, se celebró el de la vecina aldea, y me invitaron con tales extremos de apremiante galantería, que era imposible rehusar. Soy casi el único español de la comarca, y por esto y lo otro hubiera sido pecado mortal de desatención é ingratitud.

Primeramente recibi por conducto de un al-

guacil, una atenta esquela de convite, cuajada de primores caligráficos y deslices gramaticales, en cuyos últimos renglones decia el capitán: «Y después de los Divinos Oficios, pasará V. al Tribunal, donde será obsequiado con música y un ligero refresco.» Después de esta esquela y á los pocos dias, recibí atenta epistola también del capitán, en que me decía, por remate de larga letanía de rimbombamtes frases: «Señor, si V. se dignara venir, yo me daría con un canto en los pechos.»

—Si, hombre, si.—le contesté;—yo no acostumbro á despreciar galanteria tanta, y el dia de la fiesta me tendrás ahí.

Y cumplí mi palabra. El mayordomo Venancio, recuperò su antiguo oficio, arregló una cánoa lo mejor que pudo, sin olvidar las *batangas* y la toldilla de palma, é impulsada por cuatro remeros, se deslizó rio abajo hasta tocar récia estacada de bambú, rústico muelle, que desde el hondo rio daba acceso á la plaza del tribunal.

Bien pronto, la música disparó estruendoso paso doble; el capitán y algunos principales aparecieron en el alto márgen deshechos en genuflexiones y cortesías, y mientras adelanté figles y trompetas ensordecían los aires, marché yó triunfalmente, rodeado de improvisada córte, y por entre los grupos de así cómo admiradas gentes, que se descubrían á mi paso y alargaban hácia mi sus negruzcas getas.

—¿Sí seré yó, sin saberlo,—me decía,—todo un personaje?

Pero no era mi humilde personalidad la obsequiada con agasajo tanto; era esta naturaleza superior, mi condición de *castila,* ante la cual se dobla y abate esta pobre raza. Tanto servil acatamiento y tanto pomposo alarde de fiesta semi-régia, eran, pues, obligado tributo rendido á mi piel blanca, mi bigote y mi nariz.

Acatamiento y obsequio no obstante, en que el afecto entraba por una parte mínima, y la vanidad casi por entero; la vanidad de ostentar un *castila* amigo ante campesinas gentes; la vanidad de ostentar ante mis ojos deslumbrados, tanta solemnidad y magnificencia.

La misa en tanto había terminado; llegué tarde á la cita, y por eso mi cortejo me condujo al tribunal, límpio y repintado, y con toda una barricada sobre extensa mesa, de botellas, latas y golosinas de Europa. Un sillón de bejuco fué mi trono, y desde él y por el inmediato balcón empavesado de percalina, pude examinar allá abajo plazas y calles.

Grupos de mujeres, engalanadas á todo trapo, descienden del convento próximo, después de besar la mano á un padre indígena. Algunas llevan la española mantilla, con la gracia de una percha, y todas, camisetas de colorines, sayas de anchas y coloreadas rayas y bordada chinela sin tacón, que golpea el talón desnudo en *tic-tac* repetido á cada paso.

Esas camisetas, esas chinelas y esas sayas han costado meses de afanes y semanas de miseria; algunos préstamos al 80 mensual, y cuando pase la fiesta, volverán muchas de ellas á manos de infieles, á las rapaces del chino de la aldea ó á las de principal rico y conciencia dura. ¿Pero qué importa? Bien vale un día de rumbo la morisqueta de un trimestre.

Hoy hay también vaca muerta. La vigilia cotidiana queda en estos días rota por un pedazo de carne, y solo en estos días y en los de casamiento ò bautizo de principalas ricas, asoma la cabeza por estas aldeas aquel enemigo del alma.

Por la tarde gallera, y allí en corral angosto, formado de pedazos de bambú, el indio aristócrata y el plebeyo infeliz, arrojan su cosecha el uno, su trabajo de medio año el otro, entre el gallo rojo y el gallo blanco; y el que pierde se arruina, y el que gana se arruina también, porque la ganancia trae el derroche; todos desplumados menos el ladino asiático, arrendador de la gallera, que atrapa todo el botín de aquel campo de batalla, entre la cobranza imperdonable de derechos elásticos y el préstamo en el acto de intereses sin medida.

Por la noche, el baile, la fiesta femenina, y el tribunal augusto, convertido, durante varias horas, en un arco iris de seda y percal, donde luchan y compiten, no la gracia, el relumbrón; no la elegancia y donosura, sino el valor en compra de trapos y dijes.

¡Pueblo original! El oropel lo deslumbra, la vanidad lo disipa, la holganza lo postra, el despilfarro lo desangra, y entre disipaciones y estrecheces, mira pasar los dias sin ayer, ni hoy, sin esperanzas ni recuerdos, sin combates ni dolor.

Una hora de disipación fastuosa, compensa en él semanas de miseria; un día de despilfarrado jolgorio, trescientos sesenta y cuatro de hambre.

«Si la humanidad estuviera pendiente de una cinta, dice un misionero, y esta la necesitase un indio para su sombrero, dejaría perecer á toda la humanidad.»

«Imitan al español, dice otro padre, sólo en todo lo que es malo, como la manía de ir elegantes, la costumbre de malsonantes interjeciones, la afición al juego y todos los vicios practicados por los *zaramullos.*»

¿Es culpa de ellos? ¿Es culpa nuestra? De todo un poco, y entre ellos y nosotros y el diablo, que en todo se mete, se hizo el milagro.



PREMISAS Y CONSECUENCIAS

XXI

PREMISAS Y CONSECUENCIAS

Fuimos el pueblo de los grandes impulsos, de las colosales empresas, de las odiseas gigantescas; raza de titanes que subyugamcs la tierra, ya que no es para hombres escalar el cielo.

Pero si sobró vigor en la iniciativa, faltó perseverancia enérgica después; sobró ideal y faltó conocimiento práctico de la realidad; y aquel sol que fué nuestro prisionero alumbró después imperios extraños, y hoy, por fin, solo quedan gloriosos girones de aquella bandera que ondeaba sobre el planeta.

Y como completamos el globo, soñamos completar también la especie humana, quisimos infundir nuestra alma ardiente en las razas descubiertas; irradiar la luz de la cultura en las soledades sombrías del bosque virgen; sumar

la humanidad de las selvas á la humanidad de la historia, y también el fracaso sucedió al ideal caballeresco, y en Cuba, al fin, barrimos por el exterminio las primitivas razas; en Puerto-Rico las anulamos por la absorción del cruzamiento, y aquí, en este otro lado del planeta, tres siglos de esfuerzos han dado por resultado una población sin cultura sobre un suelo sin cultivo.

Fué el primer error, el pecado original de nuestras empresas coloniales, la inversión de estos dos términos: las colonias para la Metrópoli—dicen los anglo-sajones;—la Metrópoli para las colonias, dijimos nosotros, y así, lo que para aquellos pueblos es engrandecimiento y poderío, fué para nosotros ruina y desangramiento.

«*Porque el fin principal que nos mueve á hacer descubrimientos*—dice nuestra antigua legislación ultramarina—*es la predicación y dilatación de nuestra santa fe católica, y que los indios sean enseñados y vivan en paz y en justicia.*» Se predicó y se dilató, en efecto, nuestra fé; infatigables misioneros acompañaron ó siguieron de cerca á nuestros grandes navegantes, penetraron después en las selvas con nuestros capitanes, congregaron las indiadas bajo los cocoteros, y el agua bautismal corrió á rios sobre rudas, encorvadas frentes.

Fe no obstante, sin calor y sin vida, sin entusiasmos ni heroismos. Leed las crónicas de

la evangelización de estas comarcas oceánicas, y no encontraréis nada que se parezca á obstinaciones de fanastismo, ni arrebatos de piedad; ni apóstoles ni neófitos, ni mártires ni verdugos. Ni aquellas explosiones de creencia enérgica que poblaron nuestro suelo de catedrales, ni aquel denuedo heróico con que se corrió á la muerte contra enemigos de la cruz.

A son de tambor y bajo el bejuco de los Padres, se alzaron penosamente estos miserables cobertizos donde la religión se alberga, y el cañón de nuestros marinos aniquiló, ayer todavía, las piraterías devastadoras de los moros malayos. Las aguas vivificantes del bautismo corrieron, pues, sobre la dura piel sin penetrar en el alma, y la religión de Cristo quedó al exterior, como la medalla y el escapulario que del pescuezo cuelgan.

«Pueblos hay—dice un escritor español—de más de treinta mil almas, donde solo asisten habitualmente á las ceremonias de la iglesia *quinientos ó seiscientos* fieles.» El Padre San Agustin se queja amargamente contra los indios en su *Crónica franciscana*, de la calculada ocultación, al confesarse, de sus pecados y crimenes; y ni aun en esas terribles horas que preceden al suplicio, cuando los sentimientos más hondos resucitan en las almas más duras, y la religión es la única luz y el único consuelo, ni aun entonces se nota en

estas almas las palpitaciones de la fe, y miran, dice otro Padre, su situación, «sin que la aproximación de su última hora interrumpa su sueño ni les quite el apetito.»

Y á estos altos ideales de resurrección de razas dormidas por la ínfusión de una superior cultura, acompañaron aquí leyes blandas, dulces y maternales, inspiradas en no menos ideales amores; procedimientos y conducta que luchan todavía estérilmente contra la imposición de seculares hábitos, del clima y la fisiología.

«La organización social de las Filipinas, decia años atrás un comerciante de Manila, el Sr. Marcaida, es la más paternal y civilizadora del mundo, teniendo por base las doctrinas del Evangelio y el bondadoso espíritu de las leyes de Indias.» Pero añadía después: «El adormecido y atrasado caracter del sistema existente, demanda cambios importantes para el acrecentamiento de la pública prosperidad.»

«El gobierno español, dice Jagor, se ha mostrado allí siempre humano, no solo por ser las leyes de Indias muy suaves, *casi mimosas* para el indígena, sino también por faltar las causas que en la América española motivaron sus crueldades, no obstante regir la misma legislación en una y otra colonia.»

«Al caracter de la original conquista, dice el ingles Bowring, y del prematuro gobierno regular de las Filipinas, se deben las dificul-

tades que ahora impiden se desarrolle este país... Los intereses comerciales predominaron entre los holandeses, y entre los aventureros ingleses siembre imperó también la inclinación al comercio, unida al deseo de ocupación territorial. A los españoles debe concedérseles que su sistema propio religioso, cualquiera que sea su valer, nunca ha sido olvidado.»

No es una creencia obstáculo al progreso económico, pero el ideal falso, el ideal exageradamente humanitario, y la dirección casi exclusiva en aquel sentido, han producido al fin este pueblo, con oropeles de cultura y ausencia de virtudes y energías.

«Los filipinos, dice Jagor, poco civilizados, adoptaron pronto las exterioridades de la nueva religión, y al propio tiempo las sociales de sus nuevos señores, despreciando las suyas por bárbaras é idólatras. Hoy cantan canciones andaluzas y bailan danzas españolas; ¡pero cómo! Todo lo imitan cual monos, sin comprender el fondo de las cosas, en cuya superficie solamente se fijan. Por eso son ellos y las producciones de su arte tan fastidiosos... Si se entra en la casa de un indio acomodado que hable español, nos recibe con las mismas frases de su modelo, pero se echa de ver en seguida que están mal aplicadas.»

El mismo resultado, tanta dulzura en nuestras leyes ultramarinas, tanta benignidad y mimo, que en el seno de la familia el indiscreto amor

y la golosina diaria; caractéres sin fibra y naturalezas encanijadas y enclenques.

No, la educación del niño y la educación de una raza, exigen alimentación tónica y fortificante; disciplina enèrgica, tutela diaria, acicate é impulso; el aguijón de la necesidad y el yugo del deber, la escuela del trabajo y la obligación del esfuerzo.

Tales son los pueblos productores y viriles. No pidamos tanto á estas razas inferiores, pero no contribuyamos por lo menos á afeminarlas más. Empecemos siquiera por encaminarlas en la dirección de sus aptitudes naturales y rudimentarias, y empecemos por poner artes y oficios en el lugar que hoy ocupan estudios profesionales y científicos. Hoy parece proyectarse algo en este sentido, en hora bendita sea.

«Si para las tareas serias y los profundos trabajos intelectuales, dice un testigo excepcional, el Sr. Lacalle, catedrático de la Universidad de Manila, no tiene (el indio) especiales aptitudes, se muestra diestro en el ejercicio de varias artes é industrias.» «Donde se requiere profundo pensamiento y cálculo, decía otro testigo competente, el Sr. Marcaida, no sirven; pero su disposición natural y sus tendencias, así como el estado presente de civilización entre ellos, dan muchas esperanzas para el porvenir.»

Esas esperanzas podrán ser realidad en determinado límite, el día en que leyes vigorosas

y vigorosamente aplicadas, hagan un pueblo serio de esta raza infantil; cuando á su influjo, el martillo y la lezna reemplacen á los naipes y el gallo, y el diario taller y el trabajo diario á la diaria holganza; cuando el órden doméstico y el bienestar sencillo, ganen la mano al derroche fastuoso y la vanidad despilfarrada; cuando una raza vigorosa y culta, sustituya aquí, por fin, á una emigración podrida y esquilmadora.

Pero cuando se alcancen progresos tales, transformación tan transcendental y benéfica, habrá desaparecido todo el espíritu blando y dulzòn que anima nuestra legislaciòn ultramarina; el ideal caballeresco, hijo de siglos de exaltaciòn ciega y candorosos entusiasmos, y más en contacto con la realidad práctica y las necesidades todas de la vida, habrá cambiado la *premisa*, y habrán cambiado también las *consecuencias*.

EL CAPITAN CLARO

XXII

EL CAPITÁN CLARO

El otro día recibí por el correo la siguiente epístola, escrita en correcta letra y limpia de deslices ortográficos: de la antenticidad no respondo.

»Señor de *Quioquiap,* español europeo, en Catlagán.

»Muy señor mio y respetablè amigo: Me han dicho que escribe V. cartas en un periódico español sobre cosas de esta tierra y de estos indios, y me dispensará V. le escriba la presente defendiendo á mis hermanos.

»Soy viejo, he visto muchas cosas, he estudiado algo y conozco bastante la gente y el país.

«Se queja V. en sus escritos de que esta tierra está muy atrasada, y en esta parte creo tiene V. mucha razón. Yo no sé cómo serán otros

paises, pero he oido que en la misma España hay caminos de hierro, cosa al decir maravillosa, y muchas carreteras, y muchas ciudades de piedra, y muchas *sementeras* por todos los campos.

»Pero, señor, ¿qué quiere V. que pase aquí con las obras públicas? Aquí no hay dinero para nada; el que se recauda todo va á Manila; no hay, pués, fondos ni para obras locales, ni para la provincia, ¿y sabe V. lo que pasa con los *polos* ó prestación personal forzosa, quince días al año?

»Pués, señor, V. lo habrá visto. Se emplean á veces miles y miles de jornales en remendar doscientas brazas de camino, en terreno como la mano, y al día siguiente se ve que los baches se han rellenado con fango y yerba, con un poco de arena encima para que no se vea; que á la alcantarilla medio hundida se le pone un remiendo de cañas, y en fin, que todo queda como estaba.

»¿Y todo por qué? Porque capitanes y cabezas hacen lo que quieren y no lo que Dios manda, y lo mismo hacen también los delegados del Gobernador, que aúnque muy patriotas, á veces no lo parecen; y el resultado es que de aquellos miles de jornaleros que figuran en la cuenta, sólo unos pocos se han empleado, y los demás se han eximido, dejando un buen puñado de pesos en los bolsillos de unos y otros.

»Por esto no hay caminos en Filipinas, ni

una mala carretera en todo el país, ni escuelas, ni hospitales, ni nada.

»¡Ah, señor Quioquiap! si los *polos* fuesen verdad, si se empleasen con conciencia estos millones de jornales, ¡cuántas cosas buenas podrían hacerse en esta tierra!

»Pero estos señores gobernadores bagos no saben nada y los gobernadorcillos no quieren. ¿Verdad que si en cada provincia mandase el General que se reuniese una Junta de españoles, de padres y capitanes pasados, que dijese al Gobernador qué caminos hay que hacer ó remendar, y luego la revisión de los jornales se encargase á varios individuos, ¿verdad que así se corregirían tantos abusos y adelantaría el país?

Nosotros, los capitanes pasados, no nos atreveríamos á decir nada, pero al lado de españoles, ya sería otra cosa. ¿No le parece á V?

Tambien se queja V. del indio, y de él dice usted que es flojo, haragán y descuidado. Pero, señor, ¿no ve que un trabajador cualquiera pasa el día con el arroz cocido en agua que cabe en las dos manos juntas; que para su casa le bastan un puñado de cañas, otro de yerba, y otro de bejucos; que su traje y el de sus hijos y mujer le cuesta una friolera, y que para pagar al cabeza su cédula personal, que es casi su única contribución, saca uno ó dos pesos cada cuatro meses de cualquier cosa?

»¿Pues, si no necesita más, para qué ha de trabajar?

»Nosotros mismos los indios ricos, capitanes y principales, gastamos bien poco en vivir. La gallera, las fiestas y el lujo; esto ya es otra cosa. Por ahí se nos va el dinero.

»¡Si nosotros tuviéramos estómago castila que nos pidiera alimento sólido y abundante! ¡Si tuviéramos además su afan de hacer dinero, su tesón para trabajar y ahorrar! Pero así como somos, nos hizo Dios y no se ve camino para otra cosa mejor.

»Pero, señor, con todos nuestros defectos tenemos también buenas cualidades, porque queremos y respetamos al castila, le ofrecemos á todas horas nuestra casa y cuanto hay en ella, y cuando el General de Manila necesita de estos soldados, pelean al mando de los valientes castilas, como lo han hecho en Joló, en Mindanao y Cochinchina. Sí, el indio filipino quiere, y más aún, respeta al español, se enorgullece á su lado, se llena de contento con sus obsequios.

»Otra cosa muy distinta pasa con los chinos; se nos come esta gente, y si no se les echa pronto, acaban con estas islas.

»Y no le quiere molestar más, señor; ¡pero cuanto me alegraría si viera puesta en el diario aquél de España, esta carta mía! Mucho se lo agredeceria su atento amigo y seguro servidor Q. B. S. M.—*Claro Tanagán.*»

Tan atenta carta, pensada y escrita al parecer, por un indígena de campanillas, merece á todas luces no menos atenta contestación:

«Amigo capitán: Tu carta es una *sementera* de verdades, y por esto y por ser tuya, la he leido con placer. Creo les pasará lo mismo á los que allá en España la lean en aquel diario.

»Dices que quieres defender á tus hermanos, y nada más laudable; pero no olvides que descubrir una llaga no es atacar al enfermo, antes bien es ponerle en camino de curación.

»De este bendito y hermoso país han escrito muy poco plumas españolas, y aun este poco ha sido en lenguaje de atenuaciones pulcras, tímidos peros ó apologías cándidas. ¿No estás cansado, amigo Claro, de escuchar frases como esta: «el rico, el espléndido, el opulento Archipiélago»? ¿No has leido en documentos oficiales, escritos en Manila y Madrid, que aquí todo es ya inmejorable; que vosotros los indios aspiráis á echar la pierna á las más adelantadas naciones, y que, en fin, Filipinas está ya á la altura de la más peripuesta potencia europea?

»Pues mira, amigo capitán, todas esas retóricas son como esos cestos de arena que arrojáis aqui sobre mal tapado bache, y como el arco de ramaje que colocáis sobre desvencijado puente cuando pasa el Gobernador. Se tapa la llaga, pero la llaga subsiste hasta que el enfermo agoniza.

»¿Y no es mejor, más conveniente para todos, decir la verdad desnuda y sin ambajes? ¿Y no es verdad, mucha verdad, que este país está atrasadísimo, que aquí, dados esta numerosa población y este inmenso territorio, no hay casi trabajo y producción, que aquí todo está por hacer, todo como Dios quiere?

»Cuando Magallanes y Legaspi descubieron y conquistaron, uno después de otro, estas regiones tan hermosas, España prohijó aquí seis ú ocho millones de indios, y por el pronto os envió misioneros para cristianaros, jueces para juzgaros y soldados para defenderos de chinos y moros. Y todo esto de balde, sin pediros un céntimo hasta estos últimos tiempos en que pagais una miseria.

»Pero hoy ya las cosas todas han cambiado. Aquí no se sabe en qué siglo se vive; pero allá, este siglo se llama siglo de las luces y los intereses materiales, y porque se llama así, hay que trabajar y hay que aprender; hay que ejercitar las manos y la cabeza.

»Vosotros, capitán, en punto á trabajo, no habeis llegado al aprendizaje y al aprendizaje en todas partes se llega por la fuerza. ¿No llevas tú á tus hijos del brazo á la escuela? Pues esto es lo que no ha sabido hacer todavía España: cogeros del brazo. ¡Ay; aquella matrona altiva es aquí abuela bonachona, y aquel leon terrible, falderillo manso!

»¿No empleas tú cada día el bejuco con tus

obreros y pastores, tus colonos y criados? ¿No empleaste en tus años de Gobernadorcillo el bejuco y el cepo? Pues no he pedido yo tanto, pero sí algo más eficaz que esos castigos aislados; algo más conducente al progreso general.

»Vamos á ver, capitán, dices tú, y dices muy bien, que manejados con conciencia esos millones de jornales al año que representa la prestación personal del indio pobre, podrían hacerse en Filipinas muy buenas cosas. ¿Y no es verdad también que aquí os viene á todos el año muy ancho, que os sobra el tiempo por encima de la cabeza y que por lo mismo la provincia podría hacer cosas muy buenas con otros quince días de trabajos públicos y cosas muy buenas también cada localidad con otros quince dias? Pues por aquí podría empezar vuestro aprendizaje.

»Pero vuestra redención no puede realizarla la España oficial, única casi que aquí ha venido; elemento artificial y postizo que no lleva á ninguna parte sangre caliente y abundante, energias é impulsos.

»Estos milagros los realiza en todas partes la inmigración metropolitana, el contacto de razas superiores, que unas veces barren y otras se asimilan las inferiores y estancadas! Porque no lo olvides, amigo Claro; en toda la redondez del mundo, solo donde hay caras blancas hay trabajo y riqueza, fuerza y luz.

»La inmigración, pues, es vuestra redención

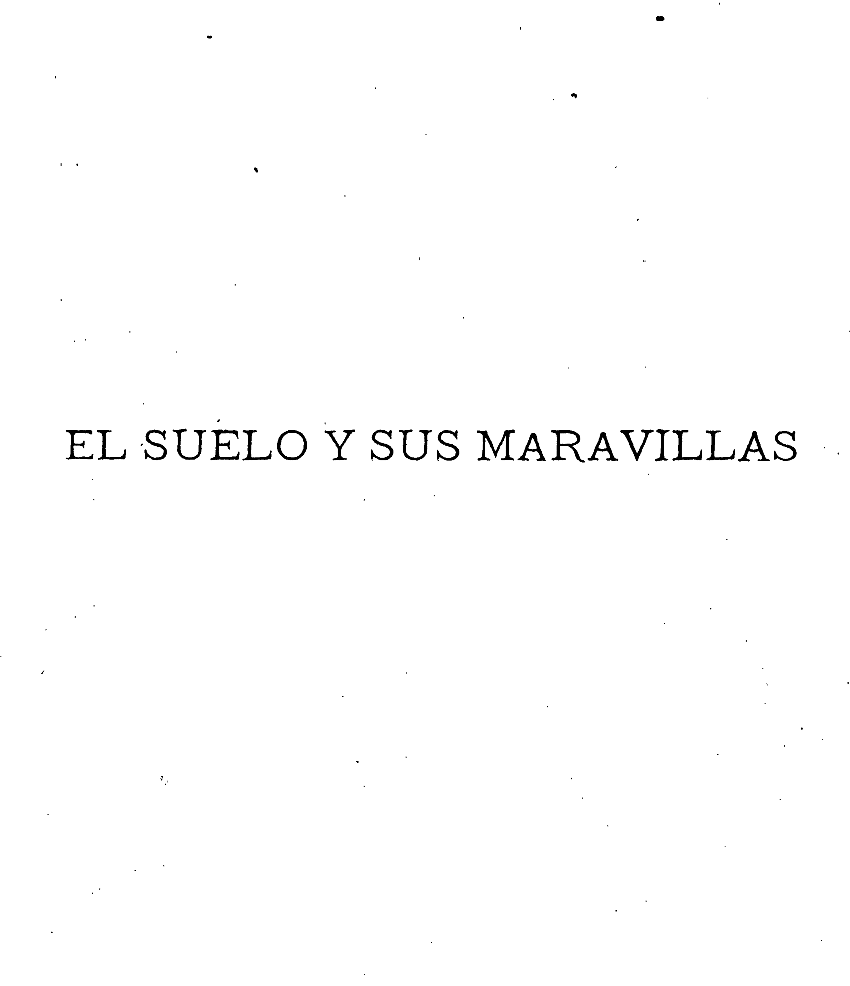
única y de este paraiso en bruto, y por eso vosotros los indios, debeis desear, fomentar y pagar, la llegada de muchos españoles á esta española tierra, españoles que, como en América para aquellos indios, serian para vosotros aquí, enseñanza é impulso, y por las leyes misteriosas del cruzamiento, llevarían á vuestro apelmazado organismo físico moral ese otro misterio de la selección, que extiende la ley divina del progreso á los senos más hondos de la vida.

»Pero saliendo de estas honduras, hay ante todo que atajar, como tú dices, la irrupción china; langosta y pedrisco, peste y perdición de esta tierra. Y así ya, amigo Claro, ya los españoles nos entenderíamos con vosotros, porque eso sí, como tú afirmas, perezoso y descuidado es el indio, pero obediente, respetuoso siempre, agasajador y rumboso á veces con el castila.

»Pues bien; todo esto poco más ó menos, y en una ú otra forma, es lo que yo he dicho de esta tierra y esta gente. ¿Tan malas son todas estas cosas? Abierto queda para todos el palenque de la publicidad; que descienda á la arena quien guste.

»Y adios, amigo y sobresaliente capitán; no sé si en el diario aquel de España se publicarán tu carta y mis comentarios, pero lo que si puedo asegurarte es que te quiere de veras este tu amigo, Q.»

EL SUELO Y SUS MARAVILLAS



XXIII

EL SUELO Y SUS MARAVILLAS

Forman el Archipiélago filipino mil y trescientas islas, pocas más, pocas ménos. Todavía no ha podido hacerse un recuento exacto, y constituye esta formidable explosión de tierras, una superficie de trescientos cuarenta y cinco mil kilómetros cuadrados.

«Nuestra Nación posée, por lo tanto, en la Oceanía, dice el señor Jimeno Agius, dominios cuya extensión superficial excede á la del Reino Unido, á la de Noruega y á la de Italia; y entre las islas que constituyen tan importante colonia, las hay, como Cebù, igual en superficie á la provincia de Gerona; como Negros, mayor que la de Almería; como Mindoro y Leyte, mayores que Puerto Rico y poco menores que la provincia de Lugo; como Sámar, igual á la de Lérida; como la Paragua, mayor que la de Sevilla, una de nuestras provincias más exten-

sas; como Mindanao, poco menor que toda la Andalucia, como Luzon, en fin, que es mayor que la isla de Cuba, mayor que Portugal, doble que Grecia, tres veces la Suiza y bastante mayor que Navarra, Aragon, Cataluña y Valencia reunidas.»

Si un día, pues, el suelo pátrio quedase agotado esterilizado é inservible, aquí encontraría nuevo hogar la famila española; aquí podría sentarse holgadamente al banquete de la vida.

Y el día de este absurdo geológico, encontraría compensación á las amarguras del destierro, en las grandezas, en las maravillas, en las esplendideces de esta tierra, porque «únicamente comparándola con la que debió cubrir la superficie terrestre en el periodo carbonífero de la época de transición, dice un catedrático de Manila, el señor Lacalle, podrán los lectores formar idea aproximada de la esplendorosa flora filipina, superior por muchos conceptos á la que crece en los continentes. Ni las riquezas vegetales de la India, ni las bellísimas especies americanas, ni el pintoresco conjunto de la producción europea, pueden llegar hasta las manifestaciones de un reino tan maravillosamente fecundo...»

«Precisa recorrer estas dilatadas zonas, donde innúmeras especies vegetales cubren la tierra de perpétuo verdor, para estimar la valia de este mundo que tantas riquezas esconde en sus dominios.»

«¡Cuantas veces, dice el inglés Bowring, en su estimable libro acerca de nuestra colonia oceánica, cuantas veces, cruzando por entre la multitud de islas del Archipièlago, se presentaron ante mis ojos la sombra de Malthus y los terroríficos fantasmas de su filosofía! De esas risueñas comarcas, bañadas por el mar, cuántas hay que no ha hollado todavía el pié del activo europeo, cuán pocas han sido todavía bien exploradas y ménos aún se hallan habitadas por razas conocedoras del poder creador del trabajo!

«Y sin embargo, ahí están cubiertas de espléndida vegetación, encerrando en su seno tesoros de minerales y una gigantesca fuerza productiva en su superficie; ofreciendo la variedad de climas inherentes á las planicies y las montañas, regadas por fecundantes lluvias, iluminadas por el hermoso sol de los trópicos que madura los frutos, surcadas por rios y canales naturales para su conducción, con puertos para los buques; ofreciendo, en fin, alicientes para todas las empresas industriales, y sin más población que cinco ó seis millones de habitantes, cuando puede sustentar diez veces más, sin perjuicio de ofrecer al mundo sobrantes sin medida de sus frutos.»

«Pocos paises del mundo, dice el alemán Jagor, son peor conocidos y ménos visitados que las Islas Filipinas, y sin embargo, ninguno más ameno de recorrer que aquel Archipiélago

tan prodigiosamente dotado por la Naturaleza, que apenas en otro alguno puede hallarse igual tesoro de objetos desconocidos.»

Pero las maravillas de esta naturaləza gigantesca sube de punto en estas selvas vírgenes, portentos de vegetacion. Así las describia, pocos años hace, nuestra Inspecciòn de Montes, en la Memoria presentada en la Exposición de Filadelfia, y nada más puede añadirse á lo dicho por el inteligente instituto.

«Excede, dice, á todo encomio la riqueza y variedad de la vegetación filipina. Siendo relativamente muy pequeña la parte del suelo reducida á cultivo, cubren todavía, aún en Luzón, gran parte del interior y de la contracosta, inmensos bosques cuyo suelo asombra por las gigantescas proporciones de los árboles que lo constituyen y por la diversidad de las especies botánicas de que se componen.., Cuando se penetra por vez primera en uno de estos bosques, el ánimo se suspende ante el espectáculo de esos gigantes vegetales de dos y tres metros de diàmetro, cuyas cimas se pierden en el espacio, formando una inmensa bóveda de verdura.»

«El suelo dotado de una fertilidad asombrosa, hace brotar las plantas por dó quiera, y con tal abundancia, que solo con el auxilio del hacha es posible á veces abrir paso por entre ellas. Recubiertos los troncos de innumerables parásitas, se ocultan bajo su verde

vestidura, y las colosales lianas que trepan por ellos, los enlazan entre sí, formando vistosas guirnaldas, por las cuales saltan y corren con pasmosa agilidad, ejércitos enteros de monos.

«Cuando el viento agita con sordo murmullo la bóveda de follaje, al cual se une en extraño concierto el chasquido de cañas colosales y el ronco graznido del *cálao* que anida en las altas cimas de los árboles, siéntese el hombre pequeño ante la grandiosidad de la Naturaleza que le rodea, y como temeroso de haber sorprendido sus secretos, surge en él irresistible impulso de abandonar tan sombríos lugares.»

Tal es esta tierra filipina como Dios la hizo, y vírgen se conserva á las avaricias del hacha y el arado.

Debió resonar aquí con doble energía, en las soledades tranquilas de este mar gigante, el *fiat* creador, que no basta el milagro comun que engendró el planeta, á explicar las magnificencias todas de este paraiso, partido en constelación esplendorosa de millares de islas, para aparecer así más hermoso y más grande.

Riveras del Darro y Betis, del Arno y Tiber, frescas y enramadas montañas del Cantábrico, paraceis tristes y desnudos yermos, decalvadas rocas, miradas desde estas llanuras ahogadas de vegetación, donde árboles gigantes besan sus copas á través de los rios; donde el

toro y el caballo se pierden y desaparecen entre la grama de estas praderas inmensas, y donde los bosques seculares se precipitan sobre el Océano, cayendo sobre las olas en cascadas de verdura.

Todo es aquí grande, todo descomunal y gigantesco; solo el hombre es pequeño, el hombre el único pigmeo; y los que á la tribu privilegiada pertenecemos, los que aquí gozamos de la primogenitura de la especie, y llevamos en la frente la centella del pensamiento, sentimos como humillada nuestra majestad de reyes ante las soberbias de esta naturaleza bruta.

No; nosotros no somos aquellos mismos que allá en regiones de naturaleza ménos brava, fundan ciudades espléndidas, encarcelan ríos en artificiales cauces, allanan valles, perforan montes, hablan con el relámpago y viajan con el huracan. Débiles aqui cual flacos niños, los rumores de los volcanes nos intimidan, cualquier tronco detiene nuestra marcha, cualquier arroyo corta nuestro camino, y abrumados bajo el peso de grandeza tanta, el ánimo sobrecogido cree escuchar en el rumor de las selvas ó en el bramido de los vientos, la voz de Jehová, cuando arrojó al desventurado Adan de las mansiones del Eden.

¡Perla española del Pacífico! Cuán grande será tu hermosura cuando á las maravillas de tu gigante flora se unan las maravillas

del humano espíritu! Cuando sobre tu vegetación esplendorosa arroje la civilización su espléndido manto!

Quiera el cielo que estos pobres escritos sean siquiera grano de arena del futuro templo.

EL FILIPÓN

XXIV

EL FILIPÓN

¡La influencia del mundo exterior, la obsesión del medio! Si fuera yo filósofo, ¡qué de disquisiciones podría enjaretar, dentro de los límites indecisos aún de esta ciencia novísima de la formación y transformación del carácter moral, con aplicación á tipos *etológicos* que este clima y esta manera de vivir engendran, y se tropiezan en Filipinas por todas partes!

El incomparable Trueba, con ese naturalismo ingenuo y delicado, limpio de inmundicias exóticas, presenta en parte muy principal el tipo de un *filipón* americano, en su tierno y sencillo cuento *La Resurrección del alma*, el cual, tras largos años de existencia sin com-

bates y sin luchas, muerto el corazón, viudo de afectos hondos, y muerta la inteligencia, privada de luz y de combates, llega al patrio suelo y al dulce asilo de la natal aldea, fría y petrificada su naturaleza moral, esqueleto vivo sin más vida que la inferior del organismo,

Obra exclusiva de esta peculiar y especialísima vida ultramarina, porque, por encima de todo, corren en estos dulces climas el tiempo y la vida con tanta uniformidad y suavidad tal, que aquí no hay estaciones ni años, y ni el año ni la existencia tienen aquí invierno.

Por eso en este paraiso abrumado de sol y de verdura, lo mismo se viste, se come y se vive en Julio que en Enero, y lo mismo se baila y se galantea á los veinte que á los sesenta; pero todo con cierta característica y acentuada frialdad, que contrasta con los ardores del clima.

Y sucede, además, que todo el caudal de actividad, de energía, de impresionabilidad que de España importa cada individuo, lo despilfarra en los primeros años. ¡Qué de arrebatos, qué de ímpetus en el *bago!* ¡Qué de afán, qué de entusiasmo reformista! ¡Qué de choques y rozamientos estériles con estas petrificaciones tropicales!

Pero al fin, ó abandona estas tierras el que no puede aguantar, ó si se queda, aquel manojo de nervios irritados y tirantes van reco-

brando calma, hasta que á fuerza de calma se adormecen y sucumben. Aquí no hay nervios. Este es el primer contagio de estas razas apelmazadas, y este contagio moral es la célula protoplásmica que encierra y germina y hace brotar al *filipón*,

Añadid á esto que nuestro héroe es hombre de buena salud y de caracter alegre de nacimiento; que no dejó allá en el patrio suelo, al transplantarse á estas tierras, raices hondas, afectos vivos, vínculos estrechos de sangre; que no tiene quizás padres ó los olvida; que no tiene hogar, que no tiene hijos; nada, en fin, que sea para su alma enérgico imán.

Y en circunstancias tales, y con la no despreciable, por añadidura, de un bueno y seguro sueldo oficial, sin comprometidos cargos, ó una fortunilla asegurada sin gran combate, nuestro hombre se amolda fácilmente, se arrellana y tiende sobre este colchón de blanda pluma, y mira pasar los dias y los años sin más trabajo que la digestión, ni más preocupación que el próximo convite ó el bailecillo del domingo.

Y después de esto, que no le hable nadie mal del pais y que nadie trate siquiera de reformarlo. Esta es su única fibra sensible. Filipinas es el mejor de los mundos imaginables, y el indígena casi, casi el tipo del hombre perfecto. ¿Que le roban sus criados? También roban en España. ¿Que son sucios y descuidados? Ya aprenderán. ¿Que vuelca ó se

atasca su carricoche en un bache? También los trenes chocan y descarrilan. ¿Que el país está atrasado de piés á cabeza? En cambio aquí no hay revoluciones ni partidos, se vive tranquilo y se duerme á pierna suelta.

¡Santo varón! Vivió así veinte, veinticinco ó treinta años; vió pasar los días y los meses mansamente, metido en la concha de una existencia uniforme; dentro de un horizonte siempre azul; en la estrecha atmósfera de una vida sin sucesos, sin movimiento, sin contrastes y sin ruido, y el universo para él se resume y condensa todo entero en su dorada jaula.

Dónde sobre todo se siente el filipón del todo satisfecho, alegre y retozón, y casi, casi á dos dedos de la gloria celestial, es en compañía de distinguidas *babaes*, en femenina tertulia, en plática dulce y sabrosa con *principalas* ricas y colegialas recién salidas.

Las horas muertas se le pasan, entre soliloquios á ratos sobre auditorio mudo; entre chispeantes diálogos con el indispensable *usted cuidado, lisongero usted también, no diga eso, qué humor tiene usted* y otras frases del país de *esprit* igual y sal y gracia idénticas, y sazonado todo por nuestro hombre, con despilfarro heróico de flores retóricas y cigarrillos de Cagayán.

Hay gentes que dicen que intimidad tanta no está limpia de pecado. Yo sacudo la pluma y arrojo de mi toda sospecha pecaminosa. No,

el filipón habrá tenido sus historias en esta tierra de historias tan fáciles, diarias y corrientes; pero hoy por hoy, se contenta á veces con tomar *buyo* y mascar y escupir á ratos y á compás con las encopetadas *principales*.

También baila, á pesar y á despecho de sus veintinueve años de país, y otros tantos por lo ménos de allende los mares. El baile es otra de sus tentaciones, y por eso se le ve siempre en la primera habanera y el postrer rigodón, pasear muy soberanamente su repeinada cabellera y su sobresaliente abdómen, por entre el jardin florido de listadas sayas, ceñidos *tapis* y relucientes chinelas.

Otro de sus flacos es el padrinazgo. Casó la mitad por lo mènos de las *capitanas* de la comarca; sacó de pila la otra mitad de futuros *capitanes* y ninfas en agraz ó en sazón, y este parentesco espiritual le da autoridad y prestigio entre la aristocracia de camiseta y chinelas, y hasta le produce amor entrañable entre su grey, mientras pueda, sobre todo, dispensar favores, proporcionar recomendaciones, perdonar multas, y entre algunos pesos y *cavanes* de arroz, repartir consejos, elogios y tabacos.

La falta de recomendaciones con las autoridades españolas de la provincia, ó la falta de pesos, es un pecado que no se perdona entre estas gentes. Un *castila* pobre es aquí la última palabra del credo; ni *castila* es siquiera.

En la historia de España marcha nuestro

hombre un cuarto de siglo á la cola, y por una ilusión extraña, que le hace ver en aquel mar hirviente la inmovilidad de este limbo, suprime los pasados lustros: separa del tiempo aquellos *mal llamados años;* anuda con la actual la fecha de su partida, y habla muy frescamente, como de cosas frescas, de Narvaez y Espartero; de las cuerdas á Leganés y la milicia nacional; de Cúchares y Romea; de la fonda de los Andaluces y las galeras de Cuenca.

Hasta imagínase á veces, con placidez calmosa, contemplar todavía la niña aquella de sus estudiantiles amores, fresca aún como los claveles, de su ventana, y parado á voluntad el reloj del siglo, en años floridos y venturosas horas, relata, como cosa de ayer, aquel escopeteo diario de volcánicos suspiros y perdurables juramentos.

¡Almas heridas, corazones lacerados en estos rudos é impíos combates de la vida, venid á esta tierra, dejad ahí memorias y esperanzas, amores y deseos; arrancad de entre las vivas carnes las hebras todas de los irritados nérvios; meteos de rondón en la oscura concha de una existencia semejante, vecina de la del roble ò el adoquín, á tres mil leguas de los recuerdos penosos, y todo el planeta entre el ayer y el hoy!

Cuando el cielo implacable vomita cóleras, y se mira el presente sin consuelo y el porvenir sin esperanza; cuando los acontecimientos com-

binados por modo diabólico se conjuran contra el esfuerzo, y el azar, el acaso, lo incógnito, levantan contra el deseo las barreras del imposible, ¡ay! ¡entónces, en horas tales, quién pudiera aplatanarse, quién pudiera convertirse en filipón!

EN BANCA CON EL DOCTOR C.

XXV

EN BANCA CON EL DOCTOR C.

¡Carreteras y caminos, puertos y canales filipinos! Allá os reclama á voz en grito y con tenacidad un pueblo vivo, os idea un cuerpo facultativo competente, os contrata una empresa, os paga un presupuesto y os entretiene y conserva un personal idóneo.

En esta tierra, obras públicas, correis por cuenta y riesgo de capitanes y polistas, ó lo que es lo mismo, caeis entre las manos de la pereza, la desidia, la incompetencia, la mala voluntad y la filtración y el soborno.

Por estos caminos jamás llegará Filipinas á un buen idem.

Y no lo olvideis, dioses del Olimpo manileño, al paso que la cosa vá, la cédula de sexta clase se merienda muy pronto á sus her-

manas menores y de inferior *catundan*. Y entónces no habrá en todo el Archipiélago un polista para un remedio y no habrá ya ni este mísero remedio para tantos males como lloran á duo, paisanaje y país.

Mi doctor y yo encontramos no obstante el remedio en playas solitarias.

Aquí en estos puertos al natural que una comarca espléndida circunda y á dos pasos de la capital, no hay recurso humano para un viaje á la europea. Ni lancha, ni bote, ni barco de vela, ni lancha de vapor, ni nada, en fin, de todo aquello que allá abunda; pero hay barotos, báncas ó cánoas.

Allí nos espera el nuestro, encallado en la arena, batiendo perezosamente las aguas salobres con sus largas batangas.

Es tosco y primitivo como invento del país; es deprimido, escurrido y angosto como la inteligencia que lo dió á luz; es lento como alma de indio y es frágil como virtud campestre.

Ahora á bordo, doctor, y vamos á estudiar bién la manera de acomodarnos en nuestra flamente embarcación. Así. Puesto que no es de gran tamaño, llene V. con la suya la popa del barco y yo aquí á sus piés veré de amoldar mi cuerpo como Dios me dé á entender.

Pero esa rodilla es mal vecino, doctor, se clava aquí en mi costado. Yo en cambio en justo desquite clavo el codo izquierdo sobre su muslo derecho.

Ensanchémonos un poco, pero con cuidado. Al menor esfuerzo cae al mar la obra muerta. Es de bejuco y yerba.

No se apoye mucho á estribor, doctor amigo; se tuerce la nave y es fácil un vuelco con batangas y todo.

Ya sudo yo de fatiga, pero al fin trás no pocos esfuerzos y posturas, la estiva está hecha, casi, casi como á golpe de maza. Por fortuna queda libre para la respiración el fuelle del tórax.

Así cargaba almas para el infierno aquel barotero de las nevadas barbas, y asi cargan en Galicia sardinas en barril.

¡Oh baroto, contemporaneo de Adan y primo hermano del lecho de Procusto. Eres el chisme naútico más destartalado de todo el globo terraqueo!

¡Oy, remeros, en marcha! y los remos se mueven lentamente, pero la fragata casi no dá señales de vida: ¿Ni cómo? si allá afuera cuelgan cinco ó seis varas de tosco palitroque y aquí dentro apenas llega á un palmo el extremo del remo?

Si tuviera aquí el Ganot os leería, remeros, el capítulo relativo á la teoría del juego de las palancas. Y os quedariais tan frescos por supuesto.

Más provechosas serán para vosotros y para el viaje esas dos ollas colmadas de morisqueta que ahí sobre la proa diviso. Son las carbo-

neras de nuestro *steamer*. ¿Cuantos kilográmetros representarán?

La termodinámica establece ecuaciones entre combustible y calor; calor y fuerza, y fuerza y velocidad. ¡Pero váyase usted á estas alturas con música de ecuaciones!

Ya salimos por fin de la baja y pedregosa rada de Bacon, y arrimado á las verdosas riberas, toma el baroto el rumbo al O. lamiendo casi las ramas de la orilla.

Es animal de querencia. Por eso es aficionado á rios y lagos, y cuando su mala estrella lo coloca sobre aguas saladas, nunca tira mar afuera; siempre por el contrario se arrastra junto á los lugares de su infancia, acariciando las faldas de la montaña ó de su madre la selva.

Por cierto que á mi no me disgustan tanto amor pátrio y ternura filial tanta, ni la línea retorcida, como mal pensamiento, que sigue, porque á venir medianamente las cosas, con cinco ó seis botellas de lo tinto y medio jamón gallego que guarda la cesta de provisiones, ya se podría aguantar una noche entre esos matorrales de la vecina costa.

¡Y que riberas tan espléndidas! ¡Cuanto abacá, cuanto café y cuanto cacao podría salir de estas faldas y collados, si la vírgen fertilidad tuviera á su lado á su esposo el trabajo!

Esta doncellez triste es la que no ven los que allá desde España entonan himnos á la

producción filipina, á la riqueza agrícola de estas comarcas.

¡Y que vegetación tan fastuosa! No cabe en el suelo y se encarama en la parásita sobre troncos y ramas y las parásitas á veces llevan otras encima.

Tambien esta sociedad filipina tiene tres humanidades sobrepuestas. Sobre el indio el chino, y sobre los dos el europeo. La segunda es la parásita.

¡Malo, doctor! El cielo de repente llora, el viento sopla y el mar levanta oleaje. ¡Firme, remeros! Fuerza á esos remos, fuerza á la salida. Ahí vá esa botella de tinto y á bogar con alma. Pero nada; apesar de vino é interjecciones igual marcha é igual compás.

Repare V. esos rostros, doctor. Ni un signo de energía, ni una señal de impaciencia, ni un músculo contraido. Por eso, por eso, no avanza nuestra nave y por eso no avanza el país.

Este Luzón es un baroto con batangas y todo.

Y la colla sigue, sigue el chaparron y nuestras extremidades inferiores y superiores toman un baño á tabo, porque no es posible hacer del cuerpo un ovillo para meterlo entero bajo la toldilla de nipa, diminuta y aplastada como nariz indígena.

Y para alivio y consuelo ahi al frente se descuelga, Dios sabe de donde, largo promontorio con su contera de rocas y rompientes.

—¿Cómo se llama eso, piloto?

—Punta de Diablo, señor.

—Ya me olía yo que andaba por aquí este caballero.

Pero los hombres para las ocasiones; y en esta ocasión mi doctor se arranca animoso de su asiento de caña, se agarra á un remo, y el baroto avanza al empuje de la sangre europea, y los escollos son salvados y el buque entra bien pronto en las mansas aguas del opuesto lado.

¡Pobre doctor! Si Justiniano levanta la cabeza reniega de la Instituta. No pudo sospechar ver á uno de sus hijos convertido en galeote. Y lo peor fué que las manos resultaron llenas de ampollas. En quince dias imposible redactar un pedimento.

Y á todo esto van ya cinco horas de navegación y lo menos faltan otras cinco, porque el seno de Legaspi es más largo que cuenta de chino.

Por fortuna ahora viene una maniobra que no conocieron Colon y La Perouse. La tripulación á tierra, un cordel á la batanga de babor, y el manso baroto echa á andar paciente y resignado como llevado de la oreja.

Otra maniobra poco después. Un palo como un cirio clavado sobre el puente, y de su punta una estera cosida á una caña. La estera tiene cada agujero como un pecado mortal y por estos agujeros se escapa lo ménos la mi-

tad del viento. Pero la cosa está bien calculada, pues con la otra mitad hay suficiente para una marcha de ocho horas por milla.

Por fin, ¡loado sea Dios! Legaspi al frente con todos sus pantalanes. A tierra, y acabóse con felicidad nuestro redondo viaje. Ni que hubiéramos dado la vuelta al mundo.

Un consejo lector, para terminar: No camines jamás en Filipinas ni por atolladeros en penco, ni por mares en cánoa antediluviana.



EL DOCTOR BLUMENTRITT

XXVI

EL DOCTOR BLUMENTRITT

Es persona de gran ilustración y de no menor afecto á esta tierra y esta gente filipinas.

Pero á fuera de españoles, ni uno solo de cuantos allá nacimos ó de allá procedemos, cede la delantera al docto alemán en cariño sincero á esta tierra y esta raza españolizadas.

Por mucho ménos que este Archipiélago espléndido, por una roca solitaria en los desiertos del océano, rugió de cólera España entera, y todos sus hijos se mostraron decididos, en memorable día, al sacrificio horrible de una lucha de titanes.

Es si, muy de agradecer en un extranjero tanto afecto leal á este pedazo de la Pátria; es muy digno de aplauso este sentimiento que con un extranjero nos confunde; pero amor,

cariño, simpatía y entusiasmo, no son obstáculos para diferencias de juicio, de criterio y conducta.

¿No has presenciado, lector, más de una vez, discusiones animadas entre padres amantísimos, acerca de la oportunidad relativa á un progreso indumentario del dulce pequeñuelo?

Pués esta es la primera y capital cuestión que con aquel doctor me separa, como separa y divide también la opinión aqui y allá.

Unos, entre ellos Her Blumentritt quieren que á Filipinas se la vista ya de largo; otros, y en última línea yo, opinamos que es pronto, que todavia el niño es niño y como á tal hay que vestirlo y tratarlo.

No hace muchos meses, leía asombrado en un periódico de la Península, estas ó parecidas palabras: «Filipinas ha logrado ya progresos tales, que es preciso llevar allá todos nuestros derechos, todo el organismo político y administrativo, toda la Constitución.»

Algo así quería decir años atrás un centro administrativo, cuando afirmaba con toda formalidad que el Archipiélago estaba ya á la altura de los pueblos cultos.

Y algo así dice también, ó quiere decir en cierto escrito contra mi enderezado, el aleman Blumentrit.

Pues no, no y no. Ni esto es aquello, ni esto se parece á aquello, ni la criatura puede andar ya sola y sin andadores.

Y decir esto, y repetir esto, y pregonar esto, en todos los tonos, y en todos los estilos, y por todos los medios, es difundir luz, es propagar verdades, es destruir prejuicios, es disipar errores, es ahuyentar sombras y es dar criterio, norte y norma allá arriba donde se forja el rayo ó se formula el decreto.

Ni por ver y pintar así las cosas filipinas, hay motivo racional para mirar como de Filipinas enemigos á los que formamos al otro extremo, en el Antártico de aquellos optimismos un tanto ó un mucho cándidos é inocentes; como nadie llama enemigo al cirujano que descubre la llaga é introduce la sonda.

Y es llaga capital del país esa adinamia fisiológica y anímica de la tribu pura autóctona, base y fundamento de esta sociedad, que hace consumir existencias entre la nada de un desperezo y la casi nada de necesidades primarias por modo primitivo satisfechas.

Esa ausencia de resortes internos que mata al exterior toda radiación de vida.

Ese individualismo solitario que niega la simpatia de comunes ideales, la trabazon y engranaje de servicios y cambios, necesidades y aptitudes, convirtiéndo en muerta suma este cuerpo social, allá organismo viviente y poderoso.

Esa carencia casi total de vocaciones y energías, que crea la monotonía en la colectividad, borrando categorías y clases, borrando

toda escala social, allá marcada por rasantes de inteligencia, de educación y de fortuna.

Esa pasividad casi absoluta que convierte en lago estadizo y muerto esta masa humana, allá océano en perpétuo movimiento, por tempestades, corrientes y mareas.

Ese indiferentismo por el porvenir y la vida que consiente casi sin queja, junto con la flecha envenenada del igorrote, septicemias parasitarias.

Esa reducción, en suma, del ente humano que traduce afuera su pequeñez, por miniaturas de actividad y conatos de redención.

Y porque falta todo esto, y porque falta aquí la raiz y fundamento de todo organismo social, hay que importar, hay que traer de fuera ese factor, ese motor primero, *alma mater* aquí abajo, de todo movimiento, toda fuerza y toda vida.

Y ese elemento cuya ausencia crea aquí el vacío, traería aqui como ha sucedido en todas partes, el milagro de una resurrección.

Traería energías en primer término, para arrancar á esta potente naturaleza el denso sudario que la envuelve, el sudario de brozas y matorrales.

Y esta naturaleza, despierta de su secular letargo, mostraríase regocijada y agradecida á la visita del humano espíritu, cargada con los dones de Céres y Pomona.

Y la riqueza traería el general bienestar, y

el bienestar traería maravillas de la industria, maravillas de organización y maravillas de progreso.

Que el espíritu es rey que al desplegar sus alas exige un trono de la materia bruta, y por eso mismo, no busqueis jamás al rey pensamiento entre agrestes campos, en míseros tugurios y famélicos cuerpos.

Aún traería otra cosa superior el ejército de la inmigración; traería la redención de esta familia humana, que si hoy no se convierte en sumando con nosotros, á pesar de los mandatos de la ley civil, siempre convencional y artificiosa, convertiríase, tiempo andando, por leyes y mandatos más hondos, por las leyes ineludibles de la fisiología.

Por que es evidente que no cabe suma entre cantidades heterogéneas, pero es evidente también, que la homogeneidad brota al fin en la naturaleza viva, por ministerio de la multiplicación.

Y será error, pero somos muchos los que opinamos así, los que leal y honradamente creemos que no se infunde impulso y vida á una colectividad estadiza, por la acción sola de leyes y reglamentos que pasan rozando apenas la epidermis, sino por la infusión de nueva sangre; como no hay reacción en química, sino por la afinidad, amalgama y digestión de superiores elementos.

La América entera desde el Canadá á las

praderas del Plata es una lección y un ejemplo. Cuba y Puerto Rico son para nosotros un ejemplo y una enseñanza más inmediatos.

Y perdone el doctor Blumentrit, y perdonen los que como él opinan: nada sin embargo, siempre y constantemente, más lejos de esta pobre pluma, que la ofensa voluntaria á colectividades ó indivíduos.

EN GLOBO

Al Excmo. Sr. D. Victor Balaguer

XXVII

EN GLOBO

Al Excmo. Sr. D. Victor Balaguer.

Tuve hace algunos años la alta honra de conocimiento pasajero; tiene V. E. grande afecto á esta tierra, y por casi amigo y casi filipino, me he decidido á estampar aquí su nombre, y me atrevo á recomendarle estas líneas y aún á suprimir tratamientos.

Sin embargo, y dicho sea muy alto; ni de cien leguas la ofensa más leve. No, no han de negarse respetos en el Capitolio á aquel á quien se reverencia en el Parnaso.

Pero son muy desconocidas, don Victor, en España, esta tierra y estas cosas filipinas, y si para conocer una raza ó un pueblo, es forzoso descender á su seno, pasar largos dias en contacto íntimo, y respirar, por decirlo así, su propio aliento, para conocer la tierra que ese pueblo ocupa y domina, es forzoso tambien recorrerla en parte importante por lo ménos, y tomar nota de sus rasgos más salientes y característicos detalles.

Mas penetrar por estas tierras filipinas y discurrir y vagar por su seno, es empresa agría y difícil; es obra casi de titanes, y porque así es la cosa, hagamos viaje tal en alas de la imaginación, ó con aquel globo cautivo, si le place, desde el cuál vió el insigne Julio Verne tantas cosas reales y positivas, mezcladas á ingeniosas patrañas, en el misterioso Continente africano.

Nosotros dejaremos á un lado patrañas, y examinaremos y anotaremos en nuestro viaje aéreo tan solo la realidad severa, tal como ha sido en parte vista, y tal como se ha pintado en cien escritos y relatos, todos fidedignos y veraces.

Solo queda, pues, el cautivo globo, como recurso inocente de imaginación; embarquémonos y emprendamos, sin más prefacios, un viaje de exploración á vista de pájaro, por estas luzònicas comarcas.

¿Vé V. en primer término, don Victor, esa

masa compacta de verdura, esa explosión de vejetación gigante, que, ahí, desde la honda cañada, sube pendiente arriba, corona las cimas y cae por el opuesto lado con igual lujo y abundancia?

Es una selva virgen, y como esa que á nuestros pies se extiende, las hay á cientos por todas partes. Dédalo inmenso, intrincado y oscuro, en donde no penetró jamás planta europea. Este Cuerpo de Montes, que por oficio y más hondas cualidades es competente en la materia, dijo en Filadefia, que causa pavor penetrar en estos laberintos, y que la naturaleza humana queda como anonadada bajo el peso de tanta grandeza de la naturaleza bruta.

¿Vé V. más allá, otra extensa selva, ménos densa y apretada, por cuyos claros y desmoches humean hogueras, y se divisan chozas salvajes arrimadas á enormes troncos vivos?

Esas chozas son el domicilio y esa selva los dominios de un pueblo soberano que niega y rechaza nuestra autoridad, alza sobre el pavés soberanos propios, y combate todos los dias á nuestros súbditos, los roba y asesina. Y de estos cosoberanos y copropietarios hay muchos en el mismo Luzón, tantos que forman como un rosario de cuentas negras y negros misterios, desde las cordilleras de Cagayan al Norte, hasta casi las estribaciones del meridional Mayon.

Por esto, cuando por allá se diga; España dueña de Luzón, hay que responder; no, con-

dueña solamente, en sociedad de pueblos desnudos y príncipes en cueros.

¿Vé V. ahora, dando más extensión á la mirada, por todo el espacio de esta isla reina, y por las que allá hácia el Sur son como acompañamiento y cortejo, entre océanos de vejetación, breves claros, por donde asoman labores y desmontes?

Es la agricultura filipina; oasis de un Sahara; ni un décimo del territorio; un puñado de hectáreas, entre sobre *veinte y siete millones* de terreno muy ventajosamente cultivable.

¿Y distingue V., no lejos de esos cultivos, retorcidas sendas, y por una de ellas perezosa y desmadejada carreta, unas veces marchando por barrancos y pedregales, y otras por fangales y atolladeros; y allí cerca también, profundo embrozado rio, y por él la canoa antidiluviana?

Son las vías de comunicacion, por las cuales lleva sus frutos el agricultor, ó al mercado de la ciudad vecina, ó al embarcadero de la vecina costa.

¿Y esa costa, salpicada de puntas, arrecifes, bajos y escollos?

Repare V. bien; en toda ella solo casi alumbra al marino el faro intermitente de la luna.

Allá entra ahora un pequeño vapor de la navegación de cabotage, en honda ensenada donde parecen dormidas las aguas de este pacífico Océano. Y sin embargo, antes de dar fondo tiene que bailar mil contradanzas, tiene

que tomar mil precauciones; tira por fin, el ancla donde le parece, amarra cables y cadenas donde puede, y arrima la popa á un armatoste en punta de troncos en crudo, obra del armador, y postes á medio clavar. Ese es un puerto filipino.

¿Distingue V. ahora, mirando otra vez al interior, una raya blanquecina que se retuerce en barrancadas y charcas hondas, se interrumpe al márgen de manso rio, ó de mediano barranco, por culpa del hundido puente ó del puente en proyecto hace cien años, para continuar despues entre atolladeros y fangales?

Es una carretera filipina, tormento de vehículos y suplicio de caminantes. En tiempo de secas hay que atravesar esa carretera casi á saltos; en tiempo de aguas casi á nado.

Sigamos con la mirada esa llamada carretera, y más adelante, distinguiremos, ó entre más claras arboledas, ó á la orilla de un rio, una série de manchas amarillentas levantadas dos dedos sobre el suelo.

Son el caserío de una ciudad filipina, á veces con pergamino y todo. Allí á un lado la Iglesia; mejor la tiene cualquier villorio de allá. Más léjos, un caseron con centinelas á la puerta y un asta de bandera clavada más arriba; por su aspecto y conjunto especie de mesón de aldea.

Es el palacio del Gobierno. Allí reside el re-

presentante de la alta Ley y la altísima Pátria, allí está España y allí está el Rey.

¿Y aquél otro caserón pintarrajeado, con escudo sobre la puerta, zing ó palma por techo y tablas descosidas por paredes?

Es la casa del Ayuntamiento ó tribunal. De allí sale ahora un indio rascándose las nalgas con ambas manos. Es que le han hecho justicia. Y detrás de él sale un *castila* particular con cara avinagrada. No hay en todo el pueblo más fonda ni mesón, y ha pasado en el tribunal una noche toledana.

¿Y ese cobertizo vecino del tribunal, de techo de yerba, sin puertas ni ventanas, desmantelado y sucio?

Parece cuadra; pues no señor, es la escuela.

El hospital no se vé, ni aún en la capital de la provincia; pero lo que si se distingue bien, aún desde estas alturas, es esa hilera de tenduchos, chatos y ahogados que llenan las mejores calles con mil trapos y baratijas.

Son esos tenduchos cazadero de... *non ragionar di lor*, pero...

Ellos nos chupan el jugo
y nos limpian los parnés.

¡Y cuantas, cuantas cosas más podriamos ver, de continuar el viaje! Pero con lo visto basta para conocer un poco esta tierra y ver todo lo que la falta; todo lo que hay aún que hacer en ella para convertirla siquiera en algo presentable y decente. Y ahora, vuélvase V.

á la lejana Córte, vate insigne y político eminente, y perdone la molestia, y perdone si en esta ficción y este relato, hubiera para V. la sombra más leve de descomedimiento.

LA AGRICULTURA FILIPINA

A. D. T. M.

XXVIII

LA AGRICULTURA FILIPINA

A. D. T. M.

Tiene V., mi buen amigo, sobrados méritos para ser uno de los elegidos; y tengo yo sabrada amistosa confianza, para dedicarle estas líneas.

Si pues, sus largos y excelentes servicios en la enseñanza agrícola lo trajesen á esta tierra, para aquí sembrar luces, métodos y procedimientos científicos, tal vez ni aún para V., que tanto ha enseñado, holgarían las enseñanzas de un práctico.

El contacto diario con la realidad dá siempre caudales de experiencia, por más que á veces falte á esa experiencia el alto sentido de legítima interpretación. Aquí, sin embargo, esa interpretación es sencilla, por que aquí, amigo mio, en punto á todo lo

que con la industria reina se relaciona, estamos visiblemente en los comienzos, en el primer rayo del alba, en el primer vagido del infante, y casi, casi, en el feto.

«La inteligencia humana, dijo el inolvidable Monlau, sucediendo á la potencia creadora, llegó á desembrollar un segundo cáos, y de una naturaleza vírgen, pero estéril, hizo surgir una segunda naturaleza florida y productora. Así es como de un globo cubierto de páramos y lagunas, plagado de insectos y reptiles inmundos, hizo el hombre una tierra colmada de mieses, esmaltada de flores, exuberante en frutos y poblada de animales útiles.»

«¡Cuadro sonriente!, decía años atrás aquí persona de larga permanencia y grandes aficiones agrícolas. Nosotros podriamos oponer otro bien diferente del aspecto que presenta este Archipiélago. El caballo ha desmerecido, el toro desmerece, el carnero se pierde, el cerdo degenera, el carabao se estaciona y el perro se inutiliza y hace peligroso. El arte de domesticar, de cazar, de pescar están en la infancia. No se ha sabido todavía sacar partido del cultivo vejetal. Las transformaciones no se presienten siquiera; los cruzamientos se ignoran; los abonos, ingertos, podas, acodos se desconocen... No se ha desembrollado aquí el segundo cáos todavía, y de una naturaleza vírgen y fecunda no se ha hecho una natu-

raleza florida y productora. Así es como este Archipiélago cubierto de bosques, de lagunas, de esteros; poblado de insectos y de reptiles inmundos y peligrosos, permanece casi en el primitivo estado.

Falta inteligencia que dirija el trabajo; falta trabajo que secunde á la inteligencia.»

Tal es la Filipinas agrícola, amigo M. fotografiada al natural. Y por esto, la enseñanza que gobernantes amantes de esta tierra y esta gente importaron recientemente, tiene que empezar aquí por nociones primitivas y antediluvianas.

Minerva tiene que achicarse aquí hasta el nivel del más rudo gañan, y arrinconando libros y discursos, tiene qué empuñar azada, pala, hoz y podadera, y decir á los neófitos: asi se cava, así se riega, así se estercola, así se siega, así se ingerta, así se poda.

¿Sabe V., amigo M., como se cava en Filipinas? Con la punta del machete (a) *bolo* en diminutos cercados á la puerta de la choza. ¿Sabe V. como se riega? Vertiendo el agua sobre yerbajos del país, con media cáscara de coco.

¿Sabe V. como se estercola? por medio del gallo cuando se escapa y hace lo que se supone. ¿Sabe V. como se ingerta y poda? Cortando el árbol por el pié.

¿Sabe V. como se siega el arroz, con ser aquí el arroz alimento casi único del pueblo y

tener más importancia en el general consumo que en España los cereales del pan? Pues «en las provincias más cosecheras se siega todavía espiga por espiga, con un pedacito de caña de treinta centímetros de largo por cuatro de ancho, perdiendo el labrador la tercera ó cuarta parte de la cosecha.»

Esta caña se ha trocado en algunos sitios en diminuto hierro sujeto á diminuto palo, y en las provincias más adelantadas, todavía el arma de Ceres es no más, tosco é ineficaz ensayo.

¿Y el cultivo del aquí indispensable grano? Una superficial labor donde se dá, y cuando viene la lluvia, un campo encharcado, y sobre la charca ó un rastrillo de madera ó un rebaño de carabaos, y tras los carabaos turba de mujeres y chicuelos, clavando el plantel, en fibras, sobre tres dedos de lodo; y adios cultivo, adios, hasta la cosecha si llueve, ó hasta que vayan por allí á devorar las plantas los sueltos y errabundos domésticos animales.

El molino descascarillador, un mito. Se golpea el arroz en grandes morteros de madera; se rompe la mitad del grano, y el que se rompe y el que no á la perola, para convertirse con agua en la bazofia insipida de la morisqueta.

Por eso la Cochinchina francesa nos inunda; y por eso ya en Filipinas, se come, casi en absoluto, arroz de importación.

El de la caña, aùn en sus dias de esplendor, un cultivo rudo por demás en manos del indio dueño de pedazos de á hectárea; algo más esmerado bajo la dirección del *hacendero;* pero planta de regadío, no se riega, ni aún en fuertes sequías; planta esquilmadora, no se abona ni aún en agotados terrenos.

Y luego, el aprovechamiento industrial, un cùmulo de absurdos, que dan por resultado pérdida enorme del preciado jugo, y un producto mercantil que recorre una escala de matices, desde el amarillento de la ceniza al negro del hollin.

¿Y el café que tanta riqueza podía dar al país? El vivero, con frecuencia lo forman las semillas perdidas al pié de los arbustos; ciertos cuidados indispensables en la infancia, y luego un matorral sin más trabajos de podas y labores.

¿Y el abacá, el rico filamento hijo exclusivo de esta tierra y su producto hoy de más valor y superiores rendimientos? Se aclara un bosque, cortando por donde es más fácil ciertos arboles; se amontonan las ramas secas al pié de otros, hasta que el fuego los chamusca y mata; y en aquel semi-bosque y sobre aquel duro, primitivo suelo, salpicado de negros postes como las admiraciones de un libro, allí, entre troncos y ramas, se planta el vivaz retoño, con la punta, á veces, de aguzado bambú.

Luego, el machete corta las trepadoras una

ó dos veces al año, y á los tres se cortan las pencas, se rascan con la cuchilla, y el obrero se lleva la mitad.

¿Y las huertas? Huerta no existe en Filipinas. Algun chino que no ha encontrado todavía el agujero de un tenducho, cultiva por temporada media hectárea á la salida de tal cual pueblo de numeroso vecindario.

¡Pero que diferencia, amigo M., con esa balumba de verduras que cada mañana invade las poblaciones de ahí! En una de más de treinta mil habitantes y de las más ricas del Archipiélago, examiné yo cierta mañana los dos cestos que, pendientes de un palo sobre el hombro, contenían todo el abasto de familia tanta. *Trece* manojitos de cebollas como garbanzos; *nueve* de berzas como el puño, y *diez y siete* lechugas como las berzas.

Y es que aquí no hay producción, pero tampoco consumo. ¡Si viera V. lo que cada familia consume! ¡Si viera V. cómo y con qué viven! No entro en explicaciones, porque me llamaría V. embustero. Ni quiero tampoco entrar en explicaciones acerca de la bárbara fertilidad de esta tierra. ¡Aquí si que vendrían sobre mí calumnias de hiperbólico!

Que esa enseñanza, que un cuerpo sobrado de ilustración y conocimientos vá á inaugurar en Filipinas, logre aquí ensanchar cerebros, engendrar ambiciones, ahuyentar soñolencias, sacudir modorras, mover brazos, despertar ne-

cesidades y en suma, crear aquí abajo, un pueblo con tensión de afanes en el alma y tensiones musculares en el organismo, hasta colocar en altos, profanos altares, la desconocida Céres y la aún más desconocida Pomona!

Amen, amigo M., y un cariñoso abrazo.

LA ALDEA FILIPINA

XXIX

LA ALDEA FILIPINA

«Es necesario beber en las fuentes de provincias, decía semanas atrás un estimado colega; allí es donde el problema de Filipinas aparece con toda su majestuosa desnudez.»

Y esa desnudez majestuosa ó sin majestad, aparece bien desnuda en efecto, ante los ojos de quien, ó curioso visitante ú ocioso *tourista*, ó persona llevada por el acicate de un negocio ó por el apremio de un deber cualquiera, cruza caminos, atraviesa veredas, salva rios ó barrancadas, y allá, no lejos de la llamada, por mal nombre carretera, á orillas de arroyo ó lago, ó al borde de sementeras, distingue por fin, así como un poblado; breve paréntesis de

selva, puñado de chozas sembradas como al acaso entre plátanos y cocoteros, entre anchas praderas y solares embrozados.

La soledad os rodea y el silencio os envuelve.

Algo así describe el poeta al describir aquellas regiones de perpétua penumbra, donde la vida dá solo imperceptibles látidos, privada de excitantes é impulsos; donde ni el dolor llora ni el gozo rie, y donde jamás resonaron ni himnos de bienaventurados ni maldiciones de precitos.

Tales son estos campestres nidos de población, para el castila particular que los visita; para el solitario inmigrante, para el desventurado colono que como tal, no cubre su cabeza galoneada gorra, ni guarda en los bolsillos de la moruna órdenes y credenciales.

Que si el huésped lleva consigo la vara mágica de autoritarios signos, ya se abren puertas á su paso, caen *salacots* y se doblan espinazos de principales. Y si la modesta, galoneada gorra se trueca en baston de mando, y aquel conato de autoridad en autoridad máxima de la comarca, ¡oh! entónces, resuenan murgas, ondean percalinas, aparecen negras chaquetas y sayas pintadas, y todas las puertas se abren, y todos los ruidos despiertan.

Es por esto Filipinas, y son por esto todas sus aldeas y ciudades, el paraiso de la burocracia. Porque aquí, es veneración el respeto,

la obediencia sumisión, el acatamiento puja de servicios, la demanda súplica, la queja quejido y la reclamación *reclamo*.

Pero tú, lector extra-oficial, eres *nadie* como yo soy *ninguno;* una cara blanca que se ostenta desconocida por estos campos; un nombre de pila y un apellido patrióticos guardados allá en un tribunal, de seguro entre irreverencias ortográficas; y más allá, en otro centro superior, confundido, con no menor irreverencia, entre cientos y miles de pronunciación exótica, y por eso no hay ruidos á nuestro paso, no hay banderolas ni cabezadas.

A las puertas de la aldea, tres ò cuatro carabaos nos reciben, paciendo tranquilos la abundante yerba de la vía pública; pero á nuestro paso suspenden un momento su banquete, nos miran como ofendidos, empinan el hocico, echan atrás las orejas, se encogen de hombros, y parece que se dicen con su incesante movimiento de mandíbulas: esta gente no es de nuestra tierra. ¿Qué traerán por aquí estos peleles?

A la revuelta de un cercado de cañas, se inicia una así como calle, rota y descosida á trechos, y formada, ó sin formar, por retorcidas hileras de chozas, por cuyas estrechas ventanas asoma alguna ella de asustado rostro, y algún él de anchos piés, desde antes de nacer reñidos con el zapatero.

Allá viene ahora una plaza, y en ella un caseron de tabla con escudo en puerta. Tres

ciudadanos hacen al parecer centinela puestos en cuclillas. Son alguaciles ó cuadrilleros. Nos miran así como sorprendidos, fijan en nuestras estampas los adormecidos ojos, como buscando algo más que narices y piel blanca; se alzan como en desperezo á nuestro paso, y vuelven á caer sobre los talones con impasividad de autómatas.

Tiremos ahora por esta calle de la izquierda; pero la misma soledad y el mismo silencio. Todo duerme el sueño de los justos. Solo de aquellos sótanos ó de aquellas embasuradas plantas bajas, viene vago rumor. Es cacareo de gallos de pelea y alguno que alza el idem en repiqueteado quiquiriquí.

Más alto levanta el suyo aquel ciudadano de la tiendecilla, único despierto entre tanto durmiente. Vende aguardiente de coco á hombres y mujeres, y trapos y baratijas á mujeres y hombres, y él es ya el amo del lugar. Nos mira y se sonríe. si también se reirá de nosotros?—*Adios, suya.*

¿Y ahora, por donde echamos? ¿A donde nos dirigimos? ¿A que puerta llamamos?

¡Ay! pacienzudo lector, también allá hay aldeas; vete á ellas de un vuelo, pensamiento; pero en aquellos campos y aquellas huertas, en aquellas vegas y aquellas vertientes, se ara y se cava, se canta y se rie, se charla y se jura. Y al eco de los campos, responden los murmullos del poblado; la charla en co-

cinas y patios, donde discuten, riñen ó rezan las vecinas; el canto de la moza que gorjea amores ó despide epigramas; el martilleo del yunque que allá en la herrería remeda pulsaciones del trabajo, y el chirrido de cepillos y garlopa, que desde la inmediata carpintería parece que contesta al eco de amiga voz. Y allá lloro de niños, y allá grito de vendedor callejero, y el campanilleo de la récua que pasa, y el sordo ruido del carro que sale, y por allí no lejos, tal vez casino lugareño; y el médico, y el abogado, y el notario y el farmacéutico... Mas aquí, lector, silencio y soledad, y vacío por todos lados. Las sombras del polo y las sombras del limbo... Pero no, allá por fin, se descorre una persiana... allí asoma una cabeza... allí saluda una mano blanca...—Buenos dias, caballeros.

—Buenos dias, padre...

La única voz, la única caricia, el único consuelo, el único abrigo, la única luz y el único corazon.

LA NOVELA FILIPINA

XXX

LA NOVELA FILIPINA

Á DESENGAÑOS. (1)

Con toda el alma lo siento, pero no puede ser.

Y no es tan solo, ni siquiera principalmente, que á ello se oponga la conciencia íntima de mi propia flaqueza, ni que falten en mi alientos de novelador, ni por último, que mi mirada interna, distinga tan solo átomo de luz en lo que V., mi buen colega, ve foco brillante á través de simpática lente.

Tiene la novela carácter esencialmente objetivo y plástico; es trozo de un gran contenido; parcial aspecto de una grande, viviente realidad, y es por tanto y muy fundamentalmente, algo así como eco, reflejo y repercusión.

Por eso la novela es como la historia; primero se hace, despues se escribe.

---

(1) Pseudónimo de escritor ingenioso residente en el país.

Viene de lo alto la inspiración, es como la luz de otro Sinaí; trae consigo ese intenso saber mirar y ver de que hablaba el gran Goethe; pero no es voz de Jehova autora del Génesis. Pobre criatura, necesita con todas sus excelsitudes, medio ambiente donde moverse y materiales apropiados para su obra.

No pidais, pues, maravillas pictóricas al pincel del paisajista, con el pié forzado del desolado páramo ó el desnudo erial. No pidais milagros de arquitectura, al liso, monótono y revocado fronton.

La Anatomía descubre en la masa encefálica del infante, una superficie pulimentada, despojada de toda esa madeja de las circunvoluciones, que son, en ese comercio íntimo de la materia y el espíritu, como canales del pensamiento y asiento de las varias y contradictorias notas características de la naturaleza moral.

Sea lo que quiera, es evidente que sí, por sección tanto etnológica como geográfica, redujéramos colectividades humanas á condensaciones cefálicas, medio planeta ó media humanidad mostraría á la autopsia la sencillez monótona del cráneo infantil.

Son dos grandes cosas, datos importantísimos, aun en cuestiones de arte, la Geografía y la Etnología.

China es el primer pueblo que logró en la historia, organización política y social, y China, con todos los siglos acumulados de su historia,

no ha llegado todavía y tal vez nunca llegue, ni á la *tragodia* griega ni al entremés castellano.

Como hay un ecuador terrestre, hay tambien otro ecuador antropológico; y hay sobre el planeta dos humanidades: la humanidad de las selvas y la humanidad de la historia, dinámica y en evolución constante la una, adinámica y estática la otra.

Quien no vé esto, no vé lo primitivo y elemental.

Y el arte literario, el de carácter externo y sintético; la novela y el drama principalmente, son fuerza y movimiento, movimiento y fuerza que de las energías de la colectividad reciben y al océano social devuelven.

¡Que grande error el de los Luises franceses al exceptuar al Parnaso de su férrea coyunda! ¡Que insigne error el de Napoleon el Grande, cuando al destruir la primera francesa, se burlaba candidamente de la república de las letras!

Porque más que nada, el arte en sus manifestaciones, todas en la literaria principalmente, es como aquella columna de fuego que guió al pueblo israelita en el desierto, columna de fuego y luz que guia á los pueblos viajeros en esa larga peregrinación, de la cueva neolítica á París.

La ciencia es luz indecisa y vaga cuando recoge . datos é inicia leyes; luz brillante cuando deja problemas resueltos, pero desapa-

cible y fria. El arte, que le sigue, es resplandor é incendio; es reflejo intenso y fulguración violenta.

Todavía aquí, no léjos de nosotros, se distinguen las huellas primeras del gigante viajero, en esas cosmogonías y esas teogonías, esa filosofía y esa literatura prestigiosa, madre del paganismo entero, que en los misteriosos valles del Indo creó allá arriba el sagrado Valhalla, con sus dioses y sus génios, con sus sábios y sus bienaventurados, y allá abajo la sociedad de las castas, con sus brahamanes y sus kátrias, con sus excépticos y creyentes, con sus poemas maravillosos y sus templos gigantescos. Y el rio desemboca su cauce en las llanadas del Eúfrates, y allí brotan imperios guerreros y ciudades espléndidas; la espléndida Babilonia, donde todavía se mira sobre los rotos muros de ladrillo, la figura severa de aquella reina terrible debeladora del Asia, y á sus piés, todavía abrazados y llorando, á Píramo y Tisbe, esa personificación, primera en el tiempo, de los idílicos amores. Y el misterioso Egipto despues, con sus esfinges y sus símbolos, sus misterios hieráticos y sus ciclópicas tumbas. Y á su lado, el pueblo escogido, el pueblo revelador de la unidad divina, con sus sacerdotes y sus patriarcas, sus vírgenes y sus profetas, sus altísimos ideales y sus ánsias eternas, sus grandezas y desventuras. Grecia más allá, siempre

camino del sol, con su inmortal Olimpo y su Parnaso aún más inmortal; con sus muchedumbres de patriótas y sus coros de artistas; con sus poetas y sus génios, su maravillosa historia y su lastimera caida. Caida no; que su alma toda se encarna en Roma, el pueblo mónstruo, la ciudad centro de la historia y *alma mater* de la humanidad, que hace postrarse al mundo ante sus muros, no para escuchar á sus tribunos terribles ni sus dulcísimos poetas, no para recibir el yugo de sus dictadores ni para aplaudir barbáries de sus fieras coronadas, si para recibir de lo alto, como rocío del cielo, la sangre regeneradora del mártir de los mártires. Sangre divina que abre las puertas del cielo y funda en la tierra la fraternidad humana; y la tierra se convierte entonces en Calvario inmenso, el Calvario de Vírgenes y confesores que ascienden al cielo coronados de palmas, como núncios allá arriba de la victoria decisiva en la tierra, cuando la victoria corona al fin esfuerzo tanto, y santos y doctores, apologistas y concilios, obispos y pontífices, modelan la sociedad humana en más sólido cimiento y con más altos ideales. Y brota entonces ese laberinto misterioso y oscuro de los siglos medios, océano en tempestad; cuando los bárbaros inundan aquellos nidos de nacionalidades incipientes y chocan dos humanidades, y luchan y se despedazan, hasta reconciliarse y fundirse al pié del monasterio y al pié del

castillo, á la voz del obispo y á la voz del magnate. Edad, sobremanera prestigiosa del trovador y la dama, el gótico templo y la misteriosa abadía, la fé ardiente del cruzado y la protesta tenebrosa del pechero, que abrió las puertas á otra era más grande, á la gigante edad moderna, con todas sus potentes dilataciones del humano espíritu y del poder del hombre; con sus grandes movimientos y sus grandes concentraciones; con sus inventos portentosos y sus aún más portentosos descubrimientos, con sus navegantes y sus sábios; con sus potentes nacionalidades y sus potentes pueblos; con sus príncipes en alto trono, y sus muchedumbres agitadas, hasta llegar á las tempestades terribles de las revoluciones contemporáneas.

¡Cuanta vida, cuanta grandeza, cuanto movimiento, cuanta luz y cuanta maravilla en ese que mi tosca pluma describe en corrido, boceto, rio portentoso de la civilización universal!

Pero ese rio, desde el alto Bólor ó el inaccesible Himalaya, marcha hácia occidente, y aqui á sus espaldas, á espaldas de la historia, en el extremo oriente, dejó colectividades, restos de humanidad, masas humanas, dormidas en la inacción; sin movimiento y sin camino, sin evolución y desarrollo; en el sueño de la infancia y en el regazo de la naturaleza. La humanidad de la selva, la hu-

manidad de la masa encefálica en superficie lisa, la humanidad en fin *innovelable*.

Porque, ¿quereis ensayar en este lado del planeta el género literario de más alcance quizá y de más devoción entre las gentes? Pues, renunciad á todo ese espléndido legado de la historia, y no vengais aqui, porque están cegadas las fuentes, no vengais, sin citar otros ciento, los Cooper, los Dumas y los Fernandez y Gonzalez.

¿Quereis escribir aqui, y para aqui, y con elementos de aqui, el género hoy marcado con potente sello de actualidad; la novela social, realista ó de costumbres?

Pues como en el tiempo no hubo movimiento, os faltará movimiento también en el presente, y os faltará por tanto, el carácter de marcado relieve; el resorte de vigorosas pasiones; la lucha entre elementos vários; el antagonismo entre factores diversos; el contraste entre humanos tipos; os faltarán, en suma, esas energias individuales y colectivas que dan vida, calor y entonación al sinbolismo, y dan al conjunto sentido universal.

¿Quereis hacer novela forzando la realidad, modelando carácteres con patron extraño, é infundiendo á la creación color y vida exóticos? Pues, cometeis una falsificación; la falsificación de Atalas y Renés cuya viviente realidad nadie ha visto, ó la otra falsificación que ya se ha dado, de Julietas y Romeos

de allá, él en pantalones de dril y ella con camiseta bordada y saya de cola.

¿Quereis reproducir el idilio tiernísimo de Saint-Pierre, para desarrollar en esta tierra espléndida la trama sencilla y conmovedora de aquellos célicos amores, que empiezan en infantiles juegos para acabar en la tumba de los bambués?

Pues importais exótica joya para engarzarla, no más, en el marco de oro de esta naturaleza tropical.

¿Quereis, en suma, ensayar aqui la novísima novela científica, descriptiva y ambulante? Pues os dará un Julio Verne sus doctores omniscientes y sus capitanes intrépidos; sus marinos de roble y sus ingleses de hielo, metidos todos en el vehículo de barco ó globo ó montaraz locomóvil, pero el drama quedará allá dentro, y aquí fuera se proyectará tan solo raya de luz sobre espesas sombras.

De todos modos, la novela autóctona, indígena y local no parece, porque...... *innovelable*, amigo *Desengaños*, *innovelable*.

Es que sobre el dato etnológico fundamental y decisivo, son nuestras sociedades vivas de allá, algo así como conjunción de sangres y condensaciones de historia.

Hay más. Si en la creación esencialmente lírica, en las expansiones de la oda, fuera del lazo de estilo é inspiración, el factor personal queda como aislado de la obra,

ó concíbese á lo ménos entre ambos solución de continuidad, en la creación de carácter externo y representativo, obra, autor y realidad simbolizada forman como un todo indivisible y armónico; forman como un organismo vivo, en el cual el artista es pieza de la máquina, factor activo del conjunto y como célula engranada en la totalidad viviente.

Autor y caractéres son, pues, hermanos en una misma vida, una misma complexión moral y una sola idiosincrasia; carne, uno y otro, de su carne, y hueso de sus huesos.

¿Habeis visto á algun inglés hacer novela genuinamente francesa ó á algun ruso hacer novela española?

¡Si á lo menos pudiera entablarse con esta realidad viva que nos circunda, los fraternales lazos que con los escritores todos tan deferentes con este pobre solitario, me ligan, con V. especialmente, querido *Desengaños!*

NO ES MAL SASTRE

XXXI

NO ES MAL SASTRE

Ni me lo han contado, ni es aborto de mi fantasía. Lo ví yo mismo, lo ví con estos ojos que se ha de tragar la tierra.

Y por cierto con no escasa satisfacción interna, porque satisfacción causa siempre el descubrir enlaces y correlaciones, conjunción y correspondencia en este caso, de lo que descubren y formulan á un tiempo la esperimentación sostenida y la observación paciente por un lado, y el grito interior por otro que arranca, aún á inactivo pensamiento, la avasalladora realidad.

Será para algunos cosa baladí, y para otros pecaminoso proceder; será para el *bago* motivo de protesta ardiente, como será para el *matandá* ocasión de blanda queja y arti-

ficiosos distingos; para quien de conocer el problema intacto y vírgen de esta colonia se precie, la cosa tomará las proporciones de rumbo y norte, procedimiento y solución.

Hay cosas, pequeñas en sí, que toman en sus relaciones, importancia y trascendencia, como una sección mínima dá la órbita de un astro, y un diente y una uña reconstruyen una especie.

Y ello fué que ví hace algun tiempo, y en población filipina cuyo nombre importa poco, tropa numerosa de hombres, cuatro ó seis mil lo ménos, ocupando de madrugada plaza espaciosa, enclavada entre el tribunal y el convento por sus dos lados adyacentes, y por los otros dos, tiendas de chinos y viviendas de castilas.

Y era de ver aquel tropel, aquella masa humana formada en hileras á lo largo de la enyerbada plaza, y era de oir el repique incesante en estruendoso redoble de hierros mil golpeando otros hierros, mientras por delante de las filas paseábase grave y magestuoso un capitan, que más bien parecía general, seguido y acompañado de todo el estado mayor de tenientes, jueces y alguaciles.

—¿Pero qué diablos es todo esto, me preguntará el lector, lo mismo exactamente que yo pregunté curioso al castila, mi acompañante, amigo y anfitrion?

—Es una órden dada hace ocho dias por

el Gobernadorcillo por sí y ante sí, y hoy es la revista ó inspección para cerciorarse del cumplimiento é imponer castigo á desobedientes ú olvidadizos.

—Sepamos, pues, la órden esa que algo debe de tener de original á juzgar por este espectáculo.

—Cosa sencilla, sin embargo, pero aunque sencilla en sí, no deja de tener su filosofía, ni dejará de ser á todos provechosa. Ya habrá observado V. y si no lo ha observado lo verá fácilmente á poco que mire, lo parco y sencillo que es el natural en punto á instrumentos y herramientas, aún los más indispensables para las necesidades de la vida diaria. Parece que nace con el *bolo* en la mano, y que el *bolo* ó *sundan* para todo le basta.

Y resulta de aquí que, cuando se busca un simple obrero para cualquier operación, este se presenta con solo su histórico cuchillo; cuando á trabajos públicos se le envía, se presenta en desnudez igual; y por fin, aún cuando de los trabajos de siembra y recolección se trate, aquel inconvente es obstáculo magno para algo provechoso á obrero y propietario.

Por esto dijo el capitan al pregonero hace ocho dias, y el pregonero al público á son de tambor. «Todos los indivíduos varones y tributantes se presentarán en la plaza el dia tal, »llevando consigo, para ser revisados, los ins»trumentos siguientes: dos bolos, uno para cor-

»tar maderas y otro menor para remover la »tierra y escardar en pequeños cultivos; una »azada ó legona, una hacha y una especie de »pala estrecha para acequias y plantaciones.»

—Previsor es este capitan sin duda alguna y conocedor de su gente.

—Sí, señor, sí; es buen sastre.,. y la cosa es clara. Ejército de obreros sin herramientas, como ejército de soldados sin armas.

—Pero ¿y esa música, ese repique de hierros con hierros?

—También tiene su *intríngulis*. Venderían con facilidad suma estas gentes sus instrumentos de trabajo, ó los empeñarían, ó se los jugarían; y para evitar esto, á cada instrumento se le pone ahora á cincel y martillo el número de la cabecería, en el pueblo, y el número del indivíduo en la cabecería, y ¡ay del dueño forzado de la herramienta que en trabajo público ó privado se presente sin su arma propia y apropiada á la faena!

—Veo, amigo mio, que es un grande hombre este Capitan.

—No señor; es lo más un hombre que aquí, en el bajo suelo y en contacto diario con la diaria realidad, vé y toca sin esfuerzo lo que desde lejos necesitaría catalejos y telescopios. Ya sabe V. además aquello de «no hay peor cuña...»

—Pero este hombre será aquí aborrecido por despótico y tirano.

—¡Cá! no señor; todo lo contrario; es querido en cuanto cabe, y es obedecido y respetado; porque el natural se vé en el espejo de esas disposiciones, y las encuentra muy en su lugar, muy conformes con su modo de ser y de vivir. Y hay más; hasta entrevé en esos mandatos y esos rigores vigilancia y protección tutelares, que allá á su manera agradece y estima.

—¡Pueblo original!

—Pueblo que no se estudia, pero cuyo conocimiento, en lo que tiene de peculiar y característico, es el *a, b, c,* de la Antropología, porque es sencillo y de lineamientos francos como todo lo incomplejo, y es elemental como todo lo primitivo.

—Tiene de todos modos una cualidad estimable; su voluntad es blanda como cera.

—Sí señor, pero, como la cera, de impresiones que se borran, y de aquí la necesidad manifiesta de una blanda presión contínua. ¿Vé V. esas herramientas de trabajo? Pues si el año que viene el nuevo capitan abandona la política paternal de su antecesor, al año que viene ya no queda aqui una azada ni una hacha para un remedio.

Ni quedará uno tampoco, si no es por milagro de este suelo fertilísimo, ni uno solo de esos *cien* cafetos, *cien* cacaos y *cien* coteros que ha mandado también el Capitan, á cada vecino, plantar en esos terrenos que

son como antesala unas veces y corral otras de las viviendas.

—Eso más?

—Sí, señor; y también ordena en el tiempo oportuno los semilleros de arroz, y la construcción de presas y canales, y hasta manda trabajar con arados del país.

—Pues, á este paso, no hay remedio: el pueblo sale pronto de apuros y miserias.

—Como que aquí, si no riquezas y fortunas, porque Dios hizo esto así, no debía de haber por lo ménos ni un pobre, con todas sus setenta ú ochenta cabecerías. Porque, vea V.; apenas criados, esos cafetos y esos cacaos dan con creces para pagar cada familia todos sus impuestos, y luego, entre arroz, abacá, caña y otros productos...

—Lo dicho, es un grande hombre este Capitan.

—No tanto: es el buen sentido rayano del instinto; es la inspección interna de si mismo reflejada en sus hermanos y es la fuerza de la costumbre, la tradición secular, con más fuerza en esta raza de lo que se sospecha, que conserva en el seno de la familia, y aún en la vida local, restos varios del patriarcado de las selvas; institución que vive latente en el seno de cada agrupación, y brota, como en este caso, lozana y vigorosa, al esfuerzo pasajero de una iniciativa.

Así, nuestro hombre, desde el momento en

que empuñó el baston de mando, el cetro de la tríbu, miró en el rebaño de sus administrados una familia, y extendió á la masa comunal su gobierno doméstico, ó, lo que es lo mismo, metió en el círculo de sus leyes domésticas la colectividad entera.

Mezcla todo esto de autoridad tiránica y protección paterna, si señor; pero si los pueblos no se gobiernan con principios absolutos sino con modificaciones, como dijo un gran político; y si la política, en cada momento y en cada lugar, tiene que ser concordancia y acomodamiento del ideal con las inflexibles necesidades de la realidad viviente, yo, pese á quien quiera, aplaudo y defiendo como ministerial devoto y entusiasta, la política y el gobierno de nuestro capitan, los aplaudo y los defiendo con toda el alma.

Y yo, amigo mio, por no ser ménos, con alma y corazon, porque despues de todo, «quien conoce el paño, es buen sastre.»

PESIMISMO

XXXII

PESIMISMO

En la boca el tabaco, en su alojamiento el reciente desayuno; libre el alma un momento de penas, limpio el horizonte unas horas de nubes; alegre al sol naciente la ventilada galería, y sobre la mesa de escribir el tintero abierto y en desórden las blancas cuartillas.

Una lleva en la frente sello de réprobos y marca de infamia. ¿Quién estampó ese epígrafe? ¿Qué mano echó ese borron?

Yo reniego de Schopenhauer, repugno á Zola, y si en mis manos estuviera, volvería del revés la musa gallarda de Campoamor.

No; hay algo en el todo; hay algo más arriba; hay verdades extra-terrenas y virtudes terrenales; hay alegrías en la vida y hay bellezas en la creación; hay esperanza más allá del cruel presente y finalidad y victoria trás del rudo batallar de la existencia.

No todo alegría; no todo virtud; no todo belleza; no todo verdad. Luz y sombra el todo; azúcar y vinagre el conjunto. Siempre que del mundo y de la vida y del hombre me acuerdo, paréceme que saboreo carne de membrillo.

Voy á borrar el epígrafe, ya que á tan buena obra parecen incitarme estos momentos que pasan; ahora que el sol triunfa arrogante de las colinas, horas hace su cárcel, desata sus hebras de plata y oro sobre la regocijada campiña, y al besar las aguas del Pacífico, atrae y suelta sobre las tierras la fresca brisa que parecía dormida sobre dormidas ondas.

Descorre esa persiana, muchacho; deja que alegren el alma rayos de sol naciente y frescos besos de juguetonas brisas. Tambien la campiña envía á estas horas por los ojos alegrías al espíritu; la campiña espléndida que desde la ventana contemplo, océano de verdes ondas al soplar el viento sobre flexibles gramíneas, con islotes sobre la movible llanada, de anchas copas de árboles altísimos.

Y allá al fondo del cuadro, monte gigante crateriforme, de extensas laderas, ágrias cuestas, escalonadas mesetas, abundantes fuentes, hondas barrancadas, cascadas gigantes y empinadas cumbres. Eres el rey de la comarca y el rey de la provincia. Allá por el Norte besa tus plantas el mar gigante, y aquí por este lado tiende caudaloso rio verde alfombra á tus piés.

Descorre del todo la persiana, muchacho y abríos de par en par, mis ojos para observar con la mirada toda la grandeza del paisaje. Así. ¡Qué grande es esta naturaleza! ¡Qué grande es Dios! ¡Cuán claramente se lee en este inmenso libro abierto ante mi vista, que es la belleza un destello de la divinidad; la divinidad misma esteriorizada y hecha hermosura en paisajes y campiñas!

Solo, en medio de tanta esplendidez y hermosura tanta, desentona el cuadro un punto amarillento que aquí abajo sobre el fondo vistoso de la llanura se destaca. ¿Qué será? Trae los gemelos de campo, muchacho.

Sí, me lo figuraba; eso es. Una choza, alojamiento de estas gentes; choza de ennegrecido *cógon*, rotas y carcomidas cañas y desaliñado conjunto. Sentados á la puerta, distingo un hombre y una mujer medio desnudos. ¿Por qué en tan rico templo el sacerdote en andrajos?

Aparto la vista y cierro el óptico instrumento; hoy tengo hambre y sed de armonía.

El monte arrolla sobre su altiva frente blanco cendal de ligera neblina, y al ocultar su cúspide, parece que escala el cielo. ¡Qué hermoso apareces, qué grande y magestuoso! Dícese qué allá, por el lado opuesto, enseñas todavía desgarrada sima por donde un dia estallaron cien truenos; el terremoto conmovió Luzon en violenta sacudida, y oscurecieron los cielos denso

nublado de ceniza ardiente y catarata de encendidas rocas.

Fué tu muerte y tu funeral á un tiempo; moriste como leon herido, entre rugidos y estertores. Hoy duermes tranquilo, y permites paciente correr por tu ancha falda torrentes y cascadas, que llevan frescor á tu abrasado seno, dan vida á la calcinada tierra y cubren tus viejas heridas con flores y ramaje. ¡Qué hermoso apareces, qué grande y magestuoso!

¿Pero qué significan esas espirales de humo que desde el tercio inferior se levantan por aquel lado? ¡Ah! ya; fogata de los salvajes. Están de seguro asando, en la hoguera, el caballo robado anoche en la llanura. ¿Por qué, por qué, en más de tres y medio siglos, no hemos logrado arrancar al rebelde de la selva y al sometido de la choza?

Otra vez puntos negros; otra vez el desórden llevándose lo bello. Cierra la persiana, muchacho; que voy á buscar otro paisaje, sin sombras, sin manchas, sin peros y desórdenes. No, hoy el negro pesimismo ha de quedarse en el fondo del alma.

Otro espectáculo no ménos hermoso por este lado. Allá al fondo, la cordillera central de la isla, con sus crestas coronadas de apiñadas copas sobre las cuales remeda el viento ondulaciones de los mares. Las vertientes, masa apretada de vegetación, con bosques de guayabos hacia el centro y extensas praderas in-

clinadas hasta el rio. Y el rio corriendo mansamente, como enamorado de estos lugares, entre hileras espesas de bambúes que guardan las márgenes, como soldados en formación guardan procesión régia, mientras se doblan sobre el agua como cortesanos sumisos en sostenida reverencia.

Y despues la llanada extensa, dilatada, interminable, desde la orilla de dormidos lagos hasta los piés de los extensos volcanes: toda en explosión de vegetación densa, signo infalible de tesoros escondidos de inagotable fertilidad.

¡Qué huerta tan gigantesca esta llanura, si á los dones gratuitos de agua obediente y la feracidad de un suelo vírgen, vinieran á unirse las maravillas de la geoponia! Allá arriba la presa; el canal general por allá, y por todos lados, tablas inumerables de abundantes cultivos...

Una voz apagada que á mis espaldas suena, viene á sacarme de mis fantasías.

—Señor, no hay ajos, no hay cebollas, no hay lechuga, no hay patatas...

—Pues á ver; un hombre con un caballo y á la cabecera por todo eso.

—Señor, *no hay más*. Se ha vuelto loco el chino hortelano. (Histórico y actual.)

Pues aún así; no, hoy no doy suelta á la fibra quejumbrosa. Hoy es dia de armonías y bellezas, fuera pues, puntos negros y desentonadas notas. No hay más ventanas en la casa?

Pues aún me queda una, la ventana del porvenir, sí, del porvenir; porque el planeta todo es del hombre, y él hombre vendrá al fin aquí un dia, cual rey que ocupa su palacio á derramar pulimentos sobre estas maravillas; á acumular grandezas sobre estas grandezas; y brotarán á su paso fábricas y talleres, y animados campos y estruendosas ciudades, y un pueblo vivo como organismo latente, y centelleos de luz, y ráfagas de tempestad; conjunción de la vida universal en sus dos grandes explosiones; la vida del espíritu y la vida de la naturaleza!

¿Utopia? Eso se dijo de los puritanos de *La Flor de Mayo*. La utopia de hoy es la realidad de mañana.

Pero, ahora que mi mano empieza á cansarse de emborronar renglones de corrido, me asalta de golpe un pensamiento. Se me ha olvidado lector, borrar el epígrafe, de la frente blanca de aquella infeliz cuartilla.

LA PRENSA FILIPINA

XXXIII

LA PRENSA FILIPINA

Un periodista amigo, de buenos servicios y mérito no escaso, escribeme de allá el último correo, pidiéndome noticias, detalles, informes, todo un estudio y toda una fotografía del periodismo de acá.

«Hé visto, me dice, muchas veces, sobre la mesa revuelta de las redacciones, periódicos con la fecha de Manila, pero no sé porqué, jamás las cosas de ahí han servido de combustible al fuego de nuestras polémicas diarias, ni jamás de ahí han venido en alas del correo ideas que contradijeran las nuestras ó con las nuestras se conformaran y coincidieran.

»¿Será esa tierra y serán esas cosas punto inmóvil en el general movimiento, y serán

los trabajos de esos escritores flor perdida entre bufidos de ciclon y diluvios de temporal?»

Le he contestado en carta metida en engomado sobre; pero quiero decir aquí lo decible y reproducir lo reproducible de aquella epístola, obedeciendo á motivos de dignidad, é impulsos de franqueza, para esquivar así acusaciones justificadas de cofrade díscolo y murmurador *de ocultis*.

Es, sí, amigo mio, esta tierra masa petrificada é inmóvil, y es esta población masa también, que no organismo, especie de fósil clavado en terroso lecho; y esta falta de movimiento y lucha, de vida y contrastes, reflé-jase forzadamente en la Prensa, ese gran reflector de toda actividad y de todo movimiento.

Cuando ahí, cada mañana, entra por debajo de la puerta la hoja impresa, ese humilde papel es diligente mensajero que os trae nuevas de los cuatro puntos del horizonte; es cámara oscura que os presenta á la vista en panorama de centímetros el cuadro entero de la vida social, con sus variantes diarias; y es como ventana, por la cual mirais ahi cada dia todo lo que pasa en la gran calle del mundo.

Aquí esa ventana se cierra para nosotros periódicamente y con intervalos quincenales; la vida universal repercute aquí por pulsaciones lentas; cadena que se rompe con in-

termitencias fijas, con compases marcados de larga espera, y con la eterna variante de semanas de atonía y dias de formidable aluvión.

Y ese aluvión de cartas y periódicos, de noticias diversas y acontecimientos en monton confuso é indigesto, inicia á veces en el primer dia, de los dias que trae, la cuestión batallona; esboza transcendental accidente ahí, y aquí tambien, á veces, general preocupación, ó plantea el hecho de consecuencias graves, para dejar cuestiones, accidentes y hechos, agotados, olvidados y vacíos en el número postrero, ó tal vez es este número el que nos trae el primer lineamiento de acontecimiento transcendental, para dejarnos durante quince mortales dias entre perplejidades y sombras.

¡Pobre Prensa filipina, cuando hacia asuntos de universal interés tiende el vuelo, cuando intenta mezclar su opinión á europeas opiniones, ó cuando, ligera mariposa, quiere libar flores de jardin ajeno! ¡Pobre, si, muy pobre, porque sobre dificultades tantas, tropieza frecuentemente con rótulo en gruesas letras que le dice: «se prohibe la entrada»!

Y no es que quiera con esto inculpar á nadie, ménos que á nadie á los inmortales; es condicion local, es como atmósfera que nos envuelve y es como medio ambiente, que solo progresos eficaces han de lograr modificar y destruir.

Así, si la vida general, aún la de la lejana Pátria, tan amada á esta distancia enorme, solo

llega por explosiones de luz, como en forma de arrolladora avenida, la vida local, en cambio, carece de oleaje y movimiento, y aún de aliento y palpitación.

Hay aquí además, como miasma disuelto en los aires que se respiran, cierto pudor público remilgado y monjil en punto á opiniones, ideales, doctrinas y aspiraciones, que cohibe el pensamiento y atasca la pluma, que cierra la puerta á los grandes problemas del siglo, é impone mudez para mentar siquiera las grandes corrientes del pensamiento contemporáneo.

Hubiera aquí para las costumbres pudor igual, y sería este Archipiélago cerrado cláustro de místicas almas y alojamiento de adolescentes.

Por esto, partidos y escuelas son aquí mortal pecado, y aún se tiene por dicha sin igual este estancamiento de la opinión, esta ausencia de direcciones varias en el comun pensar, este lago dormido entre riberas solitarias.

Aquí el trabajo de las ideas no es progreso; aquí no es luz el choque de opuestas ópiniones; aquí no es difusión de conocimientos la dilucidación y la controversia; aquí no entregó Dios el mundo á las disputas de los hombres.

Como si el universal progreso no hubiera venido por estos caminos; como si la Teología

ortodoxa misma, á pesar de la inmortalidad de un dogma eterno, no hubiera obtenido progresos en su parte externa, que no en lo fundamental, merced á la lucha pacífica de sus escuelas varias.

¿Témense quizás enardecimientos y arrebatos, explosiones y sacudidas? Es más sólida y firme esta opinión que el suelo que pisamos; antes cae aquí un monte que un gerarca, y es aquí más levantisca la materia que el espíritu.

La hoja periódica es ademàs en esta tierra impalpable rocío que se acumula principalmente en las sumidades, dejándo intacto todo el ramaje inferior. Cuatro ó seis periódicos diarios para seis ú ocho millones de lectores. Vé, amigo mio, á cuanto toca.

Y por esto, por lo otro y por todo junto, vive esta Prensa vida lánguida y monótona; por esto no recibe impulsos de la colectividad, ni refleja como ahí movimientos y oleajes; por eso no influye tampoco si no en mínima escala en la marcha de estas cosas; por eso no determina corrientes en el mar social, ni vive siquiera agrupada por secciones y aún por individualidades, en tendencias y escuelas, á la sombra de una bandera y con un norte y rumbo, un objetivo y una meta, en su apostolado y propaganda.

Así estos diarios se distinguen por su nombre de pila y forma material; pero son como gemelos en su parte interna, de tal suerte,

que, salvos detalles mínimos de estilo, pudiera muy bien sortearse entre todos cada mañana ó cada noche el original entero, sin que los azares de la suerte alterasen la constitución íntima y fisonomía propia de cada uno, y sin que este cambio y este barajamiento de artículos y sueltos, acarrease á ninguno de ellos el grave compromiso de contradicción manifiesta con anteriores ideas fundamentales.

Para el que de léjos venga, de esos centros de vida en ebullición sobre todo, y estos nuestros diarios filipinos lea, remedarán estos diarios páginas sueltas de un tomo, si escritas por varias plumas, obedientes en esencia á un patron impuesto y á un pensamiento general.

¡Cuán distinta, amigo mio, la vida periodística ahí! ¡Cuán distinta la fisonomía de cada òrgano! ¡Cuán acentuada su personalidad, no solamente entre opiniones antípodas, sino aún entre opiniones ligadas por fundamentales intereses y esenciales principios!

Por eso, esta falta casi absoluta de vida exterior, si crea é impone la uniformidad, engendra tambien el hambre del acontecimiento. Y el acontecimiento aquí lo determinan, en lo que á la vida social toca, decisiones casi exclusivas, bajadas en forma de decretos y órdenes, desde el alto Olimpo.

Estas decisiones son aquí discutibles con sus más y sus ménos, sus peros y distingos; y vieras entónces, en esos dias fastos, amigo mio

vieras con que afán cada articulista guarda y acaricia *La Gaceta de Manila*, como sus onzas el avaro, y vieras con que paciencia y que detenimiento y que minuciosidad se estudia el supremo mandato en todos sus capítulos, artículos, miembros, incisos, puntos y comas, para convertirse estudio tal en largos y prolijos, artículos con una inicial romana bajo el epígrafe que recorre á veces desde la *I* hasta la *L*.

Y por supuesto, pasa aquí con estos trabajos, numerados como edificios de larga calle, lo mismo que ahí. El vulgo de los lectores, y entiéndase por vulgo la mayoría, sigue con fatiga hasta el quinto ó el séptimo, y regala generosamente los demás al autor y corrector de pruebas.

Sobre que las órdenes y contraórdenes en cuestión, son con frecuencia grande, cosa qué pasa sin tocar apenas problemas capitales, ni siquiera rozar la epidermis del país.

Pero el país entraña problemas con su desarrollo y vida y con su porvenir fuertemente ligados; España tiene aquí, por tanto, problemas intactos y en pié, despues de tres y medio siglos, que algo tienen que ver con su nombre y su provecho; y tambien los tiene esta Prensa filipina, si tocados de refilón, no abordados con decisión é independencia.

Y esos problemas varios, todos en uno fundamental refundidos, podrían y debían ser, segun manera de concebirlos y segun la solución consiguiente, doctrina varia para cada órgano de

la opinión, obedeciendo al impulso é impulsando á la vez corrientes esbozadas ya, hasta formar iglesia, doctrina y símbolo, en oposición á otras predicaciones y tendencias.

¿Serían partidos los que surgirían aquí, en esta pazguata tierra, por virtud de estudios detenidos y apropiados de lo que el país es, para llegar á lo que debe de ser el país?

Serían más bien escuelas, dado que aquí ni existen hoy ni existirán en largo tiempo ninguno de esos problemas sociales ó políticos que ahí acaloran la opinión, condensan electricidad y determinan tormentas.

¿Pero hay en tal caso ahí, me preguntarás, campo de contraversia, hay palenque de discusión y hay materiales para doctrinas y credos, motes y banderas distintas? Los hay, y en íntima conexión con aquellos problemas fundamentales que á esta tierra y á la alta Pátria interesan fuertemente, y pueden y deben ser dilucidados y contravertidos en aspectos varios y en opuesta tendencia, segun modo de ver y de pensar, por esta clase directora, aquí marcada con etnológico sello.

Y el problema fundamental de esta colonia, en cuanto á organización y régimen interno toca, puede formularse, en mi humilde juicio, en estos términos fundamentales: ¿Existe, ó completa ó aproximada siquiera, ecuación entre estas tribus oceánicas y la familia reina del planeta?

Quién afirmativamente responda, escriba en su bandera esta palabra: *asimilación*.

Quién negativamente, escriba en la suya este otro mote: *leyes especiales y apropiadas*.

Y con esto solo, y despejado palenque, ya la Prensa filipina tendría vida, ya tendría personalidad y fisonomía; ya el mar de la opinión tendría corrientes; ya habría luz para estos problemas; ya desaparecerían de estos domínios de la inteligencia las sombras del limbo.

¡Si esa Prensa en tanto, mi buen amigo, tan libre y tan potente, viniera en auxilio de su hermana menor, y con sus grandes luces reflejase luz sobre estas sombras!

Pero no hay que esperar este milagro ni de aquí á un siglo, al paso que vamos. Este país, estas gentes y estas cosas, son tan desconocidas en España, aún para los que á grandes alturas se elevan, tan desconocidas como el polo, las montañas de la Luna y los espacios imaginarios.

¿Y vas comprendiendo, mi buen amigo, lo que es esta Prensa periódica? Un esbozo, un gérmen, un conato; algo que quiere ser algo. Una luz entre sombras, un espejo sin reverberación, una plancha fotográfica sin objetivo y sin objeto. Todo obra del medio y obra de fuerza mayor. No nacen flores en árido pedregal; no lucen estrellas en anubarrado cielo; no hay vigor muscular en ataraceados miembros.

Cuando empuñes un poco despacio tu bri-

llante péñola, dirige en pensamiento, cariñosa mirada á este remoto Oriente; estampa unas cuantas cariñosas ó compasivas frases para tus hermanos filipinos, y al dejarla en reposo, acuérdate de mi.

A REY NUEVO,

NUEVO REINADO.

XXXIV

A REY NUEVO,

NUEVO REINADO.

Es casi una reproducción fiel y es como página arrancada á antiguas historias. Nuestros abuelos, si resucitasen, nada nuevo, nada extraño y anómalo encontrarían en estos dias y en esta oceánica España.

Porque aquí también, esta opinión muda y postrada, aparta con tristeza la mirada del astro que se vá, del rey que sucumbe, para postrarse de nuevo ante el recien autorizado poder, juzgando lo nuevo bueno, por esa necesidad de remedio y esa hambre de esperanza, que colocó siempre trás de un nuevo rey, nuevo, próspero y superior reinado.

Y para que el símil sea mayor y mayor la concordancia de las cosas á través de tiempos y distancias, también allá y entonces, como hoy y aquí, fíanse triunfos y regene-

raciones, más que á luminoso pensamiento y meditado plan, más que á credos y sistemas, á personales condiciones y dotes especiales de carácter.

Como si toda obra humana, aún de mediana trascendencia, no necesitase con necesidad imprescindible, luz de teorías y dirección de rumbo; como si fuese posible operación química sin prévia fórmula, acabada obra arquitectónica sin meditado plano.

Por eso, en estos dias, más aún que en los comunes y ordinarios que vendrán, todo el que aquí tenga nociones, debe verterlas en público, y todo el que ideales acaricie, debe exponerlos porque tienen las cosas filipinas hambre y sed de luz, y donde quiera y como quiera, siempre la luz es fecunda.

¿Arrogancia y pedantería? No, que no hay en estas españolas tierras problemas abstrusos y complicados, ni hay aquí nada que exija esfuerzos de inteligencia; nada que escape casi á la mirada sostenida de una experiencia atenta é inmediata.

Reina aquí en todo, lo simple, lo incomplejo, lo elemental.

No existe aquí, en primer término, aquella sociedad de allá, organismo de aptitudes, tendencias, servicios, categorías y funciones varias, convergentes á una vida comun é impulsores de un cumun movimiento.

No existe ni siquiera aquella colectividad

social, ligadas sus clases y categorías todas, por los apretados lazos de comunidad de sangre y el alto sentimiento de la Pátria.

Aquí la vida, en lo que á la masa general toca, es individual y aislada, sin engranaje íntimo entre sus diversos miembros; sin esa compenetración que allá establece la diversidad de aptitudes y necesidades, el cambio de servicios y la circulación de una misma vida.

Ni existe siquiera en estas tierras unidad social, que esta agrupación humana vive como en círculos casi aislados, aunque concéntricos, de suerte que pueden marcarse en Filipinas tres materiales, tres grupos etnológicos: el europeo, el indígena propio y el chino; los cuales si viven sometidos á la ley comun y obligados á respeto mútuo, no por eso son ménos distintos y aún están distanciados entre sí.

Y esta falta de unidad social, esta ausencia de condiciones orgánicas, engendra la inercia del conjunto. Engendran esta inercia por otra parte, cualidades fundamentales y *á natura* de los más, exigüidad numérica de los ménos.

Y por esto mismo, gobernar en estas islas, no es contener, no es refrenar, no es vigilar y precaver; es por el contrario, impeler, impulsar, vigorizar y dirigir. Viento y no lastre; espuela y no brida; tracción y no rozamiento. Y porque falta luz y energía en la colectividad, la autoridad pública, la administración en sus diversas categorías y funciones, debe ser aquí

Argos que todo lo vea, Briareo que lo mueva todo.

¿Y porqué en tanto, no ha de ser posible en esta colonia posible en esta española colonia lo que es usual y corriente en colonias extrañas? Porqué el descendiente de los que estas islas descubrieron y dominaron, ha de ser incapaz de formar siquiera modesta junta provincial, que á gobernadores recien llegados, ciegos y sin rumbo, sea norte y guía, y de las comarcas que habitan y con las cuales tienen lazos de fincas ó clientela sean impulso y dirección, progreso y desarrollo?

Es este el país de las sombras, la tierra de lo desconocido, y sin lecciones de una larga y sostenida experiencia, sin años de vida en contacto íntimo con todas estas cosas, los más eminentes estadistas serían en Filipinas aprendices desmañados.

Y he aquí uno de los mayores males de nuestra administración colonial, á pesar de circunstancias en su personal de inteligencia y rectitud; el desconocimiento de la realidad.

¡Cuán sábios y previsores otros pueblos y otros gobiernos que exigen, al personal entero de sus empleados coloniales, estudios prévios de las tierras y razas que han de gobernar! ¡Qué previsoras estas órdenes monásticas, que imponen á sus neófitos condiciones de aprendizaje!

Y de aquí, y por todas estas causas reunidas, el signo característico de nuestra domi-

nación en estas comarcas; acción débil y escasa labor. No hemos podido ó no hemos sabido hincar aquí el arado hasta remover el suelo y subsuelo de esta tierra; no hemos sabido ceñir en apretado abrazo estas tribus hasta trasformar su vida en vida superior; no hemos sabido implantar aquí todavía un estado social que recuerde y signifique el vigor de nuestro génio nacional, el poderío de nuestra raza y los esplendores de nuestra cultura.

Cuando estas tierras se recorren, cuando las comarcas todas se atraviesan, parecen tierras y comarcas extrañas, y solo de tiempo en tiempo nos traen recuerdos de la Pátria remota, la bandera solitaria de un tribunal ó el lejano sonido de cristiana campana.

Ni la vida económica se ha despertado aquí todavía en beneficio de la Pátria, hasta establecer esas corrientes de riqueza, por virtud de activo trabajo y apretados lazos mercantiles, que América sostiene todavía, enviando á España, tesoros, á cambio, es verdad, de corriente incesante de inmigración.

Aquí, nuestra escasa producción, dadas magnitud de territorio y población numerosa, extrañas gentes la explotan y benefician, y Filipinas para España, queda reducida casi á las condiciones de una finca de recreo, para admirar allá en ocasiones, ejemplares maravillosos de esta flora y admirar aqui á la vez, cielos esplendidos y mares de vegetación.

¿La causa de todo esto? Que á esta tierra españolizada ha venido el Estado español; pero todavía no ha venido España.

¿Es quizás que España no puede venir aquí, por rigores de clima, ó por competencia victoriosa de extranjera raza?

Mas en tal caso difícilmente comprendería nadie, la utilidad de una finca cuyos linderos no pudiese traspasar el dueño.

¿Hay dificultades, por decirlo asi, artificiales, ó màs claramente, hijas de inexplicable tolerancia?

Pues oríllense esas dificultades como mejor convenga. El dueño de la finca debe de encontrar abiertas de par en par las puertas; el dueño de la vivienda debe encontrar en ella, lecho, sillon y plato.

¿Son acaso otra cosa las colonias que dilataciones del suelo nacional en provecho principal de los nacionales?

¿O se pretende tal vez que España no vino aquí á segar la mies de honrosos provechos, y que por el solo hecho del descubrimiento y conquista de estas tierras, nos vemos obligados á misión exclusivamente civilizadora, á una especie de universal y gratuita enseñanza?

Mas aún así, aún en la alta esfera de este generoso humanitarismo que traduce algo el desinterés heróico del caballero de la Mancha, aún así, ¿dónde razas infantiles han adquirido vida y movimiento fuera del contacto, la

mezcla y amalgama con masas humanas de humanidad superior?

¿Habrá audacia en la exposición de estas ideas, en la forma cruda que arraigada convicción dicta é impone?

Por lo ménos no hay en ello ningun peligro, dado que aquí es evidente que hay sumisión y acatamiento en unos y sobra de patriotismo en otros. Ni hay aquí tampoco problemas que la opinión enardezcan y dividan en agrupaciones y partidos, ni hay aquí estallidos en la masa social, ni siquiera palpitación y oleaje.

Hay pocas tierras en que la hija de Guttenberg, pueda más inofensiva y al por más provechosamente, irradiar luz sobre limbos oscuros y sobre problemas fundamentales, y ninguna tierra tampoco en que institutos archiconservadores, como hijos de veneranda tradición, hayan pedido en público *independencia para el periodista.*

Quiera el cielo que este escrito humilde logre publicidad, y que él y otros, inicien una noble tolerancia con esta Prensa tan sumisa, por parte de la alta autoridad recien llegada, para inaugurar sin duda nueva y fecunda política.

¡¡ INCOLONIZABLE !!

XXXV

¡¡ INCOLONIZABLE !!

Á TÁCITO. (1)

¡Y en tanto han pasado casi cuatro siglos; casi cuatrocientos años!

Y mientras allá arriba, en las cumbres de la teoría, reinan las nieblas, y aquí abajo, en los dominios del hecho diario, paraliza todo movimiento inconcebible atrófia; y mientras la opinión, aquí y allá, remeda lago estadizo, y caos y noche oscura el alto Olimpo de la pública administración, aquí espléndidas regiones que parecen español dominio, pero de las cuales todavía ignoramos si son utilizables, si son servibles, si son *colonizables*, si pueden ser españolizadas.

---

(1) Don Benito Francia, distinguido escritor, médico de la Armada é Inspector de Sanidad y Beneficencia.

Y por efecto de estas dudas y estas oscuridades ó por causas varias é indefinidas á la vez, aquí, por toda la extensión de esta constelación de hermosísimas islas, como señal casi única de imperio, de influjo y contacto, el sonido de solitaria, cristiana campana en rural convento, tal cual bandera roja y amarilla en guerrera ó mercante nave, frente á costas bravas, y una *Gaceta* que escribe órdenes y decretos en castellano.

Y allá abajo, muchedumbres de humanos séres, de españoles súbditos, en la postración de los primitivos dias, que sueñan quizás, allá en las oscuridades de su cerebro, con redenciones futuras, por virtud del vivificador contacto con humanidad superior, mientras duermen en la holganza, metidos en misérrimas chozas, al borde de arroyos y pantanos, extraños á movimientos y desarrollos, y todavía más atrás de las prehistóricas épocas del bronce y el hierro, en la antiprehistórica civilización del bejuco y la nipa.

Fracaso doble, en mi entender humilde, de históricos esfuerzos y empresas gigantes, ya que aquí no se distingue todavía, despues de tanto tiempo trascurrido, ni esa irradiación de luz, sueño nobilísimo de nuestra venerada legislación ultramarina, ni esas ventajas que otros pueblos logran; ni timbres casi, ni casi provechos definitivos; en esa línea media ó esa penumbra que separa dos sistemas colonizado-

res: ni la colonia para la Metrópoli, ni la Metrópoli para la colonia.

Porque la historia claramente lo dice, lo mismo cuando pinta y estudia antiguas ó modernas colonizaciones. No bastan para entrambos milagros, por mas que condición necesaria sea, no basta la sombra protectora de Autoridad y Estado; no bastan los lazos entre mandato y obediencia; no basta la trama social de relaciones jurídicas entre los miembros todos; no basta la tutela, siempre fria y sin intimidades de las falanges de la burocracia; no bastan, siquiera, empuje desde arriba por un lado y aislados didactismos por otro; solo muchedumbres superiores educan y levantan inferiores muchedumbres; solo éxodos de pueblos descubren y se apropian, al fin, lejos de sus fronteras, tierras de promisión.

Y en tanto, amigo *¿Tácito?,* y esto es lo triste y penoso para corazones patriotas encariñados con desarrollos y redenciones, con honras y provechos; en tanto, ni las luces y resplandores aquí de alto Sinaí, que ahuyenten sombras densas y disipen densa noche, ni tampoco, desde contrario punto de vista, los repletos graneros del faraónico Egipto.

Tiende á tu alrededor la vista y observa y examina. Allá, desparramadas por esos campos, multitudes que en las horas breves que crónica soñarrera les permite, arañan la tierra, próvida como en parte alguna, y recogen puñados

de frutos. A su lado, huésped extraño, sagaz y codicioso, que arranca de sus manos la cosecha y se la trueca en valor menguado de importados artículos, y en la Capital, por fin, comercio extraño, muy respetable y de respeto digno, que trae de extrañas tierras extraños productos, quedando así, en estos españoles dominios, solo sobrante el español.

Por excepción no más, por esos campos y en determinadas regiones, compatriotas que luchan á brazo partido, en combate interminable y diario, con ineptitudes y apatías, y allá, colocados por tradiciones y usos en tan inferior nivel, que ellos solos sufren el yugo de la tributación por las industrias del suelo, y ellos solos también sufren, en cuanto al ejercicio de mínimos derechos é intervención en comunales negocios se relaciona, la excomunión mayor.

Y aquí, en la Capital, comercio escaso con marca nacional en su personal todo, *rari nantes* en los centros de población de las provincias, que arrastran vida difícil ambos, estrujados por trapecerías y amaños de muchedumbre de exóticos mercachifles, y forzados á moverse en tan estrechos límites, que solo cuentan para su vida con algo así como resíduos de clientela.

Y detalle triste que recarga el cuadro, ya de sí y sin esfuerzos de pincel, negro en demasía. Esa docena de infelices, ¿*Tácito*? in-

signe, tú los habrás visto alguna vez; esos infelices que vomitan de vez en cuando las naves españolas sobre estos muelles del Pásig, y fijan incautos aquí su planta creyendo encontrar el abrigo del pátrio hogar, hasta que desconocidos por todos, y amargados y arrepentidos, deshacen su camino, tal vez, en su fanatismo de emigrantes, para huir á otras regiones y encontrar amparo y fortuna, quizás en Oran ó Montevideo, ó en otras extrañas tierras.

Quedan allá arriba, como las sumidades de esta masa social, con sello nacional legítimo, los representantes del Estado en sus esferas varias; personal, en todos los ramos numéricamente exíguo, separado por necesidades de oficio y carácter, del movimiento económico, de trabajo y producción, y aún sin influjo social directo por razon de su movilidad, y allá, en las soledades en que vive, percibe por beneficio único de las riquezas de este suelo, como migajas del festin, el donativo de menguado presupuesto.

Tal es España, amigo *¿Tácito?*, en esta española tierra; tál su influjo y representación; tál su participación en los comunes beneficios; de allá no me hables, porque allá solo de aquí llegan menguados pesos, con tál disentería ó cual anemia.

Y ¡ay! esto es muy triste, tan triste que al contrastar estos hechos con históricas glorias nuestras, á estas regiones mismas enla-

zadas, ganas dan de empalidecer aureolas y deshojar coronas, de arrancar letras de oro de memorables monumentos, y sobre el mutilado pedestal, resto conmemorativo de antiguas proezas y empresas gigantes, escribir hoy en indelebles caractéres. Heróicas, pero estériles; gloriosas, pero inútiles.

Hay que salir del atolladero; hay que buscar la salida del callejon, hay que resolver el dilema. Esta tierra es de España y por lo mismo tiene que ser para España principalmente, y porque España en primer término realice aquí su misión al mismo tiempo: la misión de levantar de su actual postración suelo y habitantes.

Temeridad insigne coger de allá poblaciones y arrojarlas de improviso en estos bosques y estas marismas; pero timidez tambien excesiva y encogimiento femenil, decir á todas horas: aquí reina la muerte; esta espléndida vegetación tropical es negro sudario y fúnebre mortaja de blancos.

¡Que habrá fracasos, decepciones y víctimas el dia de la peregrinación! Sí, pero tal es el precio de todas las victorias. Hasta la religión misma necesitó de mártires.

Vivimos, sin embargo, en tiempos de acumuladas experiencias y en tiempos á la vez de grande caudal científico, y asi como las naves no llegan ya aquí á ciegas y á la aventura, por derrotero gigantesco y navega-

ciones heróicas; así como el camino al Occidente es ya hoy trillada y fácil vía, así también el camino de la emigración á estas tierras, debe de ser acceso, si no exento de peligros, á lo ménos, con los menores peligros posibles.

Adórnese, adecéntese, lávese y peine la aldeana rústica de esta geografía, como para recibir visita de reyes, y prepárese á estos reyes préviamente digno alojamiento.

El *preparatory expenses* de los ingleses, y también á tiempo su *property and liberty*.

¿Pero quién realiza estos milagros? ¿Quién? Eso que se llama política colonial, sacada de sus actuales infelices moldes; curada de su monomanía educadora y asimilista y robustecida y libertada de esterilidades, por una vuelta á la derecha, de acción práctica y fecunda.

¡Siete, ocho ó nueve millones de habitantes! Pues millones de brazos todos los dias arrancando malezas, quemando cogonales, abriendo caminos, cultivando yermos, humanizando esta orografía.

¿Y de donde parten dirección é impulso para esta obra gigante? Del brazo que es aquí hoy única fuerza; del Estado, modificado aquí en todas las piezas de la máquina, hasta hacerla apropiada á su nueva misión.

The money is character dicen los ingleses, la gente del sentido de la realidad, y tan verdad es, que parece que hasta las tierras se dignifican cuando arrojan de si eriales y miseria.

¿Obra esta de siglos? Sí, pero empiécese una vez y á medida que huyan baldíos y selvas, venga también la raza redentora, hasta abrazarse madre é hija, Metrópoli y colonia, en esa españolización ó en esas eugenesias en que tu sueñas, *¿Tácito*? insigne.

Y «vengan colonias penitenciarias; vengan preparación de terrenos, franquicias á capitales y tierras; represión aquí de la vagancia y el vicio; y la inmigración libre despues, y con ella el trabajo muscular posible, y ese «instructor benévolo del indígena y centinela de la civilización,» y esa «organización y dirección del trabajo;» y tambien la vía mercantil libre y expedita de roedores y langosta, hasta lograr aquí resurrección y vida; campos cubiertos de miés y cielos inundados de luz.

POSTDATA

XXXVI

POSTDATA

Lector benévolo, si hasta aquí has llegado, si la paciencia no te abandonó hasta aquí, permíteme en esta postrera página, la cortesía de un adios, y aún el apreton de manos de afectuosa despedida.

Hemos hecho durante algunas horas, vida en comun, la vida superior del pensamiento, y ¡quién sabe si al contacto de nuestras almas, habrán brotado simpatías; quién sabe si antagonismo habrá brotado!

¡Estas cosas de la vida de colectividades, tienen aspectos tan varios y tan opuestos criterios; son prismas de tantas caras, y cada cual mira por cara opuesta y aún por aquella que más le agrada!

Yo de mi se decirte, y valga por lo que

valga, que he pasado siete mortales años dando vueltas á la pirámide, y clavando intensa mirada en todos los detalles de la esfinge.

Hice más; como nave que á cruzar mar ignorado se apercibe, empecé por sondeos ó por tanteos de ese otro mar de la opinión, y desde las columnas de *El Liberal* unas, y otras desde las del *Diario de Manila*, arrojé sobre el público de aquí y de allá, sobre la Península y el Archipiélago, páginas sueltas y sueltas hojas y pétalos de este ramillete ultramarino.

Y yo no sé si me engañó el buen deseo ó si mis ilusiones de autor me alucinaron; pero si tal cual voz aislada de reproche llegó á mis oidos, fueron más las de pláceme y simpatía.

Vosotras, pues, voces de aplauso, de estímulo y aliento sois las responsables del nacimiento de este libro; vosotras, y esta ingénita debilidad de padre, que hace á cada prógimo ciego amante de sus propias creaciones.

Afortunadamente, pensamiento y palabra son siempre luz, y estas cosas y estos problemas filipinos, tienen hambre y sed de dilucidación, de debate y contraversia.

Casi un territorio igual y casi la mitad de su población; vida abundante aquí en lo futuro, y estas regiones y estas gentes, las sombras del Limbo para la alta pátria.

Porque en primer término, los que aquí tocamos y palpamos cosas y personas, estado actual y manera de ser y de vivir, vemos de

sobra que no es este el país que allá se imaginan, ni son siquiera exactas y verdaderas las relaciones de gentes de aquí llegadas, que no conocieron tal vez los problemas filipinos sino por modo muy fragmentario y deficiente.

Y por esto y otras causas, conócese allá, de Filipinas, vegetación y clima; conócense las condiciones naturales y verdaderamente paradisíacas de esta tierra; conócese lo que aquí puso la mano del alto Creador, pero no se conoce lo que este hombre ha creado, ni casi al hombre mismo.

No se conoce que esta tierra incomparable, enriquecida con todos los dones de la naturaleza, permanece todavía huérfana casi, de otros altos dones: educación, trabajo, industria y progreso de sus gentes.

No se conoce que, entre otras cosas especiales de esta tierra, hay aquí una familia humana, todavía, y Dios sabe hasta cuando, dulcemente dormida en el seno de la madre naturaleza, sin impulsos ni aspiración, sin rumbo ni progreso visibles, la cuál más que vagos é ineficaces didactismos, necesita por el momento, junto con el contacto vivificador de superiores razas, impulso externo, imposiciones de tutor y activa é incesante tutetela.

No se conoce que tierras y gente dormidas en secular infancia, no ascienden á superior vida por el solo contacto, frio siempre de las falanges burocráticas, ni se logra en ellas ja-

más aliento y resurrección, *á coups de decrets*. Una colonia, obra *máxima et heroica*, según Bacon, es todo un mundo, es trabajo genesiaco, y es su Jeovah siempre un pueblo.

No se conoce por allá, ni casi llama la atención de nadie, ese fenómeno de sustitución que aquí mansamente se realiza; sustitución de unas por otras gentes, de la propia por ajena sangre; aluvión extraño que nada parece ya ha de poder reprimir ó desviar.

No se conoce que el factor social que aquella irrupción importa como por asalto, tiende á ser aquí el dominante, tiende á la absorción de todo lo filipino, y que por debilidad ingénita de esta masa social, sucumbe en la lucha irremisiblemente, si no viene en su ayuda la acción superior y externa del brazo del Estado.

No se conoce allá que para despertar actividades de la masa, es necesaria, de toda necesidad, la acción incesante del Estado; los cien brazos de la administración, ayudados y robustecidos por elementos fijos en el país, de valor étnico superior á la muchedumbre; por corrientes de superior emigración, eterno Cristo de estos Lázaros dormidos en las selvas.

No se conoce que ciertas disposiciones y ricetas reformas, no solo son prematuras y extemporáneas, sino que además tienen el gravísimo inconveniente de debilitar fuerzas que para bien del país deben de estar aquí en contínuo ejercicio y en perpétua acción.

No se conoce que esa rasante igualitaria, nota dominante de disposiciones novísimas, tiene la doble desventaja de aflojar abajo vínculos de respeto, y amenguar arriba prestígios de raza, históricamente dominante y directora.

No se conoce el carácter primitivo y acentuadamente infantil de estas muchedumbres, más que por escaso espacio recorrido en el tiempo, por factores fisiológicos ineludibles, que demandan por tanto una política especial, adaptada á su especial naturaleza.

No se conoce, por fin, que aquí es el *asimilismo* ineficacia ó resultado contraproducente, es desviación del blanco y alta puntería; es política fatal, vacía y huera, y que solo el *especialismo* de apropiadas leyes y procedimientos, puede levantar estas regiones y estas gentes de postración secular.

Tal es el pensamiento capital de estas páginas, tales su alcance y objetivo. *Vade, liber*, cuenta estas cosas al oido de las gentes; habla más fuerte en aquel alto Olimpo donde se forja el rayo ó se formula el decreto, y donde quiera y como quiera,

A cuantos quiera oir,
di allá: región esplendente;
un Adan, una serpiente
y un diamante sin pulir.

Adios lector, y ahora, aquel apreton de manos y aquella cariñosa despedida.

ÍNDICE.

Páginas.